Daniel Woodrell

BAJO LA DURA LUZ

Traducción de Diego de los Santos

13

René Shade, ex boxeador que trabaja como investigador policial en la pantanosa ciudad de Saint Bruno, Louisiana, vive en el piso de arriba de los billares que regenta su madre y mantiene una tensa relación con su hermano Tip, propietario de un bar frecuentado por maleantes. Un prometedor concejal ha sido brutalmente asesinado en su casa y Shade está convencido de que se trata de un ajuste de cuentas. Sin embargo, sus superiores y el alcalde no quieren escándalos y presionan a René para que trate el caso como un robo que acabó en tragedia. La investigación conducirá a Shade por el submundo criminal de la ciudad, gobernado con mano de hierro por mafiosos con influencia política, y un nuevo asesinato hará temblar la frágil convivencia entre los barrios de Pan Fry y Frogtown.

Daniel Woodrell

Bajo la dura luz

Trilogía de los pantanos
1

Título original: *Under the bright light*
Daniel Woodrell, 1986
Traducción: Diego de los Santos, 2022

-

Revisión: 1.0
20/06/2022

A Katie, por todos los motivos

Puedes trazar un plan de ataque o un plan de vida, pero cuando empieza la acción, es posible que las cosas no vayan como habías planeado, y entonces solo te quedan tus reflejos… o sea tu preparación. Ahí es donde se nota el entrenamiento. Si has hecho trampa en la penumbra del amanecer, ahora te van a pillar bajo la dura luz de los focos.

JOE FRAZIER

Capítulo 1

Durante mucho tiempo, Jewel Cobb había sido un asesino legendario en sus fantasías nocturnas. Ahora había llegado a la gran ciudad para demostrar que en su versión despierta conocía las mismas técnicas y era igual de frío y calculador. Estaba sentado en el sofá verde hundido, golpeando el suelo con los pies al compás de una guitarra que rasgueaba malhumorado y con torpeza.

Le parecía difícil tocar en aquella habitación. Al menos había un techo sobre su cabeza, pero tenía goteras, y por los rincones del apartamento se extendían unas enormes manchas de humedad. Bajo la acumulación casi centenaria de capas de papel pintado, las paredes estaban abombadas por el centro y formaban grandes bolsas. El tubo de la estufa subía en zigzag hasta meterse por una grieta en el techo que algún vagabundo mafioso había intentado parchear clavando latas de cerveza aplastadas sobre los huecos. En conjunto, era el tipo de sitio en el que un hombre con un poco de dinero nunca aceptaría entrar, donde un hombre con algo de dinero no se quedaría mucho tiempo y donde a un hombre sin nada de dinero no le quedaría más remedio que vivir. Durante un tiempo, al menos.

—¿Suze? —gritó Jewel—. Tráeme un café, ¿quieres?

—¿Qué? —contestó Suze—. No te oigo, estoy en el váter.

Después de rasguear la guitarra agresivamente unas cuantas veces más, Jewel renunció a intentar sacarle una canción por la fuerza y la metió de un empujón bajo el sofá. Llevaba una camisa roja con las mangas cortadas, unos pantalones negros brillantes y botas de vaquero acabadas en punta. En la pálida piel de su bíceps

izquierdo se veía el tatuaje emborronado de la típica cruz con las puntas estrelladas que te tatúan en la cárcel. El pelo, rubio y largo, lo llevaba peinado hacia atrás con brillantina, esculpido según un estilo que debía de estar de moda cuando él nació, año arriba, año abajo. Jewel, sin embargo, había sublimado una imagen de sí mismo en sus cavilaciones nocturnas y aquella obra de arte de la peluquería era la floritura maestra.

Volvió a llamar a Suze.

—¡Sal de una vez del váter! Y tráeme una taza de café, ¿me has oído?

—¿Una taza?

—¡Sí, joder! ¡Una taza!

Quizá debería haberla dejado en el pueblo, pensó Jewel. Esquivando las salpicaduras de grasa en el Pork Tender hasta el fin de sus días. Dándoles una alegría a los criadores de cerdos en los autocines los sábados por la noche y preguntándose por qué había dejado escapar a Jewel Cobb. Le habría estado bien empleado. Él la sacaba a ver mundo, la llevaba a Saint Bruno, una ciudad que te puede cambiar la vida y… ¿se lo agradecía lo más mínimo?

Qué va. Prefería pintarse cada uña de los pies de un color, o contar las palomas que había bajo el puente, antes que aprender a prepararle una comida decente. Había un montón de mujeres que sabían hacer más cosas que ella. Cualquier día se hartaría de su carácter perezoso, agarraría el bastón y saldría a picar flores.

Ah, pero aún no podía dejarla. Había ido a Saint Bruno para cambiar de vida, para meter la cuchara en la olla de la abundancia de la gran ciudad y, si su primo Duncan no había estado tomándole el pelo, esa noche probaría por primera vez lo dulce que podía llegar a ser esa nueva vida.

Jewel se levantó y miró por la ventana que daba a la calle Voltaire, una calle llena de talleres de reparación de electrodomésticos, tiendas de ropa de saldo, una sala de billar llamada Chalk & Stroke, la oficina de un agente de fianzas y dos peluquerías que prometían cortes de pelo veraniegos y permanentes de hormigón armado.

—He dejado que se enfríe, Jewel.

La voz de Suze llegó a la habitación antes que su indolente arrastre de pies, que anunciaba su descontento con los procesos físicos mundanos. Su cuerpo estaba destinado a cosas más elevadas, parecía expresar con sus movimientos, y estaba claro que con un cuerpo así podían pasarte cosas más elevadas. Aún tenía granos, y varias manchas de maquillaje rosa marcaban el lugar donde se habían producido los últimos ataques de acné. Tenía una melena negra que le caía en cascada sobre los hombros, por delante y por detrás, y los mechones más largos coqueteaban con el pronunciado escote de su vestido corto con estampado de flores.

Dejó la taza en el brazo del sofá.

—A casi todo el mundo le gusta caliente. Debiste de morderte un nervio de la boca durante alguna borrachera o algo así. Contigo es justo al revés.

—Me gusta bebérmelo, nena, no sorberlo como si tuviera los dientes sueltos y ya no pudiera ni levantarme de la mecedora del porche.

—Hay quien le pone cubitos de hielo. Como a la Coca-Cola.

—¿Estás de coña? —exclamó Jewel—. Creo que lo he oído en algún sitio. Sería en el programa de Walter Cronkite.

Suze dejó caer los hombros por debajo de su línea de flotación habitual.

—No deberías tomarme el pelo. Todo el mundo me toma el pelo.

—Hum —gruñó Jewel. Levantó la taza de café y se la bebió de un solo trago. Entonces se acordó de Duncan—. ¿Tienes hora?

Suze esbozó una sonrisa y puso las manos en jarra, imitando la pose de una muchacha coqueta en un baile en el granero del pueblo.

—¿Y tú, tienes lo que hay que tener, paleto?

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —contestó Jewel con una sonrisa. Se atusó el pelo sin dejar de sonreír—. Nadie tiene derecho a preguntar eso. Pero podría ser que no tuviera tiempo.

—Son casi las ocho y cuarto.

Jewel echó un vistazo a la calle, donde los edificios tapaban lo

poco que quedaba de sol y le daban a la escena un toque lúgubre adicional.

—Ya casi es la hora —dijo mientras caminaba hacia la cómoda que había en la pared de enfrente.

Abrió el primer cajón y sacó un cuchillo corto, con pinta de peligroso, que tenía un mango a rayas. Se lo metió, con funda y todo, en el bolsillo de atrás.

—¿Sabes a lo que voy?

—Supongo que tiene algo que ver con Duncan.

—Pues eso no tendrías que saberlo. Olvídalo. No es algo que tengas que saber.

Se puso a revolver entre los harapos del cajón y cogió una toalla roja que estaba hecha un ovillo. Cuando la deslió, sacó de su interior una Beretta del calibre 32 y se la guardó en la pretina del pantalón. Se sacó los faldones de la camisa y se los dejó colgando.

—Jolines —dijo Suze—. Ya veo que va a ser un negocio de *esos*.

Jewel se encogió de hombros y echó a andar hacia la puerta.

—Es que *esa* sigue siendo nuestra vida, nena.

Jewel tenía que esperar a Duncan en la esquina de Napoleón con Voltaire, así que entró en el Chalk & Stroke y compró un par de bolsas de patatas fritas Kitty Clover y un paquete de seis latas de cerveza de medio litro. Si le hubiesen dado a elegir, habría preferido comer patatas fritas de bolsa antes que un filete, y como rara vez podía elegir, subsistía a base de bolsas de Kitty Clover.

Se metió en una cabina telefónica y abrió una cerveza antes de ponerse a comer patatas. Ahora la calle estaba despierta, llena de gente que iba hacia los bares o volvía tambaleándose a casa, pero todos evitaban a los más jóvenes, que se paseaban con el torso desnudo bajo las chaquetas de satén, a la espera de que pasara algo gracioso que les permitiera reírse a carcajadas, o que algo malo asomase la cabeza para poder pisoteársela y así demostrar que ellos eran más malos todavía. Si el aburrimiento solo generaba más aburrimiento, quizá entonces ya se encargarían de tomar prestado

algo con piezas cromadas y tapizado por encargo con lo que escapar de ese estado crónico.

Nadie le hacía ni caso a Jewel Cobb.

Duncan llegó puntual. Apareció al volante de un largo Mercury azul que había visto tiempos mejores, pero que seguía siendo lo bastante vistoso para que un pavo de Willow Creek pudiese sentirse orgulloso de ponerse al volante y tocar el claxon.

Jewel se sentó en el asiento del copiloto.

—Hola, primo Dunc —dijo Jewel asintiendo con la cabeza—. Bonito buga.

Duncan miró a su primo, más joven que él, con un gesto de desdén. El chaval parecía duro como la gente del campo, pero era hortera como un paleto. Su camisa era una manera de reconocer abiertamente a polis y a ciudadanos en general que andaba buscando camorra.

—Te has instalado en todo el centro —dijo Duncan mientras se incorporaba a la circulación en dirección norte por la calle adoquinada—. De Frogtown, digo.

—Tenía un buen precio.

Duncan estaba a punto de entrar en la treintena y tenía una buena barriga y brazos gruesos y fuertes. En sus rasgos blandos y paliduchos había una especie de placidez que solo se veía contrarrestada por el brillo ávido de sus ojos verdes. Vestía de manera sencilla: camisa azul de punto con el cuello desabotonado, una chaqueta deportiva color crema y unos pantalones grises. El pelo pajizo lo llevaba corto, pero no exageradamente corto. Deliberadamente, había muy pocas cosas que hacían que alguien pudiese identificarlo en un grupo de tres o más personas.

—Se llama Frogtown porque lo fundaron los franceses[1] —dijo Duncan—. Por aquí hay un montón de ranas.

Jewel había devorado las patatas fritas y se había pimplado casi toda la cerveza. Se la acabó, metió la lata vacía bajo el asiento y abrió otra.

—Ranas, ¿eh? ¿Por qué llaman ranas a los franchutes?

—No sabría decirte. Parece que les gusta el agua, los pantanos y

esas cosas. No sé. Es una manera de hablar, como «betún», o «paleto», ¿sabes? —Miró a Jewel a los ojos—. Pero no los llames «rana» a la cara. A menos que seas uno de ellos. No es tan insultante como «negrata», pero tampoco es agradable.

—Ya —contestó Jewel—. Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

A medida que avanzaban, iban dejando atrás aquella zona céntrica y atestada de gente, con su mezcla desordenada de edificios heterogéneos, y accedían a otra más despejada, pero no menos lúgubre. Se veía el río, que era una presencia inmensa hacia el este, y los remolques y las casas de madera sobre pilotes estaban lo más cerca posible del agua. Solo habían dejado atrás cuatro manzanas, pero era como si hubiesen recorrido varios kilómetros.

—Esto se parece a Willow Creek, solo que hay agua en lugar de rocas —dijo Jewel.

—Pero no lo es. Y la gente que vive ahí dentro no se parece en nada a la de Willow Creek.

Pasaron bajo un puente ferroviario al tiempo que la luz se desvanecía en la oscuridad. Nada más cruzar el puente, Duncan se puso a contar los estrechos caminos de tierra. Tomó el tercero, en dirección al agua. A ambos lados del camino se extendía un pantano eructante y maloliente, lleno de vegetación enmarañada. Enseguida vieron una luz amarilla, y luego otra que rebotaba en el agua desde un muelle.

—Es ahí —dijo Duncan. Apagó el motor y los faros y miró a Jewel—. Déjate aquí la cerveza. Pete Ledoux es un tipo hecho y derecho y esa actitud tuya de gamberro no va a gustarle. Si tuviera que apostar a alguna carta, apostaría a esa.

—Pues que se joda.

—Chaval, prefiero acampar bajo el retrete antes que joder a Pete Ledoux. Tú sigue así, Jewel. Tú sigue así. —Duncan dejó escapar un suspiro de preocupación—. Si no fuéramos familia, te mandaría a la mierda ahora mismo.

—Necesito la pasta, nada más.

—Pues compórtate como si te la merecieses. La oportunidad

está llamando a la puerta de esa cabezota tuya, chaval. Esta no es la pelea anual entre Willow Creek y Mountain Grove, Jewel. Vamos a cargarnos a un tipo y a colgar su pellejo en la pared del granero. Va a haber gente a la que no va a gustarle nada, ¿sabes? No puedes cagarla.

—Ya —dijo Jewel, y apretó la mandíbula de forma desafiante, como si ese tipo de encargos fuesen algo habitual para él—. No me digas lo que hago mal, Dunc. Los dos sabemos por qué estoy aquí.

—Recuérdamelo.

—Porque disparo a matar y he venido a disparar, por eso.

Duncan miró fijamente a Jewel y sonrió con orgullo.

—No eres listo, Jewel, pero tampoco se puede decir que seas tonto —dijo, y abrió la puerta del coche—. Vamos.

La casa de Ledoux era una cabaña robusta, acondicionada para una escapada de fin de semana en invierno, rodeada de porches con mosquitera. De la puerta trasera salía una pasarela de tablas de madera que bajaba formando una curva hasta el muelle, a unos quince metros.

Duncan llamó a la puerta.

Una mujer guapa con la cara un poco hinchada y el pelo rubio despeinado abrió la puerta y dejó a la vista un porche lleno de cañas de pescar, cartones de leche y revistas deportivas. Tenía la típica expresión de alguien que se empeña en llevarse una decepción tras otra, y sostenía una lata de cerveza en la mano. Miró a Duncan y luego a Jewel.

—Vaya. No suelen visitarnos muchos vendedores de enciclopedias.

—Eso espero —dijo Duncan—. Vengo a ver a Pete.

—De todos modos, no habría comprado ninguna, pero habría recortado algunas de las fotografías. —La mujer señaló con un movimiento de cabeza la luz que brillaba sobre el agua—. San Francisco del Marais du Croché está ahí fuera, cotorreando con los peces.

Duncan le sonrió. Era una bebedora atractiva que iba cuesta abajo y sin frenos, o sea de las que a él le gustaban, pero era la mujer

de Pete.

—Gracias.

—¿Queréis una cerveza o algo?

—No, gracias.

—Mejor, porque de todos modos no tenemos suficientes para compartir —dijo cerrando la puerta.

La pasarela se movía bajo sus pies mientras la cruzaban en dirección al muelle. La aguja de luz jugueteaba sobre el agua e iluminaba una inmensa ciénaga llena de agua fangosa y salobre.

—Hola, Pete —gritó Duncan—. He traído a mi primo Jewel para que lo conozcas.

—Hola —dijo Pete, y enfocó la cara de Jewel con el haz de luz de la linterna.

Jewel intentó taparse los ojos y apartó la cara.

—¡Eh, tío! ¿Eso lo has aprendido de los polis, o qué?

Pete enfocó con el haz de luz un punto entre Duncan y él.

—Qué mocoso tan desagradable, ¿no? —dijo Pete.

Estos tipos no me están demostrando ningún respeto, pensó Jewel. Un día les había dado una paliza a dos hombres al mismo tiempo. Y eran más corpulentos. Y en otra ocasión, en Memphis, estando de farra, tampoco le había ido mal contra aquellos tres marineros. Solo habían tenido que coserle la lengua.

—No soy ningún mocoso —dijo Jewel. Se levantó los faldones de la camisa y les enseñó la culata de la pistola—. ¿Habéis visto? Lo dice esta. Y puede decirlo hasta seis veces.

Ledoux miró a Duncan descontento. Luego fue hasta uno de los pilares del muelle y apretó un interruptor escondido. Las luces iluminaron el muelle y a los hombres. Ledoux les hizo un gesto para que lo siguiesen mientras echaba a andar tranquilamente hasta el borde del muelle.

—Tengo que arreglar unos bagres —dijo Ledoux.

Era un hombre bajo, de mediana edad, pero todavía ágil y rápido. Tenía la piel curtida como el barro y el pelo castaño atravesado de vetas grises. Se arrodilló y se inclinó hacia el agua sobre el borde del muelle. Al levantarse, tiró de un cable del que

colgaban varios bagres y peces gato vivos. Los peces hicieron un ruido pesado y húmedo cuando los soltó sobre un banco de madera bajo la luz más potente.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —le preguntó a Jewel sin apartar la vista de los peces.

—Más o menos. Tengo que bajarle los humos a una especie de rey del porno.

Ledoux se volvió lentamente para mirar a Duncan. Cuando sus miradas se encontraron, asintió una vez con la cabeza y sonrió con sorna, como si alguna predicción suya hecha con poca fe acabara de hacerse realidad.

Duncan se miró la punta del zapato.

—Ese no es rey ni de su propia polla, Jewel. Solo es propietario de un cine.

Ledoux escupió en el muelle, junto a los pies de Duncan.

—Lo que tienes que hacer, que parece que sabes «más o menos», es matar a un negro y que no te pillen. Que no te pillen «más o menos» te habría bastado en el 37 o por ahí, pero los Kennedy y el viejo Johnson se cagaron en ese plato de sopa. Por eso, *mon ami*, «más o menos» no es lo que yo tenía pensado.

—Lo he repasado con él —dijo Duncan—. Está listo. Más que listo, ¿eh, Jewel?

—Soy un Cobb, ¿no? —fanfarroneó Jewel con la voz trémula.

Ledoux había sacado los peces del cable y había empezado a clavarlos uno por uno al banco de madera. Los peces soltaron unos cuantos gruñidos, de los que Ledoux parecía hacerse eco. Luego cogió un cuchillo, introdujo la punta por debajo de la aleta caudal de cada uno y, con unos golpes cortos y suaves, los destripó. Las tripas se derramaron sobre el banco y se quedaron colgando sobre el muelle.

Ledoux levantó la vista de su trabajo.

—Me gusta el pescado —dijo.

—¿No me digas? —soltó Jewel, echando la cabeza hacia atrás.

Duncan le dio un buen empujón.

—¡Dile lo que vas a hacer, chaval! Puedes hacerte el duro todo lo

que quieras en tu tiempo libre, pero ahora mismo me estás haciendo quedar mal, ¿sabes?

Después de ponerse tieso, como si estuviese planteándose rebelarse, Jewel se relajó un poco.

—Vale —dijo. La realidad parecía abrazar sus pensamientos, así que sonrió ante la comodidad del abrazo—. Claro. Es un curro. A tope con el curro.

Ledoux estaba inclinado sobre los peces, metiendo las manos en sus cuerpos abiertos y arrancando los órganos que habían quedado colgando.

—Así se habla, *mon ami* —dijo, y arrojó un puñado de vísceras, que cayeron al agua en la oscuridad, fuera del círculo de luz.

—Duncan me lo ha contado todo. Unas veintisiete veces, por lo menos. Lo tengo claro, tío.

—Tampoco es tan complicado —dijo Duncan—. Apuntas y hace *bum*. Seguro que lo ha pillado.

—Qué tranquilizador —contestó Ledoux—. Qué tranquilizador. Siempre podré acordarme de eso durante veinticinco años en Jeff City. «Apuntas y hace *bum*». Está bien saber que tenemos un asesinato tan sencillo entre manos, porque se me ocurren los nombres de ocho o diez tipos que se habrán comido trabajos más difíciles. *Mon Dieu*, si lo hubiesen visto tan claro como tú, ahora no estarían planchando calzoncillos para el Estado.

—Joder, Pete —dijo Duncan en un tono monocorde, moviendo únicamente los labios—. No hace falta que nos des un discurso. Si te preocupa algo, lo dices y ya está.

—Gracias —contestó Ledoux, como si se sintiera honrado por un raro privilegio—. Creo que me preocupan un par de cosas, Juez Cobb —añadió, apuntando a Jewel con el dedo—. Por ejemplo, ¿tiene claro cuál es el trato?

—No —dijo Jewel dando un paso al frente con arrogancia—. Mírame las orejas, colega. Son demasiado pequeñas para ser las de un perro, ¿sabes? Eso quiere decir que puedo hablar por mí mismo. Y ahora que lo dices, hay una cosa importante que no me ha quedado clara. —Le dio un golpecito con el dedo a Ledoux en el

pecho—. ¿Cuánto voy a cobrar exactamente? Porque Duncan, el primo Dunc, no ha sido muy claro con los números.

—Bueno —exclamó Ledoux—, esto ya empieza a tener sentido. Acabas de empezar con nosotros. Vas a cobrar mil quinientos pavos. Eso es como diez veces lo que cobré yo cuando decidí hacerme mayor. Todo eso constará como una nómina en los libros de la Constructora Micheaux.

—Yo paso de hacer ese tipo de trabajo —protestó Jewel—. No me monté en un autobús para venir hasta aquí a partirme el lomo por una miseria.

—Este chaval… —dijo Ledoux dándose golpecitos con el dedo en la sien—. ¿De verdad está listo para hacer algo más complejo que robarles huevos a unas gallinas?

Duncan se encogió de hombros, impasible y aburrido. Ledoux se volvió hacia Jewel.

—Tú. Eres un tipo duro, ¿no, *mon ami*? Solo tengo curiosidad por la brecha generacional y esas cosas, ¿sabes? Me preguntaba…: ¿qué has hecho tú en la vida?

—Nada que no sea solo asunto mío. Eso es lo que he hecho. Básicamente.

Ledoux asintió con la cabeza y volvió a concentrarse en limpiar los peces. Duncan se acercó a Jewel y se puso a darle golpecitos en las costillas con el dedo. Jewel se alejó un poco.

—Bien —dijo Ledoux—. Algo me dice que no vale la pena discutir contigo. Podrías ser la persona que nos conviene, Cobb. Todo el mundo se merece una oportunidad. —Ledoux se sentó en una parte del banco que no estaba manchada de sangre—. La razón por la que vas a cobrar un cheque como si estuvieses en nómina es para engañar al fisco, ¿entiendes? Ese es peor que cualquier poli que conozcas. Peor que seis polis a la vez. Si alguien me trinca alguna vez, será un cabeza cuadrada armado con una calculadora, no un irlandés con placa.

Jewel asintió lentamente con la cabeza. Lo había visto en la tele. El fisco. Parece que fue lo que le hicieron a Capone. Y casi todos los otros capos cayeron cuando los pillaron con las cuentas sin cuadrar.

—Qué listo —dijo Jewel por fin. La sofisticación de aquellas transacciones financieras aumentaba su interés por el sector.

—Antes quiero decirte una cosa. —Ledoux cogió la linterna y paseó el haz luminoso por el agua. La luz captó el contorno de los árboles y de las puntas de troncos flotantes, las ondulaciones de la espuma verdosa que flotaba en la superficie del agua y reflejos de ojos imaginarios—. Eso de ahí… ¿sabes lo que es?

—Acabo de llegar —dijo Jewel—. Aún no me sé el nombre de todas las charcas.

—Esa es una charca de tres pares, *mon ami*. Es el Marais du Croché, que en cristiano significa «Pantano Retorcido». Es un hijo de puta enorme e interminable, negro como la madre que lo parió. Está lleno de agujeros, de cosas que pasan deslizándose a tu lado y cenagales que dan vueltas, y cada una de sus partes se parece tanto a cualquiera de las otras que casi nadie recuerda cuál es cuál, ni por dónde se sale, ni nada de nada. Por eso se confunden. Muchas veces se confunden tanto que acaban muertos, *mon ami*, y en primavera los arrastra el agua y acaban en la presa, un hueso detrás de otro.

—No es la primera vez que piso un bosque, con árboles altos y búhos que ululan y toda esa mierda, tío.

—No como este. —Ledoux hizo subir y bajar el haz de luz de la linterna para revelar sin prisa toda la maldad de un lugar con el que había acabado encariñándose—. ¿Sabes quién se maneja ahí dentro, Cobb?

Jewel miró a Duncan, y luego el rostro curtido de Ledoux.

—Supongo que tú.

—*Tres bien*. —Ledoux volvió a apuntar a Jewel con la linterna —. Yo y dos o tres veteranos de Frogtown. Nadie más. Si entras ahí, nadie más puede ayudarte a salir. Solo ellos y yo, y ellos no te conocen.

Jewel se cruzó de brazos, se balanceó hacia atrás sobre los talones y miró hacia la luz entornando los ojos.

—No pienso entrar ahí.

—Lo sé. Y mientras hagas lo que tienes que hacer, no tendré que meterte ahí dentro, no sé si me entiendes.

Jewel asintió solemnemente con la cabeza, pero no dijo nada.

—Entonces, vas a bajarle los humos a ese betún de Crane, en la Séptima, delante de su cine. Mañana por la tarde, ¿está claro?

—Como el agua y como el cristal —contestó Jewel.

—Ese será nuestro secreto, ¿eh, Jewel? —dijo Duncan—. La tetona de tu novia no está al corriente, ¿verdad?

—¿Me tomas el pelo? Me tomas el pelo, ¿no?

Duncan se le acercó y le dio una palmada en la espalda.

—Sí, ahora sí que somos socios. Oye, primo, ¿y si te acercas al coche y sacas la cerveza que tenías guardada? Así sellaremos el trato.

—Es una idea cojonuda —dijo Jewel, y echó a andar por la pasarela de madera hacia el coche.

Duncan y Ledoux se quedaron mirándolo. Cuando se encendió la luz del techo del Mercury, Ledoux le dio un codazo a Duncan.

—Que sea tu primo… ¿supone un problema para ti?

—No —contestó Duncan, negando con la cabeza—. Es un gilipollas.

Ledoux se puso a amontonar el pescado escamado para llevarlo a la casa.

—Estupendo —dijo—. No podemos retrasarnos, y creo que él podría ser el tontolaba perfecto para apretar el gatillo cuando nosotros queramos.

—Si se trata de ser tonto, apuesta por él —contestó Duncan al ver a Jewel volviendo por la pasarela—. Si en Sears tuvieran un catálogo de tontos, este se llevaría la palma. El macarra nos viene que ni pintado.

Capítulo 2

El detective René Shade, vestido de manera informal con una camiseta negra y unos vaqueros, estaba sentado en un taburete en un rincón, contemplando a los parroquianos del Catfish Bar de Tip. Había hombres con la cara roja y cigarrillos sin encender que agitaban las manos en el aire, hombres con los ojos entrecerrados que se apretujaban en los reservados y ladeaban la cabeza de forma profesional, y hombres de pelo cano con los puños nudosos como raíces viejas y con la expresión muda de quien se las sabe todas y no tiene miedo. Por allí se dejaban caer pocas mujeres y ningún hombre remilgado.

El hermano de Shade era el dueño del bar, y eso también le preocupaba. A veces, en comisaría, a Shade le había dado vergüenza tener que reconocer que, sí, el Tip Shade que regentaba el Catfish Bar y acogía a delincuentes, ladronzuelos y sus aprendices era su hermano mayor. Había intentado explicar que el bar estaba situado en el centro del barrio en el que se habían criado, y que los clientes habituales eran ante todo vecinos, y solo en segundo lugar una amenaza para la sociedad. El lugar preciso donde se podía, o incluso se debía, trazar la línea divisoria era más personal y no estaba nada claro. Sus superiores consideraban esas explicaciones sospechosamente metafísicas. No ayudaba el hecho de que su padre, el famoso John X. Shade, fuera un miembro destacado de lo que él insistía en llamar los círculos deportivos, y otros, con la misma insistencia, denominaban la fraternidad del juego.

El bar estaba construido con madera tosca sobre un montículo

que daba al río. Unas vigas de roble sostenían el techo sobre sus cabezas, y entre las vigas colgaban redes de pesca con flotadores de corcho, un toque decorativo desconcertante y fantasioso. Las sillas y las mesas eran todas de madera y crujían al sentarse. De las paredes colgaban fotografías deportivas y retratos de campeones locales. Detrás de la barra había una enorme foto de Tip que ocupaba toda la pared. En ella aparecía a punto de abalanzarse con sus ciento y pico kilos sobre un *halfback* con las piernas flacuchas, sosteniendo en alto un balón interceptado en la zona de anotación y enseñándole los dientes a un *fullback* conmocionado al que había derribado en la línea de una yarda. Había una foto de los Pirates de Saint Bruno, el equipo de béisbol local de la liga menor, y una pequeña foto de Eldon Berenger, que había jugado una temporada al baloncesto en la Continental League. También había representados varios boxeadores. Justo detrás de un robusto pilar de roble había una fotito de René Shade, con las manos enguantadas levantadas sobre la cabeza mientras celebraba una victoria en los primeros tiempos de su antigua carrera, cuando aún había motivos para la esperanza. Cerca de la entrada había una foto más grande de Shade, tomada casi al final de la noche en la que el campeón de los pesos semipesados, Foster Broome, lo había perseguido por todo el *ring* con una serie de golpes cortos de izquierda hasta reventarle la cara, que se batió en retirada en diferentes direcciones para esquivar la persecución. Shade no podía evitar mirar ese recordatorio de un pasado casi glorioso, pero cada vez que lo hacía se le encogía el corazón. La foto era uno delos intentos de Tip de hacer gala de un sentido del humor tosco, pero a Shade rara vez le arrancaba una sonrisa.

Mientras Shade lo observaba todo, Tip le servía un *bourbon* doble y una cerveza de barril a un timador larguirucho llamado Pavelich, que en su día había sido el mejor jugador de bolos de la ciudad, pero que ahora se conformaba con ser el segundo mejor porque le reportaba más dinero. Tip le dio el cambio y se fue a donde estaba Shade, en un extremo de la barra.

—¿Otro ron, hermanito? —preguntó Tip lentamente, pero en

un tono algo agresivo.

—Por supuesto. Pónmelo en tu cuenta.

Tip sonrió, levantó una botella de ron negro jamaicano y echó un buen chorro en el vaso de Shade.

—Una cosa es el ron gratis, y otra arruinarme el sustento. ¿Buscas a alguien, o es que te sientes tan solo que tienes que relacionarte con tus semejantes?

—¿Alguna vez he trincado a alguien aquí?

—Afortunadamente, no. Si no, ya te habría puesto de patitas en la calle.

En ese comentario había algo más que simple rivalidad entre hermanos, pensó Shade. Tip siempre se había comportado como si pudiese castigar a Shade cuando fuera necesario. Shade reconocía que era muy capaz. Él pesaba setenta y siete kilos, y Tip pesaría unos treinta más; lo aventajaba en velocidad, pero no en experiencia «no arbitrada», y sabía que el ardor de ambos en el combate era más o menos el mismo.

René sonrió y asintió con la cabeza.

—No he detenido a ninguno de estos, pero podría hacerlo fácilmente. —Se giró en la silla para abarcar el local con la vista—. Podría detener a seis de camino al meadero.

—Perderías la amistad de tus vecinos y compañeros de juego de la infancia, hermanito.

—Probablemente podría trincarte a ti también, Tip, si le dedicase diez o doce minutos a la labor.

Tip comenzó a asentir, y acto seguido negó con la cabeza.

—Puedo ser deshonesto de ocho maneras diferentes, cerdito, pero nunca he tenido un pelo de tonto.

Shade se preguntó, quizá por milésima vez, hasta dónde habría llegado su hermano mayor si sus rodillas hubiesen aguantado más de dos temporadas memorables de fútbol americano en la universidad.

—Los genes lo dirán —dijo Shade.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ah, no estoy seguro; pero, si lo estuviese, tendría mucha más confianza en mí mismo.

Tip fue al otro extremo de la barra para atender a un grupo de hombres que habían empezado a mirarlo y a agitar sus jarras vacías.

Shade siguió contemplando a los parroquianos. A muchos los conocía desde que era pequeño, había formado equipo con ellos en todo tipo de juegos en descampados, se había peleado con ellos bajo los olmos del parque Frechette en las frescas mañanas de verano, y se había juntado con ellos en los bailes de la iglesia católica, donde compartían el *whisky* que astutamente habían escondido en botellas de Coca-Cola. Se había pegado con ellos en peleas callejeras de bandas cuando era joven, peleas que parecían más importantes que las de la edad adulta; les había hecho recados a los hombres mayores y había visto cómo sus hijas se casaban felizmente con tipos de fuera y solo volvían a Frogtown para unas breves vacaciones y para los entierros.

Una mano gruesa le dio un apretón en el hombro y lo sacó de una nostalgia en la que no tenía mucha fe.

—René. No se te ve mucho el pelo últimamente. ¿Qué haces esta noche?

Era Wendell Piroque, un camionero con forma de tonel que probablemente había manejado más porras que volantes. Shade lo conocía desde primaria, cuando Piroque ya se dejaba caer por los billares de su madre.

—Beber a costa de Tip.

—Qué suerte tienes —dijo Piroque sentándose en el taburete de al lado—. No está mal tener un hermano que regenta un bar. —Piroque tenía la cara redonda y agradable, con los rasgos oscuros, y su sonrisa era toda inocencia—. Y tu madre regenta unos billares. Será tu mitad irlandesa, que te da suerte.

—Eso será. No hay ningún refrán famoso que diga que los franchutes tienen suerte.

—En esta ciudad, no —dijo Piroque mientras golpeaba con un dedo la superficie de la barra. De repente, señaló la mesa de billar que había al fondo del local, una mesa que, misteriosamente, se usaba poco—. ¿Echamos una partida?

—¿Tienes el tapete de la mesa trucado, o qué?

—¿De verdad piensas que yo te haría eso? —preguntó Piroque fingiéndose escandalizado.

—Te lo harías a ti mismo si pudieras ser dos primos a la vez.

Atravesaron el laberinto de mesas con Shade delante. Este saludó con la cabeza a quienes lo saludaban, dijo «hola» dos veces y una vez lo miraron fijamente hasta que apartó la vista.

—¿Bola nueve? —preguntó Piroque cuando llegaron a la mesa.

—Si insistes —dijo Shade—. Pero también podrías darme el dinero ya.

Piroque se inclinó sobre el fieltro verde con la lengua asomando por la comisura de los labios mientras colocaba cuidadosamente las bolas en el triángulo.

—Yo no pienso igual —dijo.

—Me parece bien —contestó Shade. Era un hombre ancho de espaldas, oscuro de piel, siempre en forma, no juvenil, pero sí joven. Los ojos azules se le iluminaron ante la perspectiva de una partida reñida—. Es lo único que me interesa en este mundo.

Los dos policías de uniforme entraron en el Catfish unos minutos después de la una de la madrugada. El más alto de los dos era un hombre negro que destacaba sobre su compañero, bajito y rechoncho. A medida que se acercaban a la barra, las conversaciones a gritos se fueron reduciendo a un susurro y luego al silencio. Los agentes intentaron aguantar las miradas de los parroquianos para demostrar que controlaban la situación, pero se dieron cuenta de que dos pares de ojos no tienen nada que hacer contra treinta, y de que su postura arrogante y su confianza fingida se percibían desde fuera como algo cómico y no como una demostración de autocontrol.

El dueño del bar estaba plantado con los brazos cruzados y con el labio superior escondido bajo el inferior en un gesto de advertencia.

—Hola, Shade —dijo el agente bajito—. ¿Está tu hermano?

Tip los miró con desdén y echó la cabeza hacia atrás, señalando el fondo del local.

—Ahí está —dijo el policía negro—. En la mesa de billar.

Shade se apoyó en el taco mientras veía acercarse a aquellos extraterrestres vestidos de azul. Observó la disposición de las bolas en la mesa y se giró para recibirlos. Antes de que les diese tiempo a hablar, dijo:

—Una tacada más y termino.

El agente bajito negó con la cabeza.

—El capitán Bauer dice que ya.

Piroque se pasó dándole efecto a la bola blanca y falló un intento de carambola 6-9. Se enderezó, le dio tiza al taco y sonrió a Shade.

—Podrías retirarte si el deber te llama.

—No —contestó Shade. Se acercó a la mesa, calculó las probabilidades y se inclinó para tirar. Con los estilizados músculos de su brazo izquierdo, que sobresalían como un caramelo de café con leche retorcido, se preparó para golpear—. Bola 6 —dijo, y la metió, mientras la bola blanca se iba a la banda opuesta por el efecto que le había dado.

—El capitán está esperando —le recordó el agente bajito—. ¿Cuánto va a tardar?

—Nada —respondió Shade. Tenía una esperanza, que consistía en una combinación de tiro por banda, ya que la bola 8 estaba tapada y le impedía un tiro directo—. 7-9. En la esquina, para dejar constancia por si lo consigo.

Se colocó para tirar, golpeó la bola blanca con precisión, sin efecto, y vio cómo la bola 7 cruzaba la mesa por la banda y hacía justo lo que tenía que hacer: golpear la bola 9 suavemente y mandarla a la tronera.

Se volvió hacia Piroque, que ya tenía la mano en la cartera.

—Guárdatelo, Wendell. Cómprale a tu hijo una maqueta de avión.

—Nah —dijo Piroque, negando con la cabeza—. Cuando pierdes, hay que aflojar la mosca. —Le dio a Shade un billete de cinco dólares sin más ceremonias—. No juegas mal al billar, Shade, eso hay que reconocértelo. Pero tengo que decirte que aún no eres lo bastante bueno para sostenerle la tiza a tu padre, ¿sabes?

—Gracias, Wendell.

—Detective —dijo el agente más hablador, dando golpecitos en el suelo con el pie insistentemente—. Ya estamos tardando.

Shade siguió a los agentes de uniforme hacia la puerta, consciente del silencio casi total y de la malhumorada presencia de la mirada de Tip sobre él. Desde la barra, Tip le hizo una seña con el índice para que se acercase.

—¿Sí? —dijo René.

Tip se inclinó hacia él y flexionó sus enormes brazos de manera amenazante.

—No traigas aquí a tus nuevos amigos. —La cara de Tip, de rasgos chatos y picada de viruelas, era inexpresiva, pero sus ojos marrones estaban llenos de ira—. Puedes jugar con ellos en la calle, pero no en casa, ¿entendido?

—¿Por qué no los echas?

Tip fulminó a su hermano con la mirada.

—Ahora me debes el ron, listillo —dijo, echándose hacia atrás —. Resulta que ya no es gratis.

—Tengo trabajo —contestó René, y echó a andar hacia la puerta.

Tip salió de detrás de la barra como si fuera un *lineman* regordete de instituto y Shade un *quarterback* a punto de anotar. Los dos agentes apoyaron los dedos sobre sus armas reglamentarias. Miraron nerviosos a su alrededor mientras los hermanos se encaraban.

—Si vas a darme problemas, no vuelvas a poner un puto pie aquí —dijo Tip. Apretó el puño y lo agitó mirando a su hermano—. Ya te he dicho que si me arruinas el sustento, te daré una patada en el culo. Me da igual que seas mi hermano.

René se rascó la barbilla en señal de burla.

—Si te sientes «rana», ponte a saltar, hermano.

Tip abrió la boca para replicar, luego miró a los agentes de uniforme y dio un paso atrás, asintiendo varias veces con la cabeza.

—Ha sido un placer verte, René. Mándame una postal más o menos cuando el juicio final, ¿quieres?

Shade se dio la vuelta y se paró delante de la enorme fotografía

de sí mismo magullado y humillado.

—La próxima vez que venga a verte, Tip, estaría bien que eso desapareciese.

—Nah. Es mi favorita —dijo Tip en un susurro tenso—. Te define perfectamente, hermanito. Te define perfectamente.

Shade volvió a mirar la foto y la estudió con displicencia. Finalmente, se encogió de hombros y levantó las manos.

—Todo el mundo es así de vez en cuando —dijo, y salió por la puerta.

La sangre había salpicado el televisor. El detective How Blanchette asomó la cabeza por encima del costoso RCA y miró en la mesa que había detrás. Se veían salpicaduras grises y trocitos blancos en los manchurrones rojos.

—Parece que estaba cambiando de canal o algo así, supongo —dijo—. Claro que no me pagan por hacer suposiciones.

El agente de policía con el que había hablado no respondió. Estaba paralizado ante el cadáver desplomado de un hombre negro de mediana edad, un hombre destrozado por la repentina explosión de la parte de atrás de su cabeza.

—¿Ves alguna pista en su expresión corporal, Cooper? —preguntó Blanchette. Blanchette tenía el pelo rubio cobrizo y estaba gordo. Insistía en llevar, en casi todo momento, una gabardina de cuero negro que, según él, le hacía parecer diez kilos más delgado—. Puede que Rankin haya muerto formando una letra del abecedario para darnos una pista, ¿eh? ¿Te parece una «m» o una «z»? —Cooper miró hacia otro lado—. Aunque también podría haber usado la lengua de signos de los sordos, ¿eh, Cooper? Ahora todos los políticos la usan.

Cooper miró por fin a Blanchette a los ojos.

—Siempre has sido muy tierno, How —dijo Cooper—. Casi esponjoso.

Cooper levantó las manos y se puso a pasear por la habitación. Estaba muy bien decorada, era una sala de estar con lámparas

recargadas y muebles de caoba pulida.

—Yo conocía a este hombre —añadió, negando con la cabeza—. Estuve en su puñetero grupo de guardaespaldas, ya sabes, cuando el asunto de los autobuses se puso feo. —Se detuvo de espaldas al cadáver—. Me trató decentemente, joder. No como un mayordomo que lleva un arma, ¿sabes? Decentemente, joder.

Blanchette asintió, aparentemente con compasión.

—Pues me parece que alguien no lo consideraba tan decente. Con mis nueve años de experiencia y tal podría afirmar que eso es un hecho. Yo te diría que sacases el bloc de notas negro, ese que está lleno de páginas en blanco, y empezases una diciendo: «A Alvin Rankin, concejal, le ha reventado la cabeza alguien que no pensaba que fuera tan decente, joder».

—Esperaré fuera, seboso de mierda —dijo Cooper.

Blanchette levantó una mano para detenerlo.

—Sargento detective seboso de mierda para usted, agente.

—A la orden —contestó Cooper, y salió.

Blanchette inspeccionó la habitación, abarcando la escena con sus ojos oscuros, y arqueó las gruesas cejas mientras se concentraba. La habitación era un testigo reacio. Para ser la escena de un crimen, y lo era indiscutiblemente, tenía un nivel inaudito de pulcritud. Aparte de la sangre y el cadáver, imprescindibles en cualquier escena de un crimen, pensó Blanchette, aquel lugar podría llevarse el premio a la escena del crimen más pulcra. Lo único que estaba fuera de lugar, aparte del cadáver destrozado de Alvin Rankin, era la *TV Guide*, que había caído medio metro a la derecha de la mano abierta de Rankin.

Mientras Blanchette especulaba con las posibilidades que ofrecían las escasas pistas de la escena, se abrió la puerta del salón principal y el capitán Karl Bauer entró en la salita, seguido de cerca por un grupo de hombres de la policía científica.

Bauer era un hombre grande y ancho de espaldas, con el pelo del color de las escamas de las carpas y siempre cortado a cepillo. Tenía los rasgos severos y los puños nudosos, pero muchos de sus subordinados pensaban que era un policía incompetente. Sin

embargo, su talento como animal político era innegable, y a la hora de ser campechano, no tenía rival.

El capitán Bauer pasó junto a Blanchette y se puso de espaldas a él.

—La mujer y la hija están en la acera de enfrente, en el 605. En casa de unos vecinos apellidados Wilkes. Dales tiempo para que se tomen un trago de *whisky* o un café y luego vete para allá.

—Bien —dijo Blanchette—. ¿La mujer ha dicho algo más?

—No lo mantendría en secreto si así fuera, detective. Llegó a casa del cine, de ver *En busca del arca perdida* con la hija… —Bauer hojeó el bloc de notas para encontrar el nombre de la hija—. Janetha, de diecisiete años. Eran las doce menos cuarto, más o menos. —Bauer cerró el bloc de notas y se lo guardó en el bolsillo del pecho—. Fin del diálogo.

—Creo que quizá le ha desaparecido la cartera —dijo Blanchette —. No está tirada por ahí.

—¿Su cartera? ¿Te cuelas en una casa, matas a un concejal que tiene un Mercedes y una colección de jarrones chinos y solo te llevas su cartera? ¿Eso te parece lógico? Tiene pinta de que el resto de la casa ni la hayan registrado.

—Bueno —dijo Blanchette—. Los tipos que no están acostumbrados a pintar paredes con los sesos de la gente tienen reacciones raras cuando por fin dan el paso, señor. Los franceses tienen una palabra para eso, pero no sé cuál es, así que yo lo llamo «flipar».

—Es una posibilidad —contestó Bauer. Se volvió hacia los otros agentes que había en la habitación, los apuntó con ambas manos y chasqueó los dedos—. Chicos, poneos manos a la obra. Fariello, haz muchas fotos —le dijo al fotógrafo.

Bauer había visto esa misma escena en muchas películas y dirigió al resto de la policía científica como un torbellino, imitando inconscientemente a Rich Little.

Blanchette negó con la cabeza al ver a su capitán. Asentía con su cara de pan y su doble papada cada vez que notaba influencias evidentes en el comportamiento de Bauer. Ese de ahí es Broderick

Crawford. Oh, ese gruñido me resulta familiar, tiene algo más que un toque de Bogart. Esa mirada de acero parece que Matt Dillon la explotó a cambio de una fortuna en concepto de *royalties* por reposiciones. ¿Dónde está Kojak?

Por último, Bauer volvió a dirigirse a Blanchette.

—¿Dónde está Shade? —preguntó.

—Esta semana no me toca vigilar a Shade, capitán.

Bauer lo miró fijamente.

—¿Sabes, Blanchette? Para ser tan bajito, estás muy gordo. ¿Alguien te lo ha dicho alguna vez?

—Nadie que siga con vida, señor. Un caballero nunca lo diría, lo sé porque me leo la columna de «Dear Abby» en el periódico.

—Así que eres un hombre leído, Blanchette. Tómate otro dónut y ya serás dos. —Bauer echó a andar hacia la puerta y se paró en seco—. Me voy a la casa del alcalde. Querrá estar informado puntualmente. Cuando llegue Shade, hablad los dos con la mujer y la hija, y luego reuníos conmigo en la calle Segunda.

—Claro, capitán.

En la habitación que daba a la calle, entre la salita y la puerta principal, había un gran sillón de cuero, demasiado mullido y muy poco usado. Blanchette se hundió en él, encendió un puro y esperó a Shade. Mientras fumaba, pensó en Alvin Rankin. Tenía unos cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años y era un producto de Pan Fry, el histórico barrio negro de Saint Bruno; listo y duro, bendecido con el raro talento de saber con quién debía ser duro y con quién debía demostrar que era más listo; una figura prometedora del Partido Demócrata, con un peso cada vez mayor a medida que los residentes de Pan Fry empezaban a votar de verdad en lugar de poner una X donde se les decía y quedarse callados el resto de la década. Blanchette sabía que Alvin Rankin podría haber sido el primer alcalde negro de Saint Bruno. Ese era el motivo número uno, escrito en letras luminosas. La bandera del progreso social no ondeaba al frente de una multitud unánime, y Saint Bruno era, y lo había sido durante mucho tiempo, una ciudad de desconfianzas tenaces y convicciones dispares. Los habitantes de

Saint Bruno estaban imbuidos de una mezcla desagradable de orgullo ancestral, dureza egoísta e ignorancia intencionada que servía para producir una generación tras otra de ciudadanos solo ligeramente menos estrechos de miras que la generación que había puesto los adoquines que aún cubrían las calles.

Blanchette se quedó mirando la habitación donde había descarrilado el futuro de Rankin. Sí, podría haberlo conseguido, pensó Blanchette. No a corto plazo, pero sí con cincuenta o cincuenta y cinco años. Ahora todo eso ya dependía de otra persona.

La punta del puro tenía un dedo de ceniza, así que Blanchette la dejó caer sobre la alfombra y la restregó con el pie. Miró a su alrededor y se sintió ligeramente sobrepasado por la cantidad de objetos de arte y moda que ni siquiera sabía cómo se llamaban. Sí, era un lugar bastante elegante para un betún que nunca se había dedicado a cantar en falsete o a encestar balones en una canasta. No era fácil llegar hasta allí en aquella ciudad.

Shade entró por la puerta y Blanchette se levantó.

—Me alegro de que hayas podido venir, Shade. Espero no haber interrumpido nada importante, como una cita con esa morena tan guapa con la que sales, esa que se mueve como si no tuviera huesos en la espalda. ¿Dónde vivía?

Shade pasó por delante de Blanchette sin contestar y entró en la salita. Al ver el cadáver de Rankin, le temblaron ligeramente las piernas. Sabía que era poco profesional, pero también sabía que nunca lograría acostumbrarse a las posturas terriblemente flácidas de los muertos. Y, para colmo, resulta que había conocido un poco a Rankin.

—No se han arriesgado, ¿eh?

—No —dijo Blanchette. A pesar de su complexión, se movía con un contoneo agresivo no exento de elegancia—. Dos balas, pam, pam, en la parte de atrás de la cabeza. Suele funcionar.

—¿Quién se lo ha encontrado?

—Su mujer y su hija. Están en la casa de enfrente.

—¿Bauer ha estado aquí?

—Acaba de irse. Ha ido a darle la mano al alcalde para que no

sueñe con el hombre del saco.

Shade examinó la habitación y rodeó al fotógrafo y a los tipos que tomaban las huellas.

—Un trabajo extremadamente limpio —dijo Shade. Tenía el pelo, castaño y largo, echado hacia atrás, y se lo peinó con la mano, una costumbre que tenía cuando estaba distraído—. Ha debido de ser un amigo.

—Es una definición del término asquerosamente libre, camarada Shade, para referirse a un tipo que te mete dos balas en la nuca.

—Es a quemarropa —dijo Shade—. En su salita, mientras veía la tele. Yo diría que se conocían. Se conocían lo suficiente como para que el viejo Alvin pudiera relajarse con él. O con ella.

Blanchette cogió la *TV Guide* y la examinó.

—Yo diría que estaba cambiando de canal. Parece que solo lleva muerto una hora, quizá dos. Y lo que ha dicho su mujer lo confirma.

Shade lo escuchaba distraídamente. La casa de Alvin Rankin, su muerte, su cuerpo desmoronado, todo ello hizo que Shade recordase al Rankin que había admirado desde que era niño. Él era mucho más joven que Rankin, pero aún recordaba claramente la audacia con la que un Rankin adolescente había bajado desde lo alto de Pan Fry hasta el río y Frogtown. Había venido solo, con una propuesta para los chicos de Frogtown: si todos dejábamos de machacarnos los unos a los otros por diversión, tendríamos menos policías apretándonos las tuercas y más espacio, y entonces podríamos ocuparnos tranquilamente de nuestros asuntos.

El Sadat[2] de Pan Fry había tenido una visión y el valor de intentarlo. Shade se había quedado impresionado. Por supuesto, los chavales mayores de Frogtown le habían zurrado la badana a ese betún engreído y lo habían tirado desde un Chevy al pie de la loma de Pan Fry, pero desde entonces Shade había seguido con atención la carrera de Rankin. Siempre había sido un tipo al que no había que perder de vista.

Blanchette tocó a Shade en el hombro.

—Me juego algo a que estaba quitando las noticias. Debía de estar aburriéndose de oír que los israelíes y la OLP siguen sin darse

un beso y sin reconciliarse, aunque todos estemos deseando asistir a la boda. Así que se levanta para cambiar de canal. —Blanchette señaló una imagen en la guía—. Yo diría que estaba cambiando a la película del 41, que era *The Good Humor Man*.

—¿Por qué lo crees? ¿O es solo una intuición de gordito?

Blanchette levantó las manos y se encogió de hombros.

—Es lo que habría puesto yo. Me encantaba esa película cuando era pequeño. «Nátipac Levram»[3]. La vi en el viejo Fox, ¿sabes?

—Lo había olvidado. Eso fue en 1953, ¿no? Recuerdo que ese día, en lugar de ir al cine, fui a la biblioteca.

—Ya —dijo Blanchette—. Sacaste ese libro, el de *101 chistes malos*, y te lo aprendiste de memoria.

Shade se puso a apartar los muebles en busca de casquillos. Estaba intentando encontrar sentido a todos los detalles de la habitación.

—¿No hay señales de que hayan forzado la entrada? —preguntó.

—Ninguna. A menos que un genio delincuente haya entrado por el ojo de la cerradura. No hay arañazos ni han usado palanca.

La intimidad que impregnaba esos crímenes, el amigo con una pistola, un viejo rencor y la oportunidad natural de vengarse, les daba un aspecto de tragedia del que carecían otros crímenes.

—Ha tenido que ser alguien que conocía y en quien confiaba.

—René —dijo Blanchette—. Aunque fuera negro, seguía siendo un político, ¿sabes? Actúan igual que los jefes de barrio irlandeses o los congresistas alemanes, tío. Su trabajo consiste en dejar que se les acerquen los votantes. Por eso consiguen votos. Tal como yo lo veo, eso solo lo reduce a los miembros de su propio partido.

—Esa es una sugerencia que va a hacer que al presidente del Consejo del condado le dé la risa tonta mientras se toma una copa de *brandy*.

Con las manos extendidas a ambos lados, Cleo Rankin se recostó en el sofá, con la cabeza bien alta, y miró a Shade con un inconfundible gesto de desconfianza. Llevaba el pelo decapado a los

lados y por detrás, y en la parte de arriba le formaba una onda. Su piel color moka contrastaba hábilmente con el pintalabios rojo brillante y las joyas blancas.

—Eso es todo lo que le he dicho al capitán. No hay más.

—¿Janetha ha visto algo? —preguntó Shade.

—Ha entrado detrás de mí. No estoy segura de que haya visto claramente… lo que he visto yo. Ahora está en el piso de arriba.

—¿Alvin llevaba mucho dinero encima? —preguntó Blanchette bruscamente—. ¿Tenía la costumbre de enseñar un fajo de billetes en la tienda de la esquina o en sitios así?

Los ojos de Cleo se ensombrecieron.

—¿Después de aparcar su Cadillac rosa, quiere decir?

—No quería decir eso —dijo Blanchette sin disculparse—. Pero le ha desaparecido la cartera. Es lo único que ha desaparecido.

Cleo apartó la mirada de los detectives y la fijó en la pared.

—No creo que lo hayan matado por la cartera —dijo.

—Pero todos sabemos que unos doscientos pavos bastan para llamar la atención por aquí —contestó Shade.

—¿Quiere decir que ese es el precio de un asesinato aquí, entre los degenerados de Pan Fry? ¿Es eso lo que quiere decir?

—O en Frogtown —dijo Shade—. O en muchos otros lugares con nombres más bonitos.

Cleo levantó la cabeza y se quedó parada. Entonces tomó la decisión y metió la mano en el bolso de cuero negro que tenía a su lado en el sofá. Cuando la sacó, sostenía una cartera *beige*.

—La llevaba en el bolsillo —dijo, y se la entregó a Shade.

—Señora Rankin, ¿ha cogido algo más? Es importante saberlo. —Los crímenes ya eran bastante difíciles de resolver sin las pistas falsas que dejaban los familiares de la víctima, pensó Shade—. Habría sido mejor que la dejase allí.

Blanchette se puso al lado de Shade mientras examinaban la cartera.

—Vacía —dijo Blanchette—. El amigo que se lo cargó era una amenaza por partida triple: amigo, asesino y ladrón.

—No —replicó Cleo—. Tome. —Sacó un fajo de billetes del

bolso y se lo dio a Shade—. Le he sacado el dinero de la cartera.

—¿Por qué?

Cleo tensó la cara y luego se le dibujó una expresión de amargura.

—No quería que los primeros policías que llegaran se peleasen por quién se lo quedaba, ¡por eso!

Shade soltó un gruñido. Sabía que había ladrones de uniforme, policías que robaban algún reloj en el lugar donde se había producido un suicidio, y una o dos botellas de alcohol que estaban a mano. Lo había visto una vez, y aquel policía no lo volvería a hacer.

—¿Es lo primero que se le ha ocurrido al ver a su marido sobre un charco de su propia sangre en el suelo?

Cleo se estremeció. Cogió un cigarrillo de la cajetilla que había sobre la mesita y lo encendió con un pesado mechero de plata.

—Alvin tuvo éxito y siempre le he estado agradecida por eso. No sabe hasta qué punto. Pero por culpa de su trabajo nunca nos fuimos de Pan Fry. Y nunca se me ha olvidado que me crie aquí, no sé si me entiende.

—Sí —dijo Shade—. Creo que sí.

—Cuando era niña, vivíamos a unas cuatro manzanas de aquí, con un pedazo de tierra embarrada como patio y tres familias compartiendo casa. Un día estaba ayudando a mi abuela a hacer un pastel de moras. Le falló el corazón mientras llevaba el pastel al horno. Se cayó, el pastel también se le cayó y yo fui a pedir ayuda a gritos. Tenía quince años —dijo, y soltó una risa triste—. No debería haber sido tan ingenua, pero lo era. Al rato vinieron dos policías. Todavía me acuerdo de uno de ellos, que se apellidaba Burris. Un pelirrojo feo, con tantas pecas que parecía que le hubiera salido un sarpullido. Se quedaron plantados junto a mi abuela, la miraron durante un rato y dijeron: «La tía Sally ya no va a terminar ese pastel». Se pusieron a mirar por toda la habitación. Aunque parezca increíble, yo era la única que estaba en casa ese día, y recorrieron la casa entera hasta que vieron un reloj tallado antiguo que teníamos. Había pertenecido a mi familia desde hacía años. «Vete a la tienda de Lehman y llama a la ambulancia para negros»,

dijo Burris. Y eso hice, como si eso fuera a ayudarla. Cuando volví, los policías se habían ido, mi abuela seguía tirada en el mismo sitio y había un enorme hueco donde antes estaba el reloj.

Se hizo el silencio, y luego Blanchette arrastró los pies y se levantó de la pared contra la que se había dejado caer.

—Qué historia tan triste —dijo—. ¿Dónde están los clínex?

—¿Lo ve? —replicó Cleo, señalando a Blanchette—. Seguramente les he evitado una pelea escondiendo ese dinero. Este se lo habría embolsado inmediatamente.

Blanchette metió los pulgares en las trabillas del cinturón, se balanceó sobre los talones e hizo una mueca.

—Mi trabajo consiste en recoger pruebas —dijo—. Creo que está en la página 201 o por ahí del manual, y yo sigo el manual al pie de la letra. Eso salta a la vista.

Cleo se incorporó y se alisó la falda. Echó a andar hacia la puerta y la abrió de par en par.

Shade metió el dinero en la cartera y la siguió hasta la puerta.

—No tengo nada más que decir.

—Lamento este mal trago —dijo Blanchette al pasar a su lado y salir al jardín.

Las luces azules y rojas giraban en la noche mientras unos hombres con uniforme blanco sacaban una camilla cubierta por una sábana de la casa de enfrente. Se oían muchas voces, unas secas, otras animadas y otras enfadadas. Se había reunido un buen grupo de gente, pero casi todos guardaban silencio y prestaban atención a lo que decían los funcionarios.

—Descanse un poco —dijo Shade.

—Y ustedes hagan su trabajo.

—No hace falta que nos lo diga, señora —le espetó Blanchette.

—Eh —dijo Cleo, y extendió la mano con la palma hacia arriba —. El dinero, por favor.

Shade se acarició el pelo y negó con la cabeza lentamente.

—No se lo va a creer —contestó—. Pero ahora es una prueba.

Cleo se puso rígida y retiró la mano.

—No me diga —replicó.

Los dos detectives se miraron entre sí durante unos segundos y Blanchette se encogió de hombros. Shade se volvió y le dio la cartera a Cleo.

—No tengo por qué hacerlo —dijo—. Pero voy a hacerlo.

Cleo aceptó la cartera y volvió a entrar por la puerta.

—Se siente culpable —respondió—. Eso es todo.

Y cerró de un portazo.

Capítulo 3

El coche de Shade y Blanchette avanzaba por las calles de Pan Fry e iba dejando atrás casitas de madera que aguantaban en un equilibrio precario por el siglo o más de inclemencias que habían vivido, y edificios de tres plantas en los que la mitad de los pisos tenían ventanas con la madera podrida y la otra mitad, jardineras bien pintadas, llenas de flores rojas y amarillas. De vez en cuando había una pequeña mejora y se veía una casa primorosa, muy limpia y con colores a juego, con su garaje y una valla metálica.

—How —dijo Shade—, tengo que preguntarte una cosa. ¿De qué te sirve esa actitud grosera? ¿Qué ventaja crees que te da?

Blanchette soltó un gruñido. El comentario le había hecho gracia.

—Podría darte una buena razón. Me sé una. Podría decirte que es porque eso hace reaccionar a la gente, les hace soltar cosas que me facilitan el trabajo. Podría decirte eso.

—Pero no vas a decírmelo.

—A ti no, aquí a oscuras y a solas. La verdad es que la gente me parece un coñazo la mitad del tiempo. Me aburren sus chorradas. En pequeñas dosis no me importan, pero, en fin, deberías sorprenderme, no darme sueño. —Blanchette miró a Shade y le guiñó un ojo—. Ya sabes a qué me refiero. Los que de verdad me tocan los huevos son los que dicen: «Es culpa de la sociedad» —dijo, impostando la voz—. «Con ocho años no tenía bicicleta, Señoría, así que no se me puede reprochar que le metiese unos clavos a martillazos en la cabeza a la monja y violase al cura cuando tenía

veinte años». Joder, tío, me crie en la mierda y ahora trabajo para unos mierdas.

—Entonces, ¿nadie aparte de ti puede quejarse?

—Que se quejen todo lo que quieran, a mí me da igual.

—No tienes compasión por ti mismo —dijo Shade.

—Supongo que necesitaría ir más a la universidad para ver algo de inteligencia entre tanta tontería, socio.

Las farolas de la calle se volvieron más brillantes al salir de Pan Fry. Saint Bruno, con una población de doscientos mil habitantes, era una ciudad con muchos barrios, Frogtown y Pan Fry eran los más grandes y famosos, pero también contaba con vastas y abrumadoras circunscripciones anónimas, anodinas y casi prósperas.

En la calle Clay, Blanchette giró hacia el este con una seguridad que hizo chirriar los neumáticos y pisó el acelerador, ya que no había mucho tráfico. El Pio's Italian Garden seguía abierto, con la *pizza* de neón rojo en el escaparate a modo de invitación para terminar allí la noche. A Blanchette, los recuerdos de las comidas que había tomado allí le parecieron variados, pero copiosos, y dio un volantazo para entrar en el aparcamiento.

—Hay que comer. ¿Tienes hambre? —preguntó mirando a Shade.

—¡La madre que te parió! ¡No, tío!

Blanchette bajó del coche y se apoyó en la puerta.

—Las tragedias te chupan la energía, René. A mí me pasa. Creo que me voy a pillar un bocata de albóndigas.

—Eres todo un hombre, How.

Blanchette asintió con la cabeza, cerró la puerta y entró en Píos.

Por razones que a Shade le resultaban demasiado liosas para expresarlas y demasiado esquivas para entenderlas, How Blanchette le caía bien. Eso lo convertía en miembro de un club muy reducido. Pero conocía a Blanchette desde hacía demasiado tiempo y sus pasados en Frogtown estaban demasiado entrelazados como para no perdonárselo todo, incluso lo imperdonable.

How había venido a este mundo en Frogtown, unos tres callejones al norte de los Shade, como Arthur Blanchette. Su padre,

el excéntrico y apreciado Leigh Blanchette, había proporcionado material para exuberantes historias de barra de bar, de esas que se cuentan gesticulando con los brazos, y maliciosas anécdotas de las que se cuentan en corrillo al salir de misa y que se perpetúan de generación en generación en Frogtown, al tiempo que le plantaba a su hijo un apodo que se convertiría en su cruz y también en su más insigne distintivo.

Cuando How tenía quince años y todo el mundo lo llamaba Arthur, la familia Dunne, que vivía detrás de ellos, les había regalado arcos y flechas a sus hijos por su cumpleaños. Enseguida se montaron un campo de tiro con arco improvisado y se pusieron a lanzar flechas que volaban hacia el terraplén que marcaba el límite entre los jardines de los Dunne y los Blanchette. Papá Dunne era un irlandés que presumía de tener un talento personal, cuentas pendientes kilométricas en los bares del barrio y un trabajo en Jerry's Seat Covers. Quería que sus hijos fueran mejores que él, mejores en todo, así que una noche, después de ejercitar el codo pimplándose varias jarras de cerveza, decidió enseñarles a tirar con arco como Dios manda. Puso una flecha, tensó el arco e introdujo una atrevida innovación: calculó el tiempo que pasaba entre que se tambaleaba una vez y la siguiente para soltar la flecha en el apogeo de sus bandazos. La fatídica flecha pasó volando un par de metros por encima del terraplén, se coló entre los árboles del jardín vecino y rompió el cristal de la ventana del salón donde los Blanchette estaban viendo la tele.

La historia nunca lo aclaró, ya que se trataba de un incidente envuelto en una nube de casualidades desde el principio. Pero lo que sí está claro es que Leigh Blanchette entró muy despacio, casi furtivamente, en el jardín vecino con la flecha catalizadora en la mano. Se la devolvió a un preocupado papá Dunne y se recostó en el terraplén. Explicó que aquella flecha que había atravesado la ventana directa hacia su corazón le había dado un buen susto. El balonmano era lo único que le había salvado, aclaró. Le había dado los reflejos necesarios para girarse un poco hacia un lado y dejar que aquel mensajero de muerte con la punta afilada pasara de largo. Papá

Dunne estaba borracho, pero se sentía cómodo en ese estado, y mencionó que solo era una flecha de niño con punta roma que podía dejar KO a un pájaro si lo alcanzaba de pleno, pero que no suponía una amenaza para un blanco humano accidental. «*La ley del revólver*», contestó el *pere* Blanchette. ¿No era demasiada casualidad que estuviera viendo *La ley del revólver* en el momento exacto en que una flecha, un peligro al que nunca antes se había enfrentado, le llegara procedente de un arquero emboscado? Papá Dunne dijo que *La ley del revólver* no la echaban por la tele los martes, pero nadie le prestó atención.

Menos de una semana después, el *pere* Blanchette explicaría que había sido elegido mágicamente por los astutos espíritus de los guerreros del pasado y que le habían llovido flechas en tal cantidad y fuerza letal que lo único que podía hacer era santiguarse, maravillado por haber sobrevivido. Y lo más inspirador era, según él, que cuando aquel combate atávico se había cruzado en su camino, estaba viendo la tele y era justo el momento en el que Tom Jeffords y Cochise se dan la mano en *Flecha rota*. La elaboración de su relato se vio regada por muchas botellas de vino tinto y, al cabo de un mes, el *père* Blanchette empezó a frecuentar rastrillos y tiendas de segunda mano en busca de jarapas con motivos navajos y estatuas de indios de escayola.

Shade lo recordaba perfectamente, ya que él y sus hermanos, Tip y Francis, habían sido tan culpables como cualquiera: a Arthur Blanchette empezaron a saludarlo por la calle con la palma levantada y el gruñido indio «How». Ya entonces era corpulento, y se ponía colorado al tiempo que apretaba las manos. Todo el mundo sabía que, si Arthur te tumbaba y dejaba caer la bomba de su peso sobre ti, la victoria era suya, pero todo el mundo sabía también que cualquiera, salvo quien tuviera las piernas flojuchas, podía correr más que él, y que los percusionistas con más talento del barrio podían hacer redobles de tambor a lo Buddy Rich sobre su cabeza y sus hombros antes de que el puño vengador de How pudiese alcanzar algo sólido. En resumen: le fue imposible evitar que se popularizase su nuevo nombre.

Poco después, todo el mundo lo conocía solo como How, mientras su verdadero nombre se lo llevaba el viento junto con su infancia mediocre. Con el tiempo, acabó aceptando su sobrenombre después de enterarse de que casi todos los grandes atletas se hacían famosos con un nombre distinto al que les habían puesto al nacer. Hasta a los presidentes les pasaba, y ahora también le pasaba a él.

Shade se sentó en el coche a oscuras, viendo pasar las luces de los faros por la calle Clay, riéndose al recordar aquellas anécdotas.

Blanchette regresó con un bocadillo envuelto en papel encerado blanco, con la salsa roja chorreándole por los dedos, que lo apretaban con demasiada fuerza. Se sentó al volante y tuvo que recuperar una albóndiga que se le había escapado. La encontró bajo el asiento y volvió a meterla entre el pan.

—Si no lo retorcieras como si fuera el cuello de un pollo, no te chorrearía por todas partes, How.

Blanchette le dio un mordisco apasionado al bocadillo y lo masticó haciendo unos ruiditos de placer.

—Se me podría caer —dijo.

—Se te ha caído de todos modos.

—Oye, tío, que lo he pagado yo.

Shade resopló y dijo:

—Eso es lo que cuenta.

Después de darle otro bocado que era una comida en sí mismo, Blanchette asintió con la cabeza.

—Siempre he pensado así.

En la esquina más cercana a la comisaría, Shade bajó del coche y siguió andando mientras Blanchette daba la vuelta para entrar en el aparcamiento. Había varios coches mal aparcados delante de la comisaría y unas cuantas siluetas murmurantes se agolpaban alrededor de la entrada principal. Shade dio un golpecito con el puño en el capó de un coche gris y le hizo un gesto al hombre que estaba dentro.

—Aparca en otro sitio —dijo Shade.

El hombre que estaba dentro bostezó al ver a Shade y le enseñó su acreditación de prensa.

—Soy del *Daily Banner* —dijo, como si esas palabras fueran a servirle de protección.

A Shade no le gustó el tono de voz.

—¿Te pagan las multas? ¿O eres tan rico que te dan igual?

—He venido a cubrir una noticia, agente. Usted es detective, ¿no?

Shade se acercó a la ventanilla del conductor y se inclinó hacia delante. Le dio un puñetazo a la puerta y se preguntó por qué había elegido precisamente aquel coche para hacer cumplir las normas.

—Mira —dijo Shade—, no me gustaría tener que multar a alguien que informa a la gente, pero creo que vas a obligarme. No me gusta ser tan capullo, amigo. —Una sonrisa se le dibujó en la cara—. Pero es mi trabajo.

El periodista asintió con resignación.

—Podríamos seguir así durante un buen rato, ¿no?

—Y luego te pondría una multa.

—Entiendo —contestó el periodista, y arrancó el coche.

Shade subió las escaleras de la comisaría.

Había un montón de periodistas, carroñeros y funcionarios de poca monta reunidos en las escaleras. Parecía que estuviesen allí para asistir a un partido de béisbol, y daban manotazos a los bichos que se reunían bajo las arcaicas esferas luminosas que flanqueaban la entrada, donde alguien había pintado a mano el redundante cartel de policía. La noticia del asesinato se extendía rápidamente y cada vez llegaba más gente a merodear por los desgastados escalones que subían al edificio de piedra blanca.

En la puerta, un periodista universitario llamado Voigt, con cara de abatido, un remolino en el pelo y que siempre llevaba un polo Lacoste, se acercó a Shade.

—René —dijo, e intentó chocarle la mano en un exceso de confianza, pero enseguida rectificó—: Detective Shade, quiero decir. ¿Algún comentario sobre el asesinato de Rankin?

Shade aminoró el paso, se rascó el pelo y negó con la cabeza.

—¿Quién es el otro tipo del *Banner*? —preguntó, y señaló hacia la calle con el mentón.

—¿Qué otro tipo?

—El tipo al que acabo de hacerle mover el coche. Pelo entrecano, con la piel como una lechuga mustia.

Voigt hizo una mueca de reconocimiento.

—¡Braverman! ¡Mierda! —Voigt tiró el bloc de notas al suelo. Mientras Shade seguía andando, oyó que decía—: Les parece bien que cubra cuando hacen grafitis en los puentes, o las noticias de ancianas que golpean a atracadores con paraguas, pero cuando se presenta una buena historia…

En las entrañas del edificio, en un suelo tan encerado que parecía una pista de patinaje sobre hielo, cerca de una puerta donde ponía caballeros y que se mantenía abierta gracias a una papelera de la que rebosaba un montón de papel marrón, Shade se sintió repentinamente tonto. Estaba empezando a comprender las implicaciones del asesinato de Alvin Rankin. El caso sería un camino lleno de baches. Lo espolearían en el culo, lo presionarían, intentarían influir en él y le cerrarían en la cara todas las puertas que necesitase abrir.

Cuando pasó ante la mesa de recepción, Shade le dirigió un vago embrollo de palabras al hombre que la ocupaba. Estaba entrando por la maltrecha puerta verde de la sala de la brigada cuando lo llamaron por su apellido.

—¿Qué? —le preguntó al agente de guardia.

—¿Blanchette está contigo?

—Mi socio está aparcando el coche —dijo Shade antes de empujar la puerta batiente.

—Eh, Shade. Espera. Los dos tenéis que ir directamente a casa del alcalde Crawford. El capitán ha dicho que os mande de inmediato, sin café ni descanso en la biblioteca. Directamente.

—¿También te ha dicho que me llamaras Shade?

—¿Cómo? ¿A ti qué te pasa?

Algo en el tono de voz de aquel hombre le había sonado a insulto velado, pero ahora Shade se sentía mezquino.

—Nada —contestó. Miró hacia el largo pasillo vitrificado y sonrió sardónicamente—. Es solo que ciertos aspectos de mi vida adulta decepcionan al «niño eterno» que llevo dentro.

—Ah —dijo el agente de guardia—. Y yo que pensaba que eras gilipollas.

—Esa es otra de las cosas que más preocupan al «niño eterno» —replicó Shade mientras salía al pasillo—. Puedes creerme.

El agente se sentó y apoyó los pies sobre la mesa.

—Probablemente podría —dijo—, pero creo que paso.

Blanchette se apoyó en el brazo de Shade fingiendo una mala salud y se dio palmadas en los muslos en un masaje relámpago.

—Acabo de dejarlo —dijo, y resopló—. Lo he aparcado junto al poste, ¿sabes? El poste del final del aparcamiento. Creo que es la marca del medio kilómetro o algo así. ¿Don Capullo no podría habernos avisado por radio?

Shade se quitó de encima el peso de Blanchette.

—Podrían haberlo hecho.

—Necesitamos un sindicato, te lo digo en serio. El tío cree que puede prescindir de la tecnología por desprecio a nuestra salud. Los sindicatos se lo ponen más difícil si quieren ir por ese camino.

Esta vez Shade insistió en conducir. Las calles se habían ido transformando a lo largo del ciclo nocturno y habían pasado de ser vías de acceso a entretenimientos menores y pecados básicos, abarrotadas de juerguistas tristes y la farsa de la felicidad de los que se pasean haciendo globos de chicle, a ser el escenario del fin de fiesta, donde solo los taxis, los coches patrulla, los ladrones y las enfermeras del turno de noche le hacían cosquillas al asfalto. Pero ahora las personas que le daban fuerza al bíceps marchito de la ciudad habían empezado a desplazarse a sus puestos de trabajo frotándose los ojos con las manos mientras echaban café hirviendo de un termo al asiento donde estaba la taza, de camino a McDonnell-Douglas, la fábrica de zapatos Salter-Winn, la lechería y, otra vez, el hospital. La luz del día solo era una vaga promesa en

el este, y la noche se había atado los machos para un último asalto antes de la derrota final.

Shade se abrió paso entre el tráfico somnoliento en dirección a Hawthorne Hills, una zona de colinas que salpicaban a modo de granos la cara sur de la ciudad, donde se refugiaban casi todos los ricos y muchos cargos electos de Saint Bruno.

Una enorme casa blanca reposaba sobre una colina como una tumbona en una cubierta de popa, con una parte en forma de pierna enroscada sobre una franja del arroyo y la otra pierna doblada sobre un bosquecillo de robles. Shade enfiló el camino de entrada.

El capitán Bauer había aparcado junto a la pista de tenis. Shade aparcó a su lado, y Blanchette y él echaron a andar hacia la puerta.

Sabía que el alcalde Crawford había hecho muchas cosas antes de entrar en política, pero haber sido lo bastante listo para nacer rico y no tener que preocuparse por nada parecía la experiencia más relevante de cara a su posterior carrera.

El alcalde salió a recibirlos. Llevaba unos pantalones de *sport*; un polo y una bata corta color cereza con el cinturón suelto.

En forma y con el pelo plateado, parecía el galán maduro de una telenovela de máxima audiencia.

—Pasen, agentes —dijo, demostrando la aflicción propia de su puesto, con su solemnidad haciendo horas extras—. ¿Cómo está la familia de Alvin?

—Las están atendiendo —contestó Shade.

—Deben de estar muy afectadas —murmuró Crawford, negando con la cabeza.

—No, señor —dijo Blanchette—. La mujer de Rankin, Cleto o como se llame, lo lleva bastante bien.

Crawford miró a Blanchette sin entusiasmo.

—Se llama Cleo —replicó—. Y tiene que estar muy afectada. Puede que usted no lo esté, pero yo también estoy muy afectado.

—Lo que afectaría a How —dijo Shade— haría que a miles de personas se les pusiera el pelo blanco.

—Ya —contestó Crawford—. How Blanchette, ¿eh? El hijo de Leigh, ¿no?

—Sí, señor. Antes de convertirme en cien kilos de terremoto irascible, era el hijo de Leigh.

Crawford se rio y se frotó la boca con la mano.

—Creo que me estoy resfriando —dijo—. Me acuerdo de Leigh. Oía hablar de él a menudo en Saint Peter, después de misa, un domingo de cada tres.

Blanchette hizo una mueca y se metió las manos en los bolsillos.

—No me extraña, señor.

—Su padre tenía…, bueno, una forma de pensar interesante.

—Prefiero no oírlo.

Crawford ni siquiera se enfureció; se limitó a mostrar el autocontrol del señor del lugar al que le planta cara un siervo enfurruñado. Sonrió con indulgencia.

—Por supuesto, Blanchette —dijo en voz baja—. Ya me imagino que no querrá compartir tan buenos recuerdos de su querido padre.

Blanchette entornó los ojos y miró hacia donde estaba el capitán.

—Creo que alguien debería controlar la radio, capitán.

—Claro —dijo Bauer, haciéndole un gesto desde donde estaba sentado, un sillón tapizado con un brocado majestuoso en el que podían dormir dos personas en caso de necesidad—. Será lo mejor.

—No me cabe duda —respondió Blanchette.

Mientras salía por la puerta, Crawford dijo:

—Un placer.

—Es un buen hombre —añadió Shade cuando se cerró la puerta.

—Es casi dos hombres —lo interrumpió Bauer.

—Me parto.

Shade echó un vistazo a la habitación e intentó adivinar por cuántos balones de baloncesto podría cambiar uno de los ceniceros. Se preguntó qué hacía allí. Nadie parecía querer preguntarle gran cosa.

—Shade —dijo Bauer—. Este es el detective René Shade.

—Otro apellido conocido —contestó Crawford.

—Creo que no nos conocemos.

—Yo tampoco lo recuerdo. —Crawford sirvió dos tazas de café de un servicio de plata que ocupaba un estante por encima del piano. Le ofreció una taza a Shade—. ¿Solo?

—Perfecto.

—Yo tengo que irme a dormir pronto —dijo Bauer mientras miraba al infinito por la ventana.

Cuando Shade se hubo sentado en el banco del piano, desdeñando las sillas, ya que no se sentía suficientemente digno para que su trasero las tocase con el refinamiento necesario, Crawford se inclinó hacia él.

—Lo que le ha sucedido a Alvin es terrible. Pobre hombre. Ya sé que no es un hecho tan infrecuente como nos gustaría a todos —comenzó a decir Crawford, e hizo un gesto con la mano—. Pero ¿qué digo? Usted lo sabe mejor que yo. —Los espasmos involuntarios de su mirada triste, la comprensiva condolencia de su endeble nobleza…, eran las palabras aprendidas de memoria de un actor político. El alcalde Crawford las recitaba todas con la soltura de un Laurence Olivier pragmático—. Estos ladrones de hoy en día, Shade… ¿Usted qué opina? ¿Son mayormente drogadictos?

—Hay más ladrones que son ladrones que ladrones que son drogadictos.

—Parece muy informado. No importa, supongo. Una rata de río de Frogtown ve una tarta de manzana y un jarrón Ming en la ventana de alguien y decide que, por Dios, podría matar por un pastel de ese tamaño. —Crawford miró a Bauer, que se revolvió incómodo, y soltó una risotada de lo más profesional—. A ese ladrón quiero que lo atrapen cuanto antes. Y no se me rompería el corazón si fuera antes de que cortase el pastel y metiese la cuchara en la crema de vainilla. ¿Entiende?

Shade se sintió incómodo y de repente lo comprendió todo.

—No creo que haya sido un robo. Creo que ha sido un asesinato, simple y llanamente.

—¿Qué piensa usted, capitán Bauer?

Bauer ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Pudo haber sido un ladrón y Rankin lo sorprendió.

—Las pruebas no apuntan a eso —dijo Shade.

—Esas cosas pasan constantemente, ¿no?

—Claro que sí —contestó Bauer.

—No —dijo Shade. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. A casi todas las personas asesinadas las asesinan a propósito, no es fruto de un accidente inesperado. Estoy seguro de que tampoco estaba jugando a la ruleta rusa: uno no se pone una pistola en la nuca y se pega dos tiros. No se han llevado nada de casa de Rankin, y se lo han cargado mientras veía la tele con alguien. La gente, así en general, cuando pilla a un ladrón in fraganti no le pregunta qué canal quiere ver.

Crawford se dio cuenta de que Bauer lo estaba mirando y levantó el pulgar refiriéndose a Shade.

—Un buen policía, capitán —dijo, y se volvió hacia Shade—. Entonces, ¿cree que a Alvin Rankin lo ha asesinado alguien cercano a él?

—Sí, señor.

—Y como era concejal, quizá tenga algo que ver con eso.

—Podría ser.

—Quizá podríamos organizar un pequeño desfile, ¿eh, Shade? —Como no obtuvo respuesta, el alcalde empezó a pasearse por la habitación mientras tocaba con el dedo varios adornos y gesticulaba en silencio—. Claro, podríamos ofrecerles a los medios de comunicación y a los habitantes de Saint Bruno un paseíto por el loquero que es la política. Podríamos conseguir unos llamativos titulares que preguntarían quién está implicado en el asesinato del aspirante negro. ¿A que sería estupendo?

—Sería el primer desfile que organizaría, señor alcalde. No es mi estilo.

El capitán Bauer señaló a Shade con el dedo.

—¿Sabes lo que me parece? Que echas de menos patear las calles, eso es lo que me parece. En el centro comercial todavía tenemos una patrulla que hace la ruta a pie.

Crawford levantó las manos al frente para pedir calma.

—No es necesario —dijo—. Estamos por encima de eso.

Crawford se acercó al servicio de café y se sirvió otra taza. No se la llenó hasta el borde, sino que cubrió con elegancia tres cuartas partes del fino receptáculo blanco, reduciendo así el riesgo poco elegante de que se le derramase.

—Ya me acuerdo —dijo Crawford con un chasquido de dedos poco convincente—. Frank Shade, de la oficina del fiscal del distrito. Vosotros dos sois familia, ¿no?

—François es mi hermano.

—Eso lo explica todo. Tú eres el boxeador.

—Era.

—Eso es —dijo Crawford—. ¿Cómo he podido olvidarlo? Una vez me costaste cien dólares.

—¿Eh? No lo recuerdo.

—Cuando combatiste contra aquel negro larguirucho en el Armory, el que pegaba como King Kong.

—Foster Broome.

—Eso, Foster Broome, de Trenton, o Los Ángeles, o de algún sitio así.

La estimación de Shade sobre la astucia del alcalde se tambaleaba debido a esta revelación deportiva. ¿Había sido tan tonto como para apostar en serio por él, o simplemente había tenido fe en un chico de su misma ciudad? Shade sonrió.

—Muy amable, señor alcalde. No me apoyó mucha gente de fuera de Frogtown. Y me apoyaron por orgullo más que para ganar dinero.

—No te equivoques, Shade. No soy un cabeza de chorlito. Aposté cien dólares a que no pasarías del tercer asalto, y llegaste a trompicones hasta ¿cuál, el quinto?

—El séptimo.

—Qué más da. Broome ya estaba de capa caída. —El alcalde sonrió como si el desprecio que sentía por gente como Shade fuese algo meritorio—. Debió de sentarte muy mal conseguir la gran oportunidad de tu vida y aguantar solo siete asaltos.

—La verdad es que no. Son seis asaltos y medio más de los que habría aguantado la mayoría.

—Supongo que sí. Tiene pinta. Pero es que la mayoría no somos profesionales en ese campo, ¿verdad?

—No, señor —dijo Shade. Se levantó y dejó la taza de café en el banco que tenía al lado—. Pero todos se comportan como si pudieran llegar a serlo si tuvieran suficiente valor y tiempo libre.

—Y, por supuesto, la necesidad neurótica.

—Cualquiera diría que estamos hablando de política, ¿verdad, señor?

—¿Qué pasa, Shade? ¿No te caen bien los políticos?

—Claro que sí. Si alguna vez tengo un chucho que se caga en la cocina y no corre a buscar el palo que le lanzo, lo llamaré Político.

El capitán Bauer se levantó con cierto esfuerzo, respirando pesadamente y con cara de preocupación.

—Voy a intervenir, señores, y voy a pedir tiempo muerto.

Crawford levantó una mano para detenerlo.

—Karl, cuando necesite tu ayuda, te la pediré. —Crawford se sentó y levantó la taza, pero por encima del borde sus ojos oscuros siguieron mirando a Shade. Cuando volvió a dejar la taza en el platillo que se mantenía en equilibrio sobre su rodilla, añadió—: Tú eres un detective de tres al cuarto y yo soy el alcalde. Si hacemos un concurso para ver quién mea más lejos, ¿a quién crees que favorecerán los jueces?

—El que los haya nombrado podría tener una cierta ventaja.

—¡Vamos! ¿Qué problema hay? —dijo Bauer—. No os habéis puesto de acuerdo inmediatamente, ¿y qué? Podemos solucionarlo. —El hombre corpulento señaló a su subordinado con un dedo grueso—. Shade, guárdate esa lengua mordaz para las reuniones familiares, ¿me oyes? Y por supuesto que el robo es una posibilidad que podría explicar todo esto, así que ¿qué daño puede hacernos seguirla?

—Solo los titulares.

—¿Tan grave es eso? —preguntó Crawford, sonriendo de repente.

Shade, que reconocía un barco a punto de hundirse cuando se encontraba a bordo de uno, guardó silencio.

—Señor alcalde —prosiguió Bauer—. Shade y Blanchette harán su trabajo. Cuando haya algo consistente, tendremos que seguir la pista, pero por ahora este enfoque es tan prometedor como cualquier otro.

—Vale, vale —dijo Crawford mientras se tocaba distraídamente con el dedo una pelusa de la bata—. Lo único que me preocupa es evitar un montón de especulaciones descabelladas sobre quién podría haber tenido motivos para participar en el asesinato de Alvin. El tipo de conjeturas de «me meto la mano en el culo y publico lo que salga» puede dividir en dos a una ciudad. Puede generar una acumulación de nubarrones sobre las cabezas de muchos inocentes, no sé si me entienden. Eso sería malicioso e innecesario.

Shade se quedó mirando el rostro de Crawford, interpretando sus fluctuaciones faciales, el histrionismo de sus cejas y las señales de sus manos en busca de algún asomo accidental de sinceridad, pero no encontró ninguno. No le sorprendió ni le decepcionó que la principal preocupación del alcalde fuera su propio bienestar. Era comprensible, tranquilizador incluso, pues era más fácil tratar con un profesionalismo venial que lucía las etiquetas tradicionales del poder, la riqueza y la posición social, que con un altruismo sincero, pero combustible, que solo buscase la victoria total o la condición de mártir.

—¿Y si me pongo manos a la obra? —dijo Shade.

—Buena idea —contestó Bauer—. De lujo. —Bajó su mano carnosa hasta el hombro de Crawford y le dio una palmadita—. Es muy bueno sobre el terreno, Gene. En serio. Si recibimos un aviso de que un tipo de Frogtown ha atracado tal tienda de bebidas alcohólicas, para cuando un coche patrulla da la vuelta a la manzana, Shade ya ha adivinado la ruta del delincuente y está sentado en la entrada de su casa esperándolo.

La boca de Crawford se deformó en una sonrisa hacia la izquierda y levantó el mentón.

—Una habilidad sospechosa para un policía —dijo.

—Pero muy útil —contestó Shade—. Sospechosa a veces, pero siempre útil.

—Es verdad —dijo el capitán Bauer inclinando la cabeza.

La puerta parecía guiñarle el ojo desde su atractiva cercanía, y Shade, después de hacer dos breves gestos con la cabeza para despedirse, se dirigió resueltamente hacia ella y la cruzó. Cuando salió al jardín delantero de la casa, ya estaba amaneciendo. El césped estaba cubierto de rocío; el aire, cargado de perfume natural. Bajó deslizándose por un lado del césped dispuesto en terrazas, respirando hondo y con los pies haciéndole de esquíes en la pendiente húmeda que llegaba hasta el camino de entrada. Mantuvo el equilibrio durante toda la bajada y, al llegar abajo, se apoyó en el capó del coche.

Blanchette estaba sentado, observándolo, pero no hizo ningún gesto.

Shade se preguntó si no sería más feliz como parroquiano del Catfish Bar, un superviviente del barrio con su propio taburete y una bebida con su nombre, alguien capaz de juntarse con la gente que conocía de toda la vida sin que entre ellos se interpusieran sospechas extrañas. Si no hubiera elegido bando, ¿su padre vendría más a menudo, con una botella de Old Bushmills y su taco Balabushka en su estuche rígido de piel para invitarlo a participar en sus extenuantes, pero animadas, juergas de fin de semana?

Blanchette asomó la cabeza por la ventanilla del coche.

—Vamos, René. ¡Mueve el culo!

Cuando se sentó en el asiento del copiloto, Shade dijo:

—How, ¿alguna vez te has preguntado si quizá, solo quizá, no estaremos haciendo de soldados para los señores equivocados?

La cara maciza e impasible de Blanchette se estremeció e hizo el gesto de cubrirse el labio superior con el inferior.

—No —contestó—. Porque somos de Frogtown y no somos tan ingenuos. No nos queda más remedio.

—Me alegra oírlo.

—Lo que quiero decir es que no teníamos lo que hay que tener para elegir esa otra vida, ¿sabes? Si no, estaríamos ahí.

—Espero que esa no sea la única razón.

—Además, desde que somos unos renacuajos sabemos que

ningún gilipollas, y cuando digo ninguno me refiero a ninguno, viste de azul.

Shade hizo una mueca y asintió.

—Para que no se nos olvide, tendríamos que anotarlo.

Capítulo 4

El calor malicioso de un verano que se había vuelto intratable llegó temprano a la calle Voltaire. Las persianas descoloridas por el sol se levantaban sobre escaparates polvorientos mientras los tenderos les daban la vuelta a los carteles de «Cerrado» y los optimistas guardaban la bolsa marrón del almuerzo debajo del mostrador en busca de algo de frescor para el sándwich de atún. Los repartidores, los clientes y los dueños de las tiendas habían captado el mensaje que mandaba un sol de justicia y aflojaban el paso para aliviar el castigo que suponía el menor asomo de velocidad. El verano era la estación mala en todo el río: el aire se espesaba como la melaza y el cielo era una niebla lúgubre que solo prolongaba la tortura.

En una primera planta de la calle Voltaire, Jewel Cobb estaba sentado en el respaldo del sofá, mirando por la ventana. Con la mano derecha se rascaba el sobaco izquierdo, y con la izquierda el sobaco derecho, tocando los bultitos de un extraño sarpullido. En su pueblo habría dado por hecho que se debía al zumaque venenoso, pero allí no tenía ni idea. Otra cosa que no le gustaba de las ciudades, pensó Jewel. En aquel puchero humano, todo llegaba disfrazado; la gente llevaba traje y corbata y conducía coches con atronadores equipos de música, pero no eran ricos de verdad; las mujeres llevaban pantalones cortos en los que la tela no hacía acto de presencia hasta bien empezado el culo, con unos pequeños cubretetas llamados tops, pero no se metían en un callejón con un tío aunque les enseñara una cartera llena de billetes. Lo único

sincero de las ciudades era que parecían antipáticas, y lo eran en realidad.

La ropa era una extravagancia con tanto calor, así que Jewel se paseaba desnudo por la habitación. Suze seguía durmiendo, con la cabeza bajo dos almohadas, roncando en la cueva que siempre excavaba para sus ojos.

Jewel se tomó una taza de café y se puso delante del espejo que había en la puerta del dormitorio. Notó astutamente que aquel reflejo no era el auténtico. No estaba tan flaco como lo que el espejo dejaba entrever. Era más grueso y estaba más musculoso, y era mucho más guapo de cara.

Jewel cogió la escopeta que estaba apoyada en el otro extremo del sofá. Era una escopeta de repetición manual de calibre 12 con el cañón y la culata recortados. Duncan se la había dado la noche anterior, al dejarlo en casa.

Esta y yo vamos a *hacerlo* hoy, pensó Jewel. Volvió a mirarse en el espejo. Ojalá tuviera una cámara, una de esas con exposición de sesenta segundos. Abrió las piernas, se inclinó ligeramente hacia delante para flexionar los muslos, metió la tripa y agarró la escopeta con tanta fuerza que se le hincharon los bíceps.

Sería un puñetero *placer* que te matara el tipo ese del espejo. O sea, comparado con otros que podrían matarte. Ni hecho a medida.

Eso sí, reflexionó Jewel mientras dejaba la escopeta sobre la cómoda, los negros eran hábiles y astutos, llevaban elegantes pistolas en el cinturón y cuchillas en la punta de las zapatillas. Había que tener cuidado. Había que vigilarlos de cerca.

Ningún problema, primo.

Suze dormía con una vieja camiseta roja de fútbol americano con las mangas cortadas. Tenía la piel tan blanca que a Jewel le parecía feo el simple hecho de mirarla. Era como si nunca saliera a la calle, el sol nunca la pillaba trabajando, porque su trabajo se desarrollaba en habitaciones llenas de almohadones con las cortinas echadas. Era una chica de campo con un único talento, pero era de los que se podían practicar en cualquier parte y es apreciado en todo el mundo.

La cama se movió cuando Jewel se sentó en el borde. El cuerpo

de Suze estaba enroscado como un anzuelo, y él empezó a pasar los dedos con delicadeza por donde se mete el gusano. Con la otra mano le acarició el culo.

Ella le dio un manotazo y se dio la vuelta.

Jewel volvió a intentarlo.

Suze se quitó las almohadas de encima de la cara. Levantó la parte superior del cuerpo, se apoyó en los codos y lo miró parpadeando.

—Estoy intentando dormir, Jewel.

—Solo iba a despertarte dulcemente, nada más.

—Lo que sería dulce es poder dormir.

—Hay dulzores y dulzores —dijo Jewel—. De todos modos, luego estaré ocupado y no vendré por aquí.

Intentó penetrarla con las yemas de los dedos, pero era como estirar goma, y además no estaba seguro de ir por buen camino. Suze le apartó la mano.

—Eso duele.

A Jewel primero le dio vergüenza y luego le enfadó un poco que ella le hiciera sentir mal por buscar a su chica. Se da por sentado, ¿no? Tienes lo que quieres cuando te apetece.

—Anoche no hicimos nada —dijo él.

—Estabas demasiado borracho.

—Y ayer hacía demasiado calor.

Suze se frotó los ojos y bostezó, y luego se dejó caer en la cama.

—Cielo —dijo—. Estás totalmente despeinado.

—No encuentro el peine, ¿lo tienes tú?

—Ven aquí, cielo —dijo ella. Tomó su cabeza entre los brazos y él se inclinó para abrazarla.

Entonces se acordó de las instrucciones de Duncan.

Préstame atención. Espera en la entrada del callejón con la escopeta en los cubos de basura, ¿me oyes, primo? Lo único que tienes que hacer es esto, y no es mucho.

Entonces se acordó de Suze y se inclinó para besarla en el cuello.

—Estás hecho todo un gallo, ¿eh, nene? Ves el sol y tienes que levantarte tú también, ¿eh, guapo?

Es un negro grande con el pie derecho jodido, así que irá cojeando cuando lo veas.

—Claro. En cuanto amanece, apetece.

Jewel no sabía por qué, pero su cuerpo no seguía las órdenes de su cerebro y las cosas no iban sobre ruedas.

—Sé lo que quieres —dijo Suze. Se sentó del todo y lo tumbó, luego se agachó sobre él y se metió la polla de Jewel en la boca.

Ese tipo viste bien, pero bien de verdad, con grandes corbatas rojas y alfileres con diamantes, y conduce un Ford LTD granate del que cuelgan todo tipo de cacharros afro. Imposible confundirse. Es el dueño del cine, y se presenta allí a las cinco. Todos los días.

—¿Nene?

Jewel dio un respingo y miró a Suze.

—Nene —repitió ella—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Si lo sabré yo. Esto no es propio de ti.

Soltó una risita.

No te reconocerá. Nadie te reconocerá. Sacas la escopeta cuando salga del coche. Seguro que ni siquiera te mira. Y si te mira, no le sonarás de nada.

—Voy a por algo de comer —dijo Jewel, y se levantó de la cama.

—¿Cómo? ¿Cómo? —Suze se quedó boquiabierta y arrugó la cara en una mueca de desagrado—. Ahora no. Ahora no, amiguito.

—Tú te callas.

—Esto no está bien —dijo ella—. Estaba durmiendo. Antes de que empezaras a meterme mano, estaba durmiendo. Ahora que ya estoy cachonda, no voy a poder dormirme. —Suze se levantó de la cama y siguió a Jewel mientras él recogía su ropa—. No irás a ninguna parte en estas circunstancias.

Pasará por delante del callejón y tú estarás bien escondido. El disparo asustará a la gente. Correrán en todas direcciones, así que acércate y asegúrate de que le revientas la cabeza. Tenemos que estar seguros.

—No estoy de humor —dijo Jewel—. Tengo que tener más ganas.

—Jewel! ¡Por el amor de Dios, estaba durmiendo!

—¡Pues vuelve a dormirte! No tienes otra cosa que hacer.

—Bueno —dijo Suze, y dejó caer los hombros en señal de rendición—. Luego vendrán las lamentaciones, Jewel.

Cogió su ropa del poste de la cama, echó a andar hacia el baño y dio un portazo a modo de comentario final.

Jewel enseguida cayó en la cuenta de que no le apetecía comer más de lo que le había apetecido tomar a Suze, así que tiró al suelo la camisa y los vaqueros y se desplomó en el sofá. Sacó la guitarra de debajo del sofá de patas altas y se puso a rasguear una interpretación aproximada de «Mama Tried». Mientras tocaba, veía la acera de enfrente, una acera cuajada de desconocidos, cada uno dedicado a sus asuntos, una calle que no le gustaba. Putos franchutes asquerosos.

Si mantienes la calma, es pan comido.

Jewel se incorporó de golpe y arrojó la guitarra a la otra punta de la habitación. La primera cuerda se rompió con el borde de la cómoda. Apoyó la cabeza en las manos y soltó un gruñido.

Y tú vas a mantener la calma, ¿verdad, primo?

Capítulo 5

Pete Ledoux, sentado sobre el capó de su Pinto negro a la sombra de los árboles que rodeaban el aparcamiento de grava del Catfish Bar, utilizaba las llaves para rascar las salpicaduras de guano depositadas en su coche por algún ave rara que cagaba cemento y parecía seguirlo a todas partes. De vez en cuando miraba a la otra punta del aparcamiento, donde los coches levantaban nubes de polvo blanco y el calor hacía que el aire se ondulase, en dirección a la calle Lafitte. Estaba esperando a Steve Roque, y eso significaba que no podía impacientarse e irse. Roque le había dicho que esperase, así que Ledoux no tenía más remedio que hacerlo.

Ya antes del mediodía, la acera de ese tramo de Lafitte estaba repleta de pescadores con cañas y botas de goma que desfilaban hacia su cenagal favorito, donde un tocón seco daba a un remanso de peces gato; mujeres extragrandes con excedente de papada que se apretaban las bolsas de la compra contra el pecho; y chuletas que andaban pavoneándose con gafas de sol Foster Grant y se saludaban con lacónicos gestos de mentón. Ledoux lo observaba todo con la mirada del que sabe que Frogtown, tal como él lo había conocido, estaba a punto de desaparecer. La zona no había sido totalmente francesa desde el día en que Lewis y Clark se habían corrido una buena juerga allí antes de su famoso viaje[4], e incluso cuando Ledoux había nacido, el número de franchutes no era mayor que el de alemanes sin escrúpulos, irlandeses codiciosos y paletos blancos. Lo que le preocupaba era esta nueva afluencia de espaldas mojadas. Esa gente hacía que las calles apestasen a chile y a frijoles quemados,

y no entendían quién mandaba allí. Si los nativos de Frogtown no salían de su dulce letargo, cuando despertasen descubrirían que vivían en el bulevar Pancho Villa. No le cabía la menor duda.

Roque llegó a pie. Se paró en la esquina del edificio del bar y saludó con la mano a Ledoux. Este cruzó el aparcamiento y se reunió con él bajo el gran cartel con un bagre azul que colgaba sobre la puerta.

Un chaval con mucha energía en el cuerpo caminaba pavoneándose por la acera. Estaba moreno y llevaba una camiseta de tirantes manchada de café, pantalones de vestir y unos zapatos estilosos con las típicas herraduras en los tacones que soltaban chispas al andar, como si sus andares fueran un cuchillo y la calle una piedra de afilar perpetua. Cuando estuvo a la altura de los dos hombres, escogió a Ledoux para mirarlo a los ojos.

Ledoux le devolvió la mirada, fría y de superioridad.

El chico se encogió de hombros y desvió la mirada, y luego volvió a mirarlo.

—Eh, macarra —dijo Ledoux con brusquedad—. No quiero ser tu amigo. Pasa de largo.

—Vete a la mierda —dijo el chico, y miró por encima del hombro.

Ledoux hizo ademán de ir a por él, el chico dio un par de zancadas a la carrera y retomó el paso normal cuando vio que no lo perseguían en serio.

—Creo que no puedo soportarlo —dijo Ledoux.

—Te entiendo perfectamente —contestó Roque—. A mí me pasa lo mismo.

Steve Roque tenía el físico de los franceses de la zona: 1,60 de altura, ancho de espaldas y con cien kilos de peso sin pretensiones, pero útiles. Había muchos habitantes de Frogtown que tenían ese tipo de cuerpo, que todo el mundo conocía como «afranchutado», pero él se salía del estereotipo al ser calvo, con unas largas guedejas grises a los lados. Llevaba un polo negro, pantalones blancos y zapatos blancos. Roque señaló la puerta con el pulgar.

—Dicen que hay un sitio fresco en la ciudad, ojalá sea este.

El franchute Russ Poncelet, el barman durante el día, un hombre con muchos amigos y ningún enemigo, estaba ocupado detrás de la barra colocando latas de cerveza en las neveras del suelo. Levantó la vista cuando entraron Roque y Ledoux.

—Tip está atrás —dijo.

—Ese Tip no para nunca de trabajar —contestó Roque.

—¿Disfrutando del calor? —preguntó Poncelet.

—No mucho. Te lo cambio por una hamburguesa con queso.

Ocuparon una mesa al fondo, apartada de los demás clientes. Al Catfish acudía bastante gente a comer, pero aún era demasiado pronto para que apareciese la gente con hambre de verdad, así que las pocas mesas con clientes estaban ocupadas por jóvenes en paro, pero emprendedores, así como por las reuniones diurnas de flemáticos borrachínes.

Roque sacó un purito y lo encendió. Al inhalar el humo, miró a su alrededor y recibió saludos de dos de las mesas. No eran saludos familiares, sino reconocimientos respetuosos de su presencia. Él devolvió el saludo con la cabeza.

Menos relajado que Roque, Ledoux estuvo un buen rato pasando revista a la clientela. Luego se echó hacia delante y dijo:

—He visto los periódicos esta mañana. Están totalmente perdidos.

—Por supuesto —contestó Roque—. ¿Qué esperabas? —Sus ojos marrones no resultaban fríos, sino que brillaban de pura malicia y confianza en sí mismo—. Aunque lo resuelvan, no llegarán a tiempo para cambiar gran cosa. Si tú controlas tu parte, claro.

Poncelet se acercó a la mesa, secándose las manos en la parte de la camiseta blanca que no llevaba remetida en los pantalones.

—¿Qué queréis, chicos? ¿Algo de beber, o algo de comer?

—¿Qué tal un poco de aire acondicionado? —preguntó Roque. Para enfatizar su petición, se pasó un dedo por la frente y tiró el sudor al suelo.

—No está en la carta —dijo Poncelet.

—¿Cuánto le suelta Tippy al inspector de edificios? Porque este calor es insalubre.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Roque resopló.

—Ya. ¿Tienes hambre? —le preguntó a Ledoux.

—No, ponme una Stag. Y tráeme un vaso.

—*Merci* —dijo Poncelet—. ¿Y tú, Steve?

—Yo quiero comer —contestó Roque—. Ponme un vaso alto de agua con hielo y estofado de pollo.

—*Coq au vin*, querrás decir.

—Ya. Estofado de pollo con sorna. Ya hablas como mi abuela.

—También me parezco a ella —dijo Poncelet, y se volvió a la barra.

—Es un listillo —comentó Roque.

—Pero es simpático.

—Casi todos lo son…, hasta cierto punto.

Los hombres se quedaron sentados en silencio hasta que Poncelet volvió con lo que habían pedido y se fue de nuevo.

—Así que… Crane se atrevió, ¿eh? —dijo Ledoux—. No las tenía todas conmigo, pensaba que no se atrevería.

—Pues lo hizo —contestó Roque—. Me costó convencerlo. Tuve que nombrar a Tony Duquette y a Ding-Ding Stengel un par de veces. Tuve que recordarle lo de Curly Boone, y cómo su casa se quemó con él dentro aquella vez que no pudo pagar. Y me debía menos que tú, le dije a Crane.

—Y encima T. J. Crane es negro. Boone por lo menos era blanco.

Roque resopló y negó con la cabeza.

—Eso no tiene nada que ver. —Sacó del plato un trozo de pollo con la cuchara, lo cogió con los dedos y desprendió la carne del hueso con los dientes—. Lo único que importa es pagar lo que debes.

Ledoux entornó los ojos y miró hacia otro lado. No daba crédito a lo que acababa de decir Roque, eso de que no importaba que alguien fuera blanco o negro.

—¿Por qué tuviste que sacar a relucir a Duquette y a Stengel? ¿Es que no te llevo bien los negocios?

—Claro que sí. Bueno, eso creo. Me lo dices constantemente. Pero no me habría servido para nada mencionarle a un tipo como tú a Crane, que estaba nervioso y no es tonto. Creo que comprendió que tendría más peso para nosotros cuando le diera pasaporte a Rankin. —Roque asintió con la cabeza y le dio un sorbo al agua con hielo—. Creo que no es la primera vez que hace algo así.

Después de beberse medio vaso de Stag, Ledoux se puso a acariciarse la barbilla pensativamente.

—Me gusta —dijo—. Me gusta cómo encaja todo. Crane piensa que su tinglado de películas guarras vuelve a ser solvente, y que ya no tiene que preocuparse por sus hijos y tal. Seguro que no podía dormir, preguntándose cuánto tardaría en abrirse una puerta por la que entrarían un montón de franchutes con malas intenciones.

—Creo que tienes razón —contestó Roque—. Sabía que estaba en un aprieto. Si Rankin no hubiera empezado a pensar que podía actuar a mis espaldas, Crane ya habría puesto pies en polvorosa y se habría largado a Nueva Orleans hace un tiempo. Pero yo siempre hago planes a largo plazo.

Ledoux, emocionado por el placer de la conspiración, sonrió con serenidad.

—Si Sundown Phillips se enterase de que Crane le ha dado pasaporte a su mano derecha, Crane tendría una muerte horrible, *mon ami*. Mucho peor de la que vamos a darle nosotros.

Roque soltó una carcajada que sonó como un estruendo de acero sobre cemento.

—Si somos tan reflexivos, será porque fuimos a la escuela parroquial.

—Yo siempre fui a la pública.

—Bueno, yo también. A partir de tercero.

En el plato de estofado aún quedaban restos de comida, pero Roque lo empujó hasta el centro de la mesa. Ledoux, con la cerveza haciéndole eco en el estómago vacío, empezó a mirar con ojos de deseo un cuarto de cebolla y un trozo de pollo que habían sobrado.

—Ya —dijo Roque—. Si Rankin no hubiera tenido la idea tan poco brillante de que su comisión, la Comisión de Licitaciones,

podía sustituirnos por su propia gente, la Constructora Phillips, nadie habría alterado el orden público.

—Siempre igual. Un tipo te necesita, tú le echas una mano y luego ya no te necesita tanto, *mon ami*, porque le has ayudado demasiado, y entonces te manda a la mierda. —Ledoux negó con la cabeza al reflexionar sobre la decepcionante naturaleza de las relaciones humanas—. Os estabais haciendo ricos el uno al otro, pero él quería más, ¿no?

—Bueno, no es solo eso. —Roque se encogió de hombros y giró las palmas hacia arriba—. Uno: quiero ser yo quien construya el Palacio de la Música. El motivo no es de tu incumbencia, pero quiero hacerlo yo. Digámoslo así. Dos: creo que Phillips habría hecho menos por él a largo plazo, pero él no quería verlo.

—En eso tienes razón —dijo Ledoux. Alargó la mano y cogió el cuarto de cebolla y el trozo de pollo.

Roque estiró el brazo y agarró a Ledoux de la muñeca.

—¡Vuelve a ponerlo dónde estaba! —dijo.

—¿Cómo?

—¡Que lo pongas dónde estaba! ¿Estás sordo, o qué?

Roque sacudió la mano rapiñadora de Ledoux hasta que la comida volvió a caer en el plato y lo salpicó todo.

Ledoux se limpió la mano con una servilleta.

—¿Qué problema tienes, joder? —preguntó.

—Nadie me roba la comida. Es mi comida. Si quisiera que la cogieras, te lo diría.

—Habías terminado.

Roque se inclinó hacia delante y empujó la mesa contra Ledoux.

—¿Tienes hambre, Pete? Has dicho que no tenías hambre, pero si tienes hambre, te pido un plato de estofado y así puedes comértelo con tu propia cuchara y tal.

Ledoux bebió un poco más y negó con la cabeza.

—Es una cosa que no soporto desde que era pequeño —dijo Roque—. No me gusta que la gente picotee de mi plato.

—Iba a desperdiciarse. No veía qué sentido tenía que se desperdiciase cuando solo tengo un poco de hambre.

—Si quiero desperdiciarla, la desperdicio. Es mía.

—Olvídalo —dijo Ledoux. No sabía adonde mirar ni en qué posar la vista. Se acabó la cerveza y se levantó—. Tengo que ir a poner en marcha a ese paleto y a su primo.

—No te vayas enfadado, Pete. Si tienes hambre, come. Yo te invito.

—¡Que no tengo hambre, joder!

Mientras Ledoux miraba los rasgos duros de Roque, oyó unos pasos detrás de él. Una mano le dio una palmada en la espalda.

—¿Cómo te va, Pete? —preguntó Tip Shade.

—Bien.

—¿Te molestan las hemorroides, o es que ya te ibas?

Tip se sentó a la mesa y saludó a Roque con la cabeza.

—Está pensándose si comer o no —dijo Roque.

—No, no voy a comer. —Ledoux agitó la mano por delante de la bragueta—. Voy a derramar una lágrima por Irlanda y luego me voy, tengo cosas que hacer.

—Está bien —contestó Roque.

—¿Qué es eso de mearse en Irlanda? —preguntó Thomas Patrick Shade, un hombre tricultural que sentía un orgullo casi agresivo por las dos patrias que nunca había visto.

—Solo es una manera de hablar —dijo Ledoux. A su alrededor, varias cabezas asintieron en señal de aprobación y Ledoux sonrió—. Además, ¿a quién quieres engañar? Si eres un franchute.

—Cuando me conviene, lo soy —contestó Tip—. Todos los años, en marzo, soy irlandés.

Ledoux se alejó y, cuando ya divisaba el baño, oyó que Tip preguntaba:

—Oye, ¿qué te parece lo del viejo Alvin Rankin, Steve? Se va a liar una buena en Pan Fry, ¿eh?

—Supongo —dijo Roque—. Pero mientras solo se maten entre ellos, ¿quién va a protestar? Ni tú, ni yo. Eso es lo que me pregunto: ¿a quién le va a molestar?

Capítulo 6

En el corazón de Frogtown, o Barrio Antiguo Francés, como lo denominaban los letreros del centro histórico, las calles eran de adoquines de color naranja oscuro y las casas adosadas de ladrillo estaban construidas de forma que la puerta principal daba directamente a la calzada y no a la acera. Había carteles hechos a mano donde ponía «Calzados Pierre: nuevos y de ocasión», o «Herbolario Jacqueline», y en la esquina de la hilera de casas adosadas donde se encontraban las calles Lafitte y Perry, «Sala de billar de Ma Blanqui».

En la planta baja de la casa había dos mesas de billar en lo que antes era el salón y otra en el antiguo comedor. En la parte de atrás había una pequeña cocina, un dormitorio y un gran trastero sin puerta. Monique Blanqui Shade estaba sentada en el trastero en un taburete alto desde donde vigilaba las mesas. Una nevera grande de Dr. Pepper le servía de mostrador y para guardar las bebidas que vendía.

La planta de arriba era un piso independiente, aunque la puerta que lo comunicaba con la planta de abajo no tenía cerradura. Eso nunca había sido un problema, porque era René Shade quien vivía arriba. Vivía allí en parte porque pensaba, a pesar de las considerables pruebas en contra, que su madre podría necesitar su protección en aquel barrio, pero sobre todo porque era barato.

La mañana siguiente a su encuentro con el alcalde Crawford, Shade se despertó un poco antes del mediodía, pero no consiguió levantarse de la cama. El piso estaba a oscuras; miró a su alrededor y

su familiaridad con los objetos le hizo no reparar en el puñado de trofeos que había en una estantería, ni en las reproducciones de Brueghel que colgaban de la pared, ni en la ropa tirada por el suelo. Se sorprendió mirando a una paloma que hacía arrullos en el alféizar de la ventana, un alféizar muy utilizado por las palomas; una paloma a la que no podía hacer callar solo con la voz. Se planteó lanzarle algo que hiciera ruido en la ventana y la asustase, pero no quiso poner a prueba su puntería a una hora tan temprana.

Se tapó los ojos con una almohada e intentó dormir.

Un rato después, atrapado en ese estado lúcido pero inmóvil en el que el subconsciente divaga y la parte consciente escucha, Shade se dio cuenta de que de su cuerpo brotaban flores húmedas. Los tulipanes húmedos se le extendían por el cuello, el vientre y por un terreno peligroso para las tiernas flores. Su mano empezó a seguir el patrón de aquella horticultura húmeda y al final agarró un capullo recién plantado que empezaba a expandirse.

—Me has pillado —dijo una voz como la de un saxofón subido de tono.

Shade se incorporó muy despacio, con unos cuantos mechones de pelo de Nicole Webb enrollados en los dedos.

—¿Qué asalto es? —preguntó.

Nicole le echó los brazos al cuello.

—El primero —contestó ella—. Y vas ganando.

—Un momento —dijo Shade. Se levantó de la cama y se dirigió torpemente al baño. Se inclinó sobre el lavabo para echarse agua en la cara, luego se agachó hasta el grifo y regó el patatal en que se había convertido su boca.

Nicole, una suerte poco habitual para un soltero treintañero por ser madura pero no cauta, y confiada pero no distante, se apoyó en el marco de la puerta.

—No llevas la ropa interior que te compré —dijo—. Será que no te gusta.

Shade se frotó la cara con una toalla.

—¿Ves alguna playa? —preguntó—. ¿Dónde está la arena?

—Son *slips* bikini —dijo Nicole—. O sea, ropa interior *sexy*.

—Creía que lo *sexy* era estar desnudo.

—Y así es. Pero lo *sexy* tiene varias etapas.

Nicole llevaba unos vaqueros recortados, con unas hilachas estilosas que formaban aberturas a lo largo de las costuras, y una camiseta negra con publicidad del Sister Kettle s Cafe. Los beneficios del ráquetbol y de un moderado entrenamiento con pesas daban a sus brazos un tono muscular atractivo y versátil. El pelo negro, con reflejos rojizos cuando se veía al trasluz, lo llevaba recogido en un moño. Tenía la cintura fina, sus pechos estaban dotados de una indiscutible presencia, aunque no eran exagerados, y todo el conjunto reposaba sobre unas piernas larguísimas e irresistibles.

Shade tiró la toalla a la bañera y rodeó a Nicole con un brazo.

—Tengo que enseñarte una cosa —le susurró.

Echaron a andar hacia la cama, pero las demostraciones exteriores de su afecto les obligaron a avanzar en zigzag.

—Espero que sea algo que haya visto antes —dijo Nicole.

Mientras el sol comenzaba a estropear el día a fuerza de calor, Nicole repasaba con la punta de los dedos el inventario de imperfecciones adquiridas por el cuerpo de Shade. Tenía unas pequeñas muescas blancas sobre ambos ojos, prueba de su antiguo medio de vida, y un largo corte bajo la barbilla que había llegado hasta allí por obra y gracia de la peligrosa combinación de una bicicleta demasiado grande, un niño pequeño y una cuesta abajo tan empinada que quitaba el hipo. Detrás del hombro izquierdo se le notaba la forma de una herradura en relieve, colgada allí por la madre amantísima de un traficante de drogas detenido y el filo vengador de una botella de kétchup rota.

Shade miró a Nicole y luego se dio la vuelta.

—¿Cómo has entrado? —preguntó.

—Por abajo.

—Ah. —Shade se levantó y se puso a recoger la ropa—. ¿Ma te ha dejado subir, o te has colado?

—Nos hemos tomado un café y luego he subido.

—Nunca deja que nadie suba por esas escaleras. Si empiezas a subirlas, normalmente te pega.

—Le caigo bien —dijo Nicole, sonriente—. Además, no tengo la llave de la otra puerta.

Con los pantalones puestos, Shade se acercó a la nevera y sacó una lata de zumo. La abrió, bebió y se limpió la boca.

—Eso debería hacerte pensar —dijo.

—¿Qué es lo que debería hacerme pensar?

—Que no tienes llave.

Nicole soltó un bufido, se apartó de Shade y sonrió mirando a la pared de enfrente.

—No tienes llave porque nunca te la he dado —prosiguió Shade —. Ni siquiera has llamado antes de venir, te has presentado sin más. Por eso no voy por ahí repartiendo llaves.

—¡Jo, jo! —exclamó Nicole. Se puso los pantalones cortos y volvió la camiseta del derecho dándole la espalda a Shade—. Qué presuntuosa he sido. Las mujeres hacen cola en tu puerta pidiendo a gritos la llave de tu casa, y yo voy y me salto tu plan de racionamiento entrando por la puerta que no se cierra con llave.

—No tienes derecho a entrar cuando te dé la gana, Nicole.

Nicole se puso la camiseta, ladeó la cabeza y sonrió sarcásticamente.

—Tu intimidad no te importaba tanto hace una hora. Podrías haberme mandado a paseo desde el principio.

Shade se agachó para atarse los zapatos.

—Supongo que todavía estaba grogui.

Nicole se echó a reír, aunque no era la risa más dulce de su repertorio.

—Podrías habérmelo dicho antes de follarme.

—¿Antes de follarte? Querrás decir antes de que follásemos, ¿no?

—Ese es un concepto bastante moderno para ti, René.

La cara de Shade se vació de personalidad y la sustituyó una expresión de aburrida vulgaridad.

—Sí —contestó—. También sé usar un teléfono, enchufar una tostadora, identificar aviones…, cosas así.

Mientras meneaba la cabeza y sonreía aturdida ante aquella irrupción de una discusión romántica, Nicole buscó por el suelo las bragas que se había quitado fogosamente antes, cuando la intimidad solo era un deseo secundario.

En la pequeña cocina, Shade puso un cazo con agua en el fuego, colocó un filtro en la cafetera y echó un montón de café Yuban. Puso dos tazas sobre la encimera y se volvió hacia Nicole.

—Esto es de locos —dijo—. En realidad, ni siquiera me importa. No sé por qué te he gruñido. Es un vicio que he aprendido a la fuerza, supongo.

Al ver sus bragas rojas arrugadas sobre la última balda de la estantería, Nicole no contestó.

—¿Quieres una llave? —preguntó Shade—. Si quieres una llave, deberías tenerla. No me estoy tirando a nadie más.

—¿Tirando? —dijo Nicole con las bragas en la mano—. ¿Eso es lo que haces conmigo? ¿Te me tiras? ¿Es eso lo que vas diciéndole a la gente?

—Mierda —respondió Shade, concentrado en si hervía el agua del cazo—. Solo es una manera de hablar. Inapropiada, quizá.

—¿Quizá?

Nicole enrolló bien las bragas y se las metió en el bolsillo relojero de los pantalones cortos. Echó a andar hacia la puerta de atrás y la abrió. El río bajaba con fuerza por detrás de las vías del tren y formaba el fondo ideal para su pose dramática ante la puerta.

—Tienes que pensarte algunas cosas —dijo—. Y yo también.

—Si quieres una llave, tendrás una llave.

—René —dijo ella en tono de reproche—. No se trata de eso. La llave no importa.

—Ah, entiendo —contestó Shade. Levantó el cazo con el agua hirviendo y la vertió en el recipiente de la cafetera—. Pediré una copia en la ferretería y te la dejaré en el buzón.

Nicole se encogió de hombros, miró hacia abajo y luego levantó la vista.

—Si eso es lo que quieres —dijo ella.
—Sí quiero.
Nicole volvió a entrar y cerró la puerta tras ella.
—¿Hoy?

Capítulo 7

Durante mucho tiempo, Jewel Cobb se había imaginado asesinando a alguien en sus fantasías nocturnas, pero cuando por fin estaba a punto de hacer su entrada triunfal en ese universo nocturno, se vio metido de lleno en una noche oscura del alma en la que al sol no se le escapaba nada y las aceras se llenaban de vida a punto de dar las cinco.

Estaba sembrando el suelo de patatas fritas a la entrada de un callejón entre un almacén de tres plantas de ladrillos tiznados y el antaño opulento cine de T. J. Crane, de dos plantas, con la mano haciendo viajes entre una bolsa de Kitty Clover y los alrededores de su boca. Había fragmentos de vidrio en el asfalto; los pisó con las botas hasta que crujieron y se rompieron. Junto a sus pies había un litro de cerveza Falstaff en una bolsa de papel, y de vez en cuando se agachaba para darle un trago.

La escopeta estaba en el segundo de los cuatro cubos de basura que había junto a la salida de emergencia del cine. La había traído en una bolsa de supermercado, desmontada en dos partes, y tanto el cañón como la culata habían sido recortados con una sierra. Se había agachado sobre el cubo de basura como un borracho a punto de vomitar mientras volvía a montar la escopeta, la cargaba y la bajaba deslizándola por la pared del cubo, con cuidado para que no se atascase el cañón y con la culata hacia arriba para poder cogerla con facilidad.

Las instrucciones que le habían dado Duncan y Ledoux se repetían en su cabeza. En el callejón, espera, cárgatelo, disparo en la

cabeza, suelta el arma y baja por la calle Séptima, gira a la izquierda y el plan de fuga estará esperándote en un coche. Jewel lo tenía todo memorizado, pero eso no le daba más seguridad en sí mismo.

Se le habían acabado las patatas fritas. Le dio una patada a la bolsa vacía y se puso en cuclillas para pegarle un trago a la Falstaff.

Estaba a menos de seis metros de la calle Séptima, pero nadie le prestaba mucha atención. Se mimetizaba con el entorno, parecía un vagabundo más, aunque más joven que la mayoría y un poco mejor vestido. Cada vez que alguien lo miraba a los ojos por casualidad, él bajaba la cabeza y se ponía a hacer rotaciones de cuello, como si así fuera a librarse del elefante rosa, uno de los famosos compañeros del bebedor, que casi nunca ve más de un borracho a la vez.

Sabía qué hora era por el reloj del escaparate de la casa de empeños Shevlin, en la acera de enfrente. Le habían dicho que Crane era previsible hasta decir basta y Jewel vio que llegaría antes de cinco minutos.

Lo único que podía hacer era esperar y observar. No le gustaba la zona. Se parecía a todas las casas destartaladas con goteras en las que había vivido, pero todas juntas en un mismo sitio, y amontonadas hasta formar una ciudad.

La marquesina del cine anunciaba que *Candy y el octavo enanito* estaba «En cartel». Jewel se preguntó por qué en las ciudades la gente se gastaba el dinero en ver a unos desconocidos pasándoselo bien.

Casi a las cinco en punto, un borracho calvo con algo que parecían marcas de rozaduras en la cabeza, con ropa fermentada y guantes blancos, se apartó del rebaño que circulaba por la Séptima y se metió en el callejón. Llevaba una bolsa grande de supermercado que claramente contenía una garrafa de tres litros.

Jewel miró al suelo cuando pasó el borracho y arrugó la nariz con asco. Levantó la vista justo cuando el visitante se acercaba a los cubos de basura.

—Largo de aquí —dijo Jewel sin alterarse, y se puso en pie de un salto—. ¡Eh, tú! ¡Largo de aquí!

El borracho lo miró con ojos somnolientos.

—Ve a buscarte la comida a otra parte —insistió Jewel—. Búscate tus propios cubos.

—Pero es que estos son los míos —contestó el borracho con el tono de voz de un niño tímido al que su profesor le estuviese apretando las tuercas—. Son míos desde que Wally el Cerdo se fue. Por eso los heredé yo. A ver, eso fue cuando unos tipos subieron a dejar huellas de barro en la luna. Por ahí andará. Seguro que les pagaron por hacerlo. Era el lugar más limpio del mundo antes de que fueran a hacer eso.

Tras echar un vistazo a la calle y no ver el LTD granate de T. J. Crane, Jewel dijo:

—Puede que todavía lo sea. De todos modos, eso fue hace bastante tiempo.

—Wally el Cerdo los tuvo más tiempo, pero murió. No se fue, como he dicho antes. Murió.

—Mañana te los devuelvo.

—Yo no sé nada, ¿sabes? Me dijo un pajarito que fue por algo del corazón. Siempre estaba recogiendo colillas. —El borracho juntó el índice y el pulgar, se llevó los dos dedos enguantados a la boca y tragó; acto seguido, se puso a andar hacia atrás—. Pensaba que tenía buena suerte por encontrárselas, y la tenía, hasta que lo mataron. —Hizo una pausa y se quedó mirando a Jewel con los ojos entornados —. Dicen que se fumó medio cigarrillo después de que un chino lo tirara…, pero eso no puede ser bueno para la salud.

Jewel miró hacia el callejón y luego de nuevo a la calle.

—Se lo advertí más veces de las que he cagado —soltó el borracho.

—Ya —dijo Jewel—. Yo de pequeño ya sabía que eso no hay que hacerlo.

—Bueno —contestó el borracho asintiendo con la cabeza—, también se lo conté a la policía.

—¿Cómo? —preguntó Jewel. Se acercó al borracho, lo agarró de los hombros, le dio la vuelta y le propinó una patada en el culo—. Viejo soplón… ¡Vete a tomar por culo!

El borracho, después de unos primeros pasos al trote, se alejó

bamboleándose más dignamente, con su futuro inmediato abrazado contra el pecho a modo de protección, y sin mirar siquiera por encima del hombro con preocupación.

Algo irritado por su incapacidad para provocar un miedo paralizante, ni siquiera en un vagabundo con el cerebro hecho papilla, Jewel se quedó mirándolo hasta que el borracho estuvo a unos quince metros del callejón. Una vez había visto una película en la que ni siquiera los comanches eran capaces de tocarle las narices al insondable destino, y tenían que conformarse con atravesar a unos pobres diablos con sus lanzas. Ahora ya lo entendía, y no tenía nada que ver con haber entonado demasiados cánticos baptistas.

Jewel dio unos pasos al frente y comenzó a rondar el borde de la acera. Ya solo se acordaba de vez en cuando de representarla farsa del vagabundo sin rumbo. Seguía con la mirada cada coche que pasaba y se ponía tenso al ver a cualquier negro grandote mejor vestido que él. Ahora se daba cuenta de que debería haber hecho más preguntas. *Es un negro grande que viste bien*. Una multitud de posibles víctimas llenaba las aceras. Dime un negro grandote que no vista bien, ¿eh? Si veo uno, me lo cargo, porque fijo que es un polizonte.

Los minutos pasaban arrastrándose, como si a Papá Tiempo le hubiesen pegado un tiro en cada rodilla. El reloj del escaparate de Shevlin marcaba ahora las cinco y nueve.

Jewel se puso a dar vueltas. No le quitaba ojo al segundo cubo, de donde solo asomaba un trozo de la culata por encima de la basura. Puede que dos veces al año el muy mamón llegue tarde, y esta tenía que ser una de ellas. A Jewel lo asaltó un pensamiento horrible: ¿y si alguien lo ha traído? ¿Y si al LTD granate se le ha pinchado una rueda y alguien lo ha traído? Así no podré reconocerlo. O a lo mejor ha arreglado él mismo el pinchazo. Quizá sea el tipo de negro sensato que dejaría sus zapatos de cien dólares en el suelo del coche y el abrigo en el asiento delantero y se agacharía para arreglar el pinchazo él mismo, descalzo.

Dios.

Y el primo y el franchute podrían no entender la situación y

largarse.

El eco de una discusión empezó a oírse en el estrecho callejón sembrado de basura. Jewel se dio la vuelta y vio que el borracho con el que acababa de hablar estaba representando muy a su pesar el papel de bailarín en una interpretación para trío del vals de la calle Séptima. El aire vibraba con maldiciones arrastradas, y el borracho se hizo un ovillo sobre su garrafa mientras dos bailarines de claqué se turnaban para patearle la espalda.

Qué hatajo de vagos ruidosos, pensó Jewel. ¿Cómo puede la gente vivir así?

Uno de los vagabundos que trabajaban en equipo le dijo algo al tacaño cofrade de la hermandad de la uva que estaba tirado en el suelo. Era algo de compartir, igual que hacemos los demás, igual que anoche, cuando tuve un buen día.

—¡Medio litro! —gritó el borracho mientras se enroscaba aún más alrededor de su garrafa de tinto—. ¡Medio litro es una mierda!

El escarmiento en forma de baile volvió a empezar y, durante una fracción de segundo, Jewel se planteó acercarse a ponerle fin. Pero esa es su manera de vivir, pensó, y de todos modos acabarán babeando los unos sobre los otros con una sonrisa tonta en la cara en cuanto le hayan pateado suficiente la espalda. Además, vivimos en América, y eso significa que puedes tener todo lo que puedas trincar, pero conservarlo ya es asunto tuyo.

Tan acostumbrado a la decepción en materia de color estaba el ojo de Jewel que, cuando el LTD granate pasó por delante de él, no lo reconoció hasta que el coche estuvo a mitad de la manzana. Se dio la vuelta rápidamente, miró el cubo de basura y se asomó a la acera para ver cómo aparcaba el coche.

El coche se acercó al bordillo en la acera del cine, a unas cincuenta plazas de aparcamiento, a casi media manzana de distancia.

La puerta del conductor no se abrió.

Jewel miró el reloj y vio que llevaba casi veinte minutos de retraso, y Crane seguía sin salir del vehículo granate, que tanto se había hecho de rogar.

¿Qué hace ahí metido?

Jewel empujó con el pie la botella vacía de Falstaff, miró hacia abajo y le dio una patada. Un golpe de refilón volcó la botella en su bolsa de color marrón, que se puso a girar hasta que se paró en un relieve del asfalto. Cuando levantó la vista, el estómago se le revolvió como una lubina premiada en un concurso de pesca y le temblaron las manos. T. J. Crane estaba en la acera y avanzaba cojeando hacia la fantasía nocturna de Jewel.

Este se acercó al segundo cubo de basura, sacó a su compañera de fechorías y le quitó el seguro. Se sintió como si avanzase flotando hacia la acera. Se apoyó en la pared del cine y tapó la escopeta con el cuerpo.

Cuando Crane estaba a veinte coches de distancia, una mujer de piel oscura con zapatillas azules y un chal con manchas de leopardo le dijo algo y él se paró a hablar con ella.

Jewel no oía lo que decían, pero comprobó que lo que le habían dicho era cierto: Crane era muy grande e iba muy bien vestido, con la típica chaqueta de terciopelo rojo que llevan los chulos, tan cara que sus lumis tendrían que pasarse por la piedra a toda una convención de ferroviarios durante tres días para pagarla. Putos chulos de mierda.

Crane no paraba de sonreírle a la mujer y de decir cosas que hacían que los torsos de ambos se agitasen y sus bocas se estirasen de oreja a oreja.

Venga, hombre, pensó Jewel mientras se daba golpecitos con la recortada en la parte de atrás de la pierna. Mándala a paseo. No es para tanto.

Crane no se movió; se quedó trabajándose a la mujer vestida de leopardo como si quisiera presentarse a las elecciones y ella fuera el público de un mitin. Movía las manos en todas direcciones y a veces le daba palmaditas en el hombro. La piel de leopardo daba saltitos cuando ella chillaba de alegría, doblaba las rodillas y luego volvía a enderezarse.

El paso del tiempo cambiaba las cosas. Jewel no sabía hasta cuándo esperarían su primo y el franchute, pero ya hacía un buen

rato que tendría que haberse largado. Pensó en avanzar por la acera y cargarse a Crane allí mismo. Sabía que era una mala idea, pero las circunstancias actuales no se ajustaban a sus planes.

Siguió observando y esperando hasta que un brusco impulso de hacer algo espectacular le hizo echar a andar por la acera en dirección a Crane. Avanzó con arrogancia por el centro de la acera, procurando ocultar la escopeta al principio, pero acabó rindiéndose a la ostentación con la que había soñado durante tanto tiempo, la levantó con la mano derecha y apuntó como si se tratase de una pistola.

Los que ocupaban la acera ociosamente se iban apartando, e incluso apretaban el paso, a medida que Jewel se acercaba, y un montón de desconocidos con ropas vistosas se quitaron de en medio. Algunos ahogaban un grito e invocaban a Dios, mientras que otros apartaban la vista demostrando un perspicaz sentido de la etiqueta.

Cuando Jewel estaba solo a un Cadillac de distancia de Crane, la mujer se llevó la mano a la boca y retrocedió tartamudeando.

—Oh, señor Crane —dijo—. ¿Qué pasa?

El cañón de la escopeta, recortado para poder alcanzar un blanco más grande y tener un aspecto más amenazante, apuntaba a la cabeza ligeramente gris de T. J. Crane.

Crane retrocedió al mismo tiempo que la mujer, como si la escopeta le apuntase a él por casualidad y, si se movía, fuese a apuntar a otra cosa. Pero cuando se movió, el cañón lo siguió. Crane dejó caer los pesados hombros bruscamente, se miró los pies y levantó las manos como si la blancura brillante de sus palmas fuera a salvarlo.

—Ni siquiera me sorprende —dijo Crane con desgana—. Supongo que lo sabía.

Cuando Jewel dio un paso al frente, Crane decidió tentar a la suerte e intentó alejarse cojeando con más astucia de la que pudieran tener los perdigones para seguirlo, pero al hacer su primera finta, el disparo lo alcanzó en lo alto del hombro. Se desplomó y giró sobre sí mismo para quedar de nuevo cara a cara con Jewel.

Jewel no había oído realmente el disparo, pero lo sintió como si

le subiera por el brazo. Metió otro cartucho en la recámara. Había sangre en la acera, y de Crane salía un chorro. Todo el mundo desapareció de la calle. Miró a Crane, que tenía los ojos entrecerrados y los labios contraídos de pura decepción, como si algún detalle le hubiera disgustado.

Con el siguiente disparo, Jewel le reventó la frente. Rápidamente giró sobre sus talones.

—¡No me ando con bromas! —gritó. Oyó su propia voz, o el eco de su propia voz. O quizá había repetido el grito.

Con el cañón apuntando hacia abajo, echó a andar hacia la esquina de la calle Benton, pero varios hombres se movieron de pronto delante de un escaparate y uno de ellos llevaba las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—Ni hablar —dijo Jewel andando hacia atrás—. No me lo puedo creer.

Miró hacia ambos lados de la calle, luego giró una vez más, soltó la escopeta y echó a correr por donde había venido. Al principio siguió una trayectoria calculada, veía el camino tan claro como sus sueños, pero se pasó del callejón. Quiso dar la vuelta porque ese callejón era el único camino hacia el coche en el que debía fugarse, pero la gente ya se estaba levantando de entre los coches aparcados y alguien gritó animando a los demás a que lo matasen.

Entonces echó a correr con todas sus fuerzas por manzanas que no había visto antes. Manzanas llenas de personas a las que estaba seguro de que no les caería bien ni aunque lo conociesen desde la cuna.

El cerebro de Jewel empezó a bombardearlo con refranes imprecisos y las típicas cosas que saben los niños.

Algunos indios pueden correr ciento sesenta kilómetros al día. Por el desierto, con carne colgándoles del cinturón.

En aquellas nuevas aceras la gente no se apartaba para dejarlo pasar, y tenía que abrirse paso a empujones sin mediar palabra. Estaba perdido, y cada vez le costaba más correr. Se estaba quedando sin aliento y sus pies no aterrizaban donde él los dirigía. Era como si tuviera las piernas llenas de desgarros.

Un hombre puede correr más que un caballo durante los primeros cuarenta metros. Eso está demostrado. Los primeros cuarenta metros son del hombre, pero ¿y después? ¡Por favor! ¿Qué pasa después?

¿Por favor, eh?

Capítulo 8

Pete Ledoux, un hombre con una vasta experiencia en la fealdad de la vida, estaba sentado al volante de un escarabajo amarillo y veía a la gente precipitándose hacia la calle Séptima como un puñado de balines por un embudo. Sabía que eso significaba que ya había sucedido, pero había pasado el tiempo suficiente como para que el miedo se calmase y se impusiera la curiosidad. Las sirenas ya entonaban su canto seductor.

Ledoux se volvió hacia Duncan Cobb, que estaba sentado en el asiento de atrás.

—Esconde la pipa —dijo—. Alguien la ha cagado.

Toda la presión acumulada del día se reflejaba en la agresiva flacidez de la cara, carnosa y blanquecina, de Duncan.

—Habrá sido Jewel —dijo refiriéndose a su primo—. Si alguien la ha cagado, habrá sido Jewel.

—Puede que la haya cagado él, pero los que tenemos un problema somos nosotros.

Ledoux arrancó el motor e hizo una mueca al oír sus estertores.

—¿No has podido conseguir otra cosa? —preguntó mientras se incorporaba al tráfico—. Hay que joderse.

—Querías algo que no fuese robado —contestó Duncan—. El dueño de este coche está de vacaciones durante cinco días.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque es amigo mío.

—¿Se lo has robado a tu amigo?

—Oye, es seguro, Pete. Es seguro, y querías algo seguro.

—Vale —dijo Ledoux encogiéndose de hombros—. Pero yo nunca me voy de vacaciones, colega.

El tráfico en la calle Benton era lento y civilizado hasta llegar a la calle Séptima, pero allí muchos conductores se paraban a mirar al gentío, cada vez mayor, y aparcaban pegados a la acera para no perderse un acontecimiento truculento de importancia histórica.

El escarabajo amarillo hizo un cambio de sentido en la Séptima y luego volvió a bajar por Benton.

—No va a venir —dijo Ledoux—. ¿Crees que se liará a tiros, o se quedará esperando a que lo maten?

—A menos que Crane haya disparado primero. —Duncan comenzó a frotarse la nuca y a hacer rotaciones de cabeza hasta que le crujió el cuello—. No sé qué habrá hecho. ¿Cómo voy a saberlo? Si ha echado a correr, no se conoce el camino. Si echa a correr, se perderá.

—Si lo atrapan, nosotros sí que estaremos perdidos. Tenemos que encontrar a ese tontolaba.

—Lo encontraremos.

Después de mirarlo elocuentemente por encima del hombro, Ledoux dijo:

—Más nos vale. Esto fue idea tuya, *mon ami*.

—No hace falta que me lo digas, tío.

—Solo quiero que las cosas estén claras. Tengo buena memoria para recordar quién la ha cagado.

—Se llama instinto de supervivencia.

—¿Me lo dices o me lo cuentas, *mon ami*?

Recorrieron el barrio y se metieron por los callejones, buscando a Jewel sin suerte. Ledoux decidió dejarlo estar y seguir adelante con el plan.

Atravesó la ciudad y dejó atrás las casas con pinta de famélicas, los bares con nombres vulgares y los solares invadidos por la maleza que constituían la contrapartida en la zona sur de lo que era Frogtown en la parte norte. Para los habitantes de Frogtown nunca había sido recomendable hacer turismo por aquella zona, pero con los años Ledoux había conseguido aprender a moverse por ella.

Como en todos los barrios antiguos de la ciudad, el río era el elemento dominante y, si no lo perdías de vista, no había de qué preocuparse: era imposible perderse.

—Pensaba que lo teníamos todo controlado —dijo Ledoux, y miró a Duncan por el retrovisor.

Duncan no contestó.

—*Mon Dieu* —exclamó Ledoux, y se apartó a un lado de la carretera—. Siéntate aquí delante, ¿eh? Queda raro que estés sentado ahí atrás, estando vacío el asiento delantero.

—Claro.

Cuando Duncan hubo trasladado sus carnes del asiento trasero al delantero, Ledoux salió de la ciudad por South River Road.

El límite de la ciudad era el punto donde las casas empezaban a escasear, pero eran más grandes y más nuevas, con el césped del jardín más cuidado que un templo presbiteriano, con largos y elegantes caminos de entrada para coches que saludaban a la calle únicamente con portones de hierro forjado y cerraduras con forma de querubines. Ledoux pasó por delante de esas pretenciosas viviendas de lujo hasta que River Road cruzó las vías del tren y se convirtió en un blanco camino pedregoso.

El camino serpenteaba y se adentraba en la exuberante maraña de árboles, maleza y barro que bordeaba el río. El VW avanzaba dando tumbos entre malas hierbas que lo doblaban en altura y junto a árboles casi igual de gruesos. Ledoux se quedó dos veces atascado en rodadas de barro rojo, pero consiguió salir en ambas ocasiones.

Enseguida llegaron a donde estaba aparcado el Pinto negro de Ledoux, en un pequeño claro justo detrás de un risco que daba al río. Ledoux redujo la velocidad lo justo para echarle un vistazo al coche y, tras comprobar que nadie lo había tocado, siguió adelante. Más adelante, a una distancia de un par de campos de fútbol, se detuvo bajo los restos de un puente ferroviario. La brisa rebotaba en el negro esqueleto metálico con un inquietante fraseo musical.

Aparcó junto al borde del precipicio que daba a la vasta extensión de agua fétida que bajaba con fuerza. Los remolinos señalaban los puntos donde la corriente resultaba más traicionera.

Duncan se acercó a echar un vistazo por el borde del empinado precipicio, inclinándose con cuidado.

—¿Aquí es bastante profundo? —preguntó.

—Lo han dragado —le aseguró Ledoux—. Me conozco bien este río. Podrías soltar el Arca de Noé justo ahí y se hundiría de sobra.

—Ya.

Duncan llevaba la pistola metida en la parte delantera del cinturón. Le dio unos golpecitos con las uñas. En el centro del río, unos treinta metros más abajo, había un enorme banco de arena que podría venirles bien, pero estaba demasiado lejos.

—¿Tiro la pipa aquí, Pete? ¿O me la quedo? —preguntó levantando la pistola—. Ese sería un buen sitio para tirarla.

Ledoux había estado buscando en el coche cualquier cosa que pudiera habérseles caído accidentalmente. No encontró nada.

—¿La has usado?

—Ya sabes que no.

—Entonces, ¿por qué quieres tirarla? Es una Browning Hi-Power. Tiene catorce balas y no tiene número de serie. No puedo conseguir tantas de esas, tontolaba.

Duncan se puso tenso y enderezó la postura, indignado.

—Oye, tío, trabajo para ti y tal, pero deberías saber una cosa: los gilipollas no hacen amigos.

Ledoux soltó un resoplido de burla perfectamente estudiado.

—No quiero amigos, tonto del culo. Amigos… ¡Ja! Los amigos son los que te disparan dos veces en la nuca. Los amigos son los que te delatan a la larga. En chirona, si ves a un tipo cumpliendo cadena perpetua, puedes estar seguro de que tenía un amigo de más.

Duncan esbozó una sonrisa de complicidad.

—A ver si lo entiendo. Se supone que eso debería descolocarme, ¿no? Debería sonar duro, inteligente o algo así, ¿no?

—Eso es lo que piensas, pero no lo sabes, ¿eh?

Tras un breve intercambio de miradas y sonrisas entre los dos hombres, Ledoux volvió al coche. Soltó el freno de mano y puso la palanca de cambios en punto muerto.

—Tenemos que volver andando a mi coche —dijo Ledoux—. Quiero acabar con el ejercicio cuanto antes. Vamos a hundir esta chatarra.

Los dos fueron a la parte trasera del coche para poder empujar a la vez.

—A lo mejor deberíamos esperar —dijo Duncan—. Ya sabes, hasta que podamos meter a Jewel como habíamos planeado.

—Nah. Ese plan ya se ha ido a la mierda. Haz lo que te digo.

Se apoyaron en el coche y empujaron. En cuanto echó a rodar, fue muy fácil. El VW amarillo vaciló sobre el talud embarrado y bajó deslizándose de lado hasta el río.

Se quedaron plantados en lo alto del acantilado y vieron cómo las olas marrones lamían las puertas del coche y el escarabajo empezaba a temblar.

—Si Jewel estuviera ahí dentro, habríamos terminado y podríamos irnos tranquilamente a casa —se lamentó Duncan.

—Sí. Solo que él no está ahí y nosotros aún no hemos terminado.

El VW cogió velocidad río abajo sin llegar a hundirse, pero balanceándose como un corcho gigantesco.

—¡Mierda! —exclamó Ledoux—. Esos putos trastos no se hunden. Menos mal que no hemos metido al rufián. Estaría ahí sentado, sonriéndoles a todos los pescadores y bañistas en cueros que se encontrase desde aquí hasta Baton Rouge.

—No. Se hunden. Bueno, creo que se hunden. Pero muy despacio.

—Más nos vale.

—A lo mejor debería dispararle para ayudarlo a hundirse.

—Ahora no.

El coche se sumergió lentamente a medida que lo arrastraba la corriente. Cuando solo quedaban el techo y parte de la ventanilla trasera por encima del nivel del agua, el coche chocó contra el banco de arena y se quedó atascado.

—Puedo volar las ventanillas, si quieres.

—No. Nos ha ganado. Déjalo.

Ledoux se quedó mirando al vehículo desobediente durante unos segundos, se dio media vuelta y echó a andar hacia su propio coche. Tenía el ceño fruncido, se notaba que estaba pensando en cosas serias, y sus pies se hundían en el barro del camino.

—Dime una cosa —dijo—, ¿la luna se ha comportado de forma rara últimamente, o algo así?

—No sabría decirte.

—¿No has notado nada?

—Bueno, no sabría decirte —contestó Duncan, siguiéndole la corriente.

—De todos modos, no te habrías dado cuenta, ¿verdad? No reconocerías que es algo raro ni aunque te lo pusieran delante de las narices.

—Creo que sí. Si fuera raro de verdad.

Ledoux resopló y aceleró el paso.

—Lo que es raro de verdad sale en los periódicos, tontolaba. Por el amor de Dios, son las rarezas menores las que tienes que aprender a detectar. Yo lo aprendí por las malas.

—Pero no lo bastante bien —dijo Duncan entre risas.

—Eso aún está por demostrar.

Capítulo 9

A primera hora de la tarde le habían dicho a Shade que se pasase por el despacho del capitán Bauer. Llamó a la gruesa puerta de madera de arce sin cristales y entró sin esperar respuesta. El capitán estaba plantado ante la ventana del fondo del despacho, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo. El alcalde Crawford, vestido de luto con un traje de corte italiano que debía de costar un riñón, estaba sentado en el sofá con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en la rodilla que quedaba por encima.

La nube de satisfacción en la que se había quedado flotando Shade después de la visita de Nicole se evaporó bruscamente.

El alcalde señaló con la cabeza a un joven moreno con la complexión de un tubo de estufa embutido en un traje de tres piezas de raya diplomática azul, con un pañuelo amarillo en el bolsillo del pecho.

—No creo que ustedes dos necesiten presentación.

—No, creo que no —dijo Shade, intuyendo la encerrona—. ¿Cómo te van los chanchullos, François? —le preguntó a su hermano pequeño.

—Fatal —contestó François—. Por eso concentro todos mis esfuerzos en no salirme del buen camino.

El capitán se giró para mirarlo, hizo una mueca y se volvió a girar hacia lo que fuera, aparentemente fascinante, que se veía por la ventana. El alcalde cruzó una mirada con Shade y sonrió.

—Su hermano ha cogido el caso Rankin. Qué práctico, ¿no le parece? Nos gusta que haya una buena coordinación entre la policía

y la fiscalía del distrito.

—Sí, alcalde —dijo François inclinándose hacia delante y adoptando una postura de energía contenida—. Eso es algo fundamental si uno quiere ganar los casos.

—Eh…, sí —contestó el alcalde con una sonrisa—. Por supuesto. —Se levantó y echó a andar hacia la puerta—. Frank…, ¿puedo llamarlo Frank?

—Faltaría más.

—Frank ya ha sido informado del caso. Ustedes dos hagan lo que tengan que hacer. Compartir información o lo que sea.

—¿Qué información? —preguntó Shade.

—Mire, Shade —dijo el alcalde Crawford—. Estoy seguro de que tenemos archivos y más archivos sobre una plétora de ladrones. ¿Qué tal si empieza por ahí?

Cuando el alcalde se hubo marchado, el capitán Bauer se disculpó con un gruñido avergonzado y dejó a los hermanos a solas en su despacho.

François se levantó, sonrió con nerviosismo, se acercó al enorme escritorio y se sentó en el borde. Acto seguido, se pasó la mano por su corte de pelo de treinta dólares.

—Mira —dijo—. Esto es un tema de curro, hermano.

Shade asintió lentamente.

—Soy todo oídos.

—Bueno, lo que pasa es que hay *beaucoup* de trampas alrededor de este caso, René. Es decir, uno podría dar un pasito en falso, pero podría convertirse en el paso más trascendental que haya dado nunca… en la buena o en la mala dirección.

Shade apartó la mirada al notar que se ponía colorado. Delante de otros abogados o de empresarios o mujeres vestidas a la última moda de París, François hablaba el idioma oficial de los que practicaban la movilidad social ascendente —elegante, cautelosamente preciso y desprovisto de cualquier deje personal—, pero con su propio hermano se sentía obligado a volver al dialecto de la calle Lafitte y de la infancia. Era como si no estuviera seguro de que Shade pudiera entender otra cosa.

—No me extraña —dijo Shade—. Ya está todo el pescado vendido, hermano, y a gran escala.

François tenía la cara más larga que su hermano, con unos rasgos más afrancesados, y los ojos color avellana en lugar de azules, pero las mandíbulas de ambos tenían el mismo gesto de agresividad. Arqueó una de sus gruesas cejas al oír la respuesta de su hermano.

—Has estado yendo a la escuela nocturna, ¿eh, René?

—No hagas eso —le espetó Shade.

No había terminado la carrera; de hecho, solo se había comportado como si tuviese intención de hacerlo durante un curso, y François insinuaba a menudo que esa falta de acreditación académica abría un gran abismo entre ellos. Esto cabreaba casi siempre a Shade. Se dio cuenta de que, por alguna razón, por algún vínculo misterioso con la lógica, los miembros de su familia tenían el don de hacerle perder los estribos mucho más que cualquier otra persona sobre la faz de la Tierra.

—Pensaba que esto solo era un tema de curro. Podemos solucionar nuestras diferencias en otro momento.

François levantó la barbilla como dándole la razón en silencio.

—Vale. Según tengo entendido, Rankin sorprendió a un intruso y dicho individuo, sin duda asustado, lo mató. Quizá porque Rankin podía reconocerlo.

—Joder —dijo Shade. Se dio cuenta de que estaba dirigiéndose a la misma ventana que tanto había fascinado al capitán—. Te han metido en esto para que me vigiles. Me han encasquetado a mi puto hermano pequeño para asegurarse de que solo destapo lo que les conviene. Me lo he visto venir en cuanto he abierto la puerta.

—¡Venga ya! —exclamó François—. Oye, solo estoy aquí para coordinar la investigación. Este caso pone nerviosa a mucha gente. Si se lo soltamos tal cual a la opinión pública, podría dar lugar a algunos malentendidos desagradables. Eso ya lo sabes. Por eso hay que resolverlo cuanto antes. —Se levantó del escritorio y se plantó delante de su hermano, más bajo que él—. Además, solo soy un año más joven que tú.

—Ya hace tiempo que no eres más joven que yo.

Los gruesos labios de François dibujaron una sonrisa.

—Lo sé.

A Shade lo invadió una especie de tristeza impregnada de cariño. En parte porque quería a su hermano y lo conocía perfectamente, en parte porque no lo conocía en absoluto. La habitación oscura donde cada uno guarda sus convicciones y anhelos más secretos tiene una puerta cerrada a cal y canto. Cuanto más giras el pomo y más miras por el ojo de la cerradura, menos sabes y más tienes que adivinar.

—Pareces orgulloso de aparentar más edad de la que tienes —dijo Shade.

—¡Oh! —exclamó François, y resopló exageradamente—. Mantenerse joven es un desvío sobrevalorado. —Se encogió de hombros a modo de guiño—. A mí me interesa más la carretera principal.

—Pareces dispuesto a pagar el precio de dejarte llevar por ella.

—El precio lo pagas, hermano, tanto si la controlas tú como si te dejas llevar por ella. No seamos ingenuos, ¿eh?

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que François se había mostrado enérgico en su defensa de las multitudes pisoteadas, apasionado en sus alegatos ante el banquillo de los acusados, esos viejos perdedores del barrio que para él también eran personas. Tenía una actitud amenazante hacia el sistema que no siempre había favorecido a sus allegados, y una predisposición a ponerse agresivo en su afán de justicia para la morralla. Justicia. Pero algo había cambiado en los últimos años, una metamorfosis inesperada, provocada por el paso del tiempo. La boda con una chica de buena familia de Hawthorne Hills, la entrada en la treintena, una serie de chanchullos con empresarios de la alta sociedad que se revolcaban en la abundancia y la consiguiente afluencia de billetes. Seguía buscando la justicia, pero cada vez más la justicia se había convertido en un seudónimo, en un alias, para François Shade, antes domiciliado en la calle Lafitte y últimamente en Wyndham Lane.

—Muy bien —dijo Shade—. Vamos a hablar claro. ¿Qué ganas con esto, querido hermano?

Sus miradas se encontraron. No había miedo ni vergüenza en ninguno de los dos.

—Es mi trabajo. De momento. —François hizo un gesto de disculpa con las manos—. Esto podría tener interesantes consecuencias durante años. Alvin Rankin era negro, ¿sabes?

—Creo que tomé nota mentalmente de eso, sí.

—Bueno, pues era un buen hombre. Un buen demócrata. Ser el fiscal del caso no es lo peor que podría pasarme. Pero eso depende de a quién tenga que procesar.

—Ah. O sea que, si puedes amañarlo para que el partido salga de este asunto con las manos limpias, podrías acabar siendo concejal o algo así.

—Pues… sí. Pero esa solo es la parte más burda. En cualquier ciudad grande, René, si quieres salir elegido en los próximos treinta años, más te vale tener buena relación con los negros y los hispanos. Hay muchos blancos que no están dispuestos a entenderlo, pero lo van a entender por las malas si no se ponen las pilas.

—Y esto te ayudaría, ¿no?

—Tal vez. No es como para hacer carrera solo con esto, pero sí, podría ayudarme. Es decir, cualquier político blanco que quiera ser alcalde y seguir siéndolo, mejor que se aleje de esos graciosos métodos irlandeses. Son pintorescos, pero pronto estarán pasados de moda.

—Vaya. Gracias —dijo Shade—. Eso es hablar claro.

Los dos hombres sonrieron, y Shade sintió el cosquilleo de un extraño orgullo que hasta entonces había estado sumergido, ya que acababa de darle un chivatazo un entendido que, para colmo, era familia. Sintió el placer típico de los trapicheos en la trastienda y comprendió que la perspectiva del éxito pudiera embriagar a un hombre.

—Así de claras se van a poner las cosas —contestó François—. Por cierto, todo esto me recuerda a nuestra variopinta constelación familiar. A saber: ¿cómo está Tip?

—Tan desagradable como siempre.

—Qué tranquilizador. No paran de mentármelo, ¿sabes? Ojalá

cambiase de apellido.

Shade se echó a reír.

—Tengo la impresión de que él piensa lo mismo de nosotros.

—Uf, supongo que no hay nada que hacer.

—No mucho.

Acto seguido, los hermanos se pusieron manos a la obra. Shade enseguida se vio flotando a la deriva en un espejismo de intereses familiares, amor fraternal y admiración pura y dura por la energía de su hermano. Acabó aceptando seguir durante un día la hipótesis del robo, siempre y cuando no hubiese nada más tangible en otra dirección.

Cuando ya se despedían, François le dijo:

—Piensa a largo plazo.

—Eso intento —contestó Shade—. Te lo digo en serio. Pero no lo veo.

Capítulo 10

Lester Moeller, un ladrón de poca monta y menos ambiciones, con vista para las posibilidades de actuar ilegalmente, pero con un estilo tan poco convincente de llevar a cabo robos menores que, aparentemente, solo sacaba lo suficiente para quedarse igual que estaba, negó con la cabeza desgreñada y levantó los brazos haciendo un gesto grandilocuente de inocencia.

—En serio —dijo en un tono de voz afeminado, mirando primero a Shade y luego a How Blanchette—. A ver, si es que apenas he salido de casa, no hablemos ya de Pan Fry.

—Claro. ¿Por qué iba alguien a querer salir de este palacio? —preguntó Blanchette, llamando la atención con un gesto de la mano sobre los envoltorios de hamburguesas tirados por el suelo, la mesa temblorosa clavada a la pared y las ventanas pegadas a los marcos con cinta adhesiva gris.

—Vale —dijo Lester asintiendo con la cabeza—. Tengo que salir para mear, eso sí. Yo no soy de los que mean en el lavabo. Y para cagar. La cisterna del váter no funciona.

—¿Y si te agencias una que funcione? —le sugirió Shade—. La próxima vez que salgas, digo.

Lester negó con la cabeza. Era joven, pero se conocía lo suficiente.

—No soy ningún experto. Eso no es como robar en una tienda, ¿sabes? Tienes que entender un poco. Sé desenchufar una toma de corriente, pero no sé una mierda de fontanería.

—Qué pena —dijo Shade.

—Además, ¿cómo haces para disimular un váter robado por la calle? Esas cosas hay que pensarlas antes, ¿sabes?

Años atrás, cuando Shade aún se ganaba la vida zurrándoles la badana a otros tipos, había salido del gimnasio de Brouilliard al callejón de tierra donde tenía aparcado su Nova y se había encontrado a un joven Lester intentando liberar de su cautiverio el contenido de la guantera. Shade, que nunca había disfrutado dándoles una paliza a los que claramente eran menos que él, se abstuvo de pegarle a Lester. Rodeó con el codo el frágil cuello de pájaro del chico de dieciocho años y utilizó la mano que le quedaba libre para desabrocharle los pantalones. Lo tiró al suelo y se los quitó. Mientras el ladrón novato corría a plena luz del día para esconderse detrás de una boca de incendios cercana, Shade le dijo: «Puedes pasar a buscarlos por la sección de novelas de misterio de la biblioteca». Cuando se alejó al volante de su coche, Lester seguía arrodillado detrás de la boca de incendios en una postura de lo más adecuada.

—Como ladrón tienes muchos defectos, Lester.

—Bueno —contestó Lester encogiendo los hombros, finos y suaves—. No puede decirse que se me dé demasiado bien nada.

Blanchette se echó a reír.

—Tus antecedentes penales lo corroboran.

—Al menos lo intento —dijo Lester, resentido—. Podría estar cobrando alguna prestación social.

Shade se levantó y se desabrochó otro botón de la camisa. La ropa se le pegaba al cuerpo como si fuera pintura fresca, y el sudor se le acumulaba en la frente. Miró a Blanchette, que sorprendentemente seguía llevando su gabardina adelgazante. Se preguntó si la vanidad podría más que el calor.

—Joder, Lester —dijo Shade—. No me estás diciendo nada que quiera oír. ¿De qué sirve que seamos amigos si no sabes decirme lo que quiero oír?

—Venga, no te rías de mí —contestó Lester—. No te caigo bien. Nunca hemos sido amigos. —Levantó los ojos, marrones y redondos, y miró a Shade a la cara—. No le caigo bien a nadie y

siempre lo he sabido, así que déjate de chorradas.

—Pero si te enteras de algo…

—Claro. Pero ningún conocido mío se mueve mucho por Pan Fry, tío. Allí, si te cogen, juegan al béisbol contigo. A ver si adivinas quién hace de pelota.

—Te creo —dijo Shade—. Me has convencido. Pero ándate con ojo si me mientes.

Entonces fue Lester quien se echó a reír.

—Supongo que me arrestarías, ¿no? Y me mandarías a un sitio horrible.

Shade y Blanchette también se rieron, ya que Lester pertenecía a esa raza automutada que era al menos tan feliz a la sombra como en libertad. Para él, las puertas de acero que se cerraban con fuerza eran como la comida casera y el vaso de leche con galletas de mamá.

—Nah, eso te gustaría demasiado —dijo Shade—. La próxima vez que te trinquemos, vamos a pasar la gorra, hacer una colecta y mandarte a la escuela de formación profesional para que aprendas lo suficiente sobre herramientas eléctricas como para suicidarte.

—He visto cosas peores —contestó Lester mientras acompañaba a los detectives hasta la puerta.

Una vez fuera, entre las escuálidas casas de ladrillo sin enlucir, Shade y Blanchette se pararon a decidir cuál sería su siguiente visita inútil.

—Son casi las cuatro —dijo Blanchette—. Estamos echando a perder el día. Ninguno de estos imbéciles va a colarse en la casa de un concejal para que luego le entren dudas sobre qué ha ido a hacer allí y decida cargarse a un tipo de forma gratuita solo para sentir que no ha ido en balde.

—Tú y yo lo sabemos, pero a nadie más le importa una mierda.

Blanchette se abrió la gabardina y se abanicó con los faldones. Aprovechó el momento de silencio para acercarse a un coche aparcado y sentarse en el capó. Sus cortas piernas quedaron colgando sobre el guardabarros mientras escudriñaba la acera cubierta de mugre como si fuera un espejo. De vez en cuando soltaba un gruñido y el sudor le bajaba por la cara como si fueran

grietas en un Buda de porcelana.

—Esto no me gusta —dijo Shade—. Si no hacemos lo que sabemos que tenemos que hacer, alguien más va a salir malparado.

—No será culpa nuestra.

—Nada es culpa nuestra.

—Eso deberían grabárnoslo en la placa.

—Todo es culpa nuestra.

—No empieces con esas tonterías de colegial, René. Hoy no es un buen día para eso.

El sol se reflejaba en las ventanas cercanas y el calor se elevaba de la acera de hormigón para dotar de nuevos argumentos a la tortura ambiental.

—Sundown Phillips —dijo Shade.

Blanchette frunció los labios y asintió con la cabeza.

—Es verdad. Si alguien sabe lo que está pasando en Pan Fry, es él.

—Sí. Vamos a ser sociables y a hacerle una visita, ¿eh?

—Vale, socio —dijo Blanchette en un tono de voz extrañamente suave—. Me preguntaba hasta cuándo íbamos a seguirle la corriente a ese hermano tuyo con traje de cachemira. Estaba a diez minutos de perder la fe, para qué te voy a engañar.

—Lo mismo digo —contestó Shade asintiendo con la cabeza.

En la ambiciosa mitología de sí misma que cultivaba Saint Bruno, una ciudad que gustaba de considerarse una Chicago en miniatura, había gacetilleros a lo Royko[5] y algún Sandburg[6] de esquina que encontraban extraños paralelismos entre la Ciudad Ventosa junto al Lago y la Localidad Asmática junto al Río.

La jerarquía de los destiladores y accionadores de gatillo locales, emperadores de tapete de fieltro verde y vaqueros armados con una pala para apartar nieve se asemejaba a la de un colorido Chicago que ya solo existía en el recuerdo. Y en este símil urbano, si Auguste Beaurain, una figura tan poderosa, astuta y peligrosa a la que nunca habían trincado ni por una multa de aparcamiento era un Capone a

pequeña escala, y Steve Roque un irritante Spike O'Donnell, Sundown Phillips era un perfecto Bugs Moran de Pan Fry.

Los detectives aparcaron en la zona de grava que había delante de la casa de madera que servía de oficina para la Constructora Phillips. Había dos camionetas verdes y una moto aparcadas fuera. En el porche se relajaba un perro enorme con largos mechones de pelo embarrados y una cabeza anormalmente estrecha.

El perro se levantó al acercarse los detectives y Shade bajó una mano para rascarle en la zona donde supuestamente estaban las orejas. El perro suspiró, volvió a tumbarse y Shade abrió la puerta.

Entraron a una pequeña sala donde había un montón de archivadores grises apoyados en las paredes y una mesa de recepcionista vacía.

Los detectives se quedaron plantados en el centro de la sala. Había una foto de Martin Luther King en una pared, bien alta y centrada, y fotos firmadas de Satchel Paige, Itzhak Perlman y Tina Turner justo debajo.

Shade se acercó a una puerta blanca en un rincón de la sala y llamó.

Tras una larga pausa, la puerta se abrió y al otro lado apareció una mesa rodeada de caras extrañadas. Un hombre delgado con perilla, la piel color caramelo y un gusto por la ropa de temática tropical impidió que Shade cruzase el umbral.

—Estamos en horario de trabajo —dijo el hombre—. ¿Vienen por un tema de trabajo?

Al fondo, una de las personas con la cara extrañada dejó de estarlo, se apartó de la mesa y se levantó. Medía tanto de la cabeza a los pies que podría haber conservado una media de yardas decente solo con desplomarse hacia delante una y otra vez. Decir que Sundown Phillips era alto era quedarse muy corto, tenía una melena leonina y la piel oscura.

Al acercarse a la puerta, comenzó a sonreír.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es Shade Lata de Tomate! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. ¡El As-pi-ran-te!

Shade identificó al tipo de la perilla: era Powers Jones,

carpintero ocasional y sospechoso a tiempo completo que trabajaba para Phillips. No alcanzó a ver las otras caras suficientemente bien para identificarlas.

Sundown era ancho como la puerta y le tapaba la vista. Su sonrisa era tan amable como la celda de una cárcel. Hizo retroceder a Shade hasta la sala principal y cerró la puerta blanca a sus espaldas.

—¿Qué pasa? —preguntó Blanchette, inclinándose hacia delante con complicidad—. ¿No es un poco temprano para una reunión de Tupperware?

Sundown respondió a la provocación mirando a Blanchette por encima del hombro y esbozando una sonrisa.

—¿Has visto el cartel de ahí fuera? —preguntó Sundown—. Esto es un negocio.

—Oye, Phillips —dijo Shade—. Quiero hacerte unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

—Qué atento —contestó Sundown—. Mido 2,04 metros, peso 122 kilos, pelo negro sobre piel morena, tengo un largo costurón de color rojo bajo el sobaco izquierdo y…, bueno…, me cuelga como a un burro. Creo que eso cubre lo esencial.

—A casi nadie le caen bien los listillos —dijo Blanchette, cuya nariz le llegaba a Sundown por el pezón.

—¿No me digas? Me gustaría ver el desglose demográfico de esa encuesta.

Había ciertas situaciones en las que Blanchette era poco útil. Shade enseguida comprendió que esa era una de ellas y le pidió a How que esperase en el coche. Sin embargo, Blanchette estaba necesitado de que algo le devolviese la imagen que tenía de sí mismo como un poli tosco, regordete y bullicioso que aún no se había encontrado con el espécimen humano que pudiera hacerlo batirse en retirada.

—Vale. Está bien, Shade. Pero si no funciona a tu manera, me toca a mí.

Mientras la puerta se cerraba tintineando detrás de Blanchette, Sundown se sentó a la mesa de recepción. Se abrió un botón de la

camisa amarilla de manga corta y se restregó la punta de las botas con la parte de atrás de los pantalones para sacarles brillo.

—¿Qué pasa, Shade?

—Esa reunión de ahí dentro —dijo Shade, señalando la puerta blanca con la cabeza—. Es sobre Rankin, ¿verdad? ¿Ya os estáis repartiendo las sobras, o qué?

—Tío, tienes más cara que espalda, ¿lo sabías? ¿Por qué coño no íbamos a estar hablando de Alvin? Lo conocíamos todos. Era el hombre que nos representaba, y estaba en alza. ¿Se te ocurre algo más importante que haya pasado últimamente?

—Me preguntaba si sabrías quién le remodeló la cabeza y esas cosas.

Sundown extendió los brazos y echó un vistazo rápido a la envergadura de ambas extremidades.

—No veo ninguna pluma —dijo—. Y, que yo sepa, mi voz no se parece a un arrullo. —Dejó caer sus enormes brazos a los lados del cuerpo—. ¿Qué te hace pensar que tengo algo que declarar?

—No sé. Hay personas que sienten pena cuando se cargan a alguien que les importa.

—¿Pena? En mi mundo, la pena lleva a la acción, nene, no a soltar lágrimas inútiles y demás beaterías por el estilo.

La puerta blanca se abrió y Powers Jones asomó la cabeza.

—¿Esperamos, o qué? —preguntó.

—¿O qué? —contestó Sundown. Se puso a dar vueltas por la habitación y se miró el reloj—. De todos modos, es la hora de Rochelle —añadió, y señaló a Jones—. Esperadme. —Dio dos pasos con sus largas piernas y llegó a la puerta—. Si quieres hablar conmigo, Shade, sígueme. Si no, adiós, renacuajo.

Salieron a la calle y Shade le hizo un gesto a Blanchette para que no se moviese de allí. Los dos hombres echaron a andar en silencio por la acera, una acera que a veces desaparecía y luego volvía a aparecer, como si fuera una montaña rusa levantada por las raíces de árboles eternos que no iban a dejarse impresionar por la simple presencia del hormigón.

—Tengo que recoger a mi hija —dijo Sundown—. No me gusta

que se pasee sola por aquí. Va a clases de piano al salir del colegio. Algún día será una especie de Keith Jarrett, solo que más guapa.

—Vaya, vaya.

Aquel era el mismo hombre, pensó Shade, que había jugado al fútbol americano en el instituto como un dios griego con alguna cuenta que saldar, una venganza personal que abarcaba a todos los que se atrevían a plantarle cara. Era famoso por sus palizas a los rivales que peor le caían, tanto si llevaban el balón como si estaban en el banquillo. Su estilo de juego bastaba para mantener con vida, a fuerza de castigos, los ataques más flojos, pero también paraba muchos a base de romper huesos. Tenía la velocidad de un *tailback*, a pesar de su tamaño, pero su juego demencial hacía que hasta los entrenadores más agresivos lo rehuyesen. Se rumoreaba que dirigía sus nuevos negocios, que iban de la usura al juego pasando por los robos variados, con esa misma lógica brutal.

A pesar de sentir un extraño respeto por la talentosa maldad del personaje, Shade aspiraba a ser quien lo expulsara del terreno de juego.

Varios chicos harapientos salieron de los callejones en bici y se pusieron a dar vueltas a su alrededor. Los chicos hacían caballitos y dejaban caer la rueda delantera a unos centímetros de los hombres. Acto seguido, llevaron su audacia aún más lejos hasta el punto de reclamarles alguna moneda de veinticinco centavos para dejarlos en paz.

—Si no me das nada, te dejo la marca de las ruedas en los zapatos —dijo uno—. Pero si me das una moneda de veinticinco centavos, pasaré al lado sin tocarlos.

Cuando les quedó claro que su chantaje no iba a reportarles ninguna ganancia, los pequeños emprendedores se volvieron a los callejones de los que habían salido.

—Escoria —dijo Sundown—. No pueden evitarlo. Nunca sabrán distinguir a Bartók de Bootsy's Rubber Band.

—Ya —contestó Shade asintiendo con la cabeza—. En esta vida no faltan motivos para estar triste.

La escuela databa de la época de la Gran Depresión, construida

con la destreza y la encantadora elegancia con que unos agradecidos artesanos habían contribuido de buen grado y a buen precio. Los ladrillos estaban ennegrecidos después de generaciones de humo y hollín, pero la Escuela James Audubon seguía conservando toda su personalidad.

—A lo mejor podrías aprovechar para venderles un poco de droga a los chavales —dijo Shade.

—¡Ja! —exclamó Sundown—. No estás al día, nene. Ahora son los maestros los que compran droga. La necesitan más que sus alumnos.

—Entiendo. O sea, que eres un garante de la educación pública.

—Tengo ese sentido cívico, sí.

Las canchas de baloncesto y el campo de béisbol situados detrás de la escuela estaban rodeados por una valla alta y unas puertas cerradas con candado después de la jornada lectiva, pero la democracia se había impuesto y alguien había hecho unos agujeros en la valla. Acababan de cerrar las puertas y una niña encantadora con un vestido amarillo, unos calcetines rojos que le llegaban por la rodilla y un fajo de partituras en la mano estaba esperando en la acera.

Shade pensó que aquello estaba siendo una pérdida de tiempo, exactamente igual que había pasado con Lester. La gente de Phillips estaba afectada, pero eso no les impedía estar atentos a cualquier ganancia que pudieran obtener. ¿Acaso se les podía reprochar?

—Rochelle —gritó Sundown.

La chica echó a andar hacia él. Sonrió de oreja a oreja y se puso a avanzar dando saltitos, pero enseguida recuperó la dignidad y adoptó unos andares más majestuosos.

Sundown se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Shade pensó que aquel era el mismo hombre que, según se rumoreaba en el más absoluto secreto, había atado a dos mafiosos de St. Louis por los brazos y los había tirado a un pantano remoto para que se hundieran entre las rocas.

—Hoy hemos escuchado a Chopin, papá —dijo Rochelle alegremente—. Pero hemos tocado «Yankee Doodle Dandy».

—Oye —dijo Shade—. Esto es muy tierno, pero necesito saber algunas cosas.

—Corrección: muchas cosas.

—Eso está muy manido. No llevo la cuenta. Podemos hablar aquí, como ciudadanos de a pie, o en la calle Segunda como lo que somos. ¿Qué prefieres?

—Anda ya —contestó Sundown—. No sé nada. Si lo supiera, ¿crees que estaría en mi oficina *hablando*?

—¿No estáis haciendo nada más?

Sonó el claxon de un coche, y Shade se giró y vio a Blanchette subiendo por la calle en el Chevy policial. Cuando el coche estuvo a la altura de Shade, se paró y Blanchette gritó:

—¡Vamos! Ha pasado algo en la Séptima, y es nuestro.

Sin mediar palabra, Shade se montó en el coche, aliviado por poder hacer algo de verdad, por poder enfrentarse a un problema que pudiera manejar.

Capítulo 11

Al final, reconoció el río. Llevaba muchos minutos corriendo cerca de él, pero solo entonces se dio cuenta de que aquel enorme fideo plano y turbio era una pista para volver al apartamento. Pero ¿iba en la buena dirección?

Jewel intentó ubicarse. ¿Iba hacia el este o hacia el sur? No había bancos de musgo a mano para aclarárselo, así que todo se reducía a cara o cruz. Tenía las mejillas coloradas y el sudor le caía a chorros por todo el cuerpo. El tupé rubio que solía lucir se había deformado, como peinado por la mismísima desesperación.

No, el sol está ahí. Eso es. ¡El sol está ahí!

Ooh, la cabeza del tipo estaba destrozada, pero a lo mejor no ha muerto.

Pero por aquí se llega a casa. ¡Ahí está el sol!

Aunque los pulmones le oprimían el corazón, echó a correr de nuevo. Siguió las vías del tren que discurrían en paralelo al río. La vegetación se espesaba entre las vías y el agua, pero al otro lado había almacenes con las ventanas rotas y llenos de hombres con fiambreras, y carboneras con techo y paredes con enrejados. Había demasiada gente. Algunos lo miraron. Tenían un aspecto extraño. La brisa zarandeaba fajos de papel que sonaban como gritos a lo largo de las vías. De vez en cuando, de detrás de los árboles asomaban cabezas desconfiadas y lo observaban antes de volver a desaparecer. Todo se había convertido en un extraño lugar de paso.

Me odian. Hablan de mí. Me odian y hablan de mí.

Pero vaya si lo he hecho.

Los pies se le hundían en la grava que había entre las traviesas y sus pisadas sonaban a un barullo de cadenas a las que iba a tener que acostumbrarse.

Cuando la asfixia del agotamiento ya se volvía insoportable, dobló una esquina y vio la cúpula de cobre deslustrado de una iglesia con una cruz ennegrecida encima.

Era allí.

Cabeza destrozada y cartuchos hablan de mí me odian a muerte.

¡Es allí! ¡Allí está la casa!

Pete Ledoux bajó con cuidado las escaleras de madera hasta el sótano y agachó la cabeza para no golpearse contra el techo. Aquel día había descubierto que incluso el plan más claro puede acabar deformado por los acontecimientos hasta convertirse en una ciénaga de confusión, y ahora quería pasarle la pelota a Steve Roque.

La señora Roque, una mujer cómplice y agradablemente regordeta, vestida con vaqueros y joyas, lo había acompañado hasta la puerta del sótano. En el sótano mohoso con paredes de hormigón pintadas de verde encontró a su jefe con pantalones cortos y camiseta, haciendo ejercicio para poner un poco de orden en la traicionera expansión de su barriga. Le explicó la situación mientras Roque hacía abdominales.

Al cabo de cien abdominales, Roque se puso de pie. Ledoux había acabado de recitar los acontecimientos del día y estaba sentado en una silla vieja, esperando en silencio.

Roque se pasó los dedos por el pelo gris y húmedo, cogió unas mancuernas y empezó a flexionar los brazos.

—Menuda cagada —exclamó entre dientes, más o menos cuando había flexionado quince veces los brazos.

—Eres muy fuerte, Steve —dijo Ledoux al darse cuenta de que las pesas eran de cuarenta kilos.

—Fiebre reumática —contestó Roque—. Perdí casi todo el pelo a los dieciséis años. Desde que me quedé calvo, me puse en serio con los músculos.

—No sé…, te queda bien estar calvo.

—Eso lo dices porque nunca me has visto con pelo. —Roque dejó las mancuernas en el suelo—. En realidad, yo tampoco me he visto nunca con pelo. De adulto, digo.

—A algunas mujeres les gustan los hombres calvos —dijo Ledoux asintiendo con la cabeza, como aprobando su punto de vista —. Aunque no sean feas y puedan conseguir a un tipo con pelo, prefieren estar con un calvo. No sería la primera vez que lo veo.

—Escúchame, capullo —dijo Roque con impaciencia—. No me vengas con chorradas, ¿estamos? —Roque se secó el sudor de la cara y el cuello—. O sea, me sube la autoestima y tal, pero ¿cuántos coños calculas que podría llevarme a la boca en la trena?

Roque tiró la toalla al suelo y se quedó mirando a Ledoux, que apartó la mirada.

—Pero a lo mejor piensas —prosiguió Roque— que podría ser feliz en chirona, en Jeff City, porque tuve suerte de quedarme calvo cuando estaba en el instituto. ¿Es que ahora está de moda ser calvo? Esta vez no tendré que estar solo en mi bloque de celdas. En el comedor habrá un montón de tipos con el culo blanco que querrán lubricarme la calvicie de ahí abajo, ¿no?

Encorvado, Ledoux se miró los pies con vergüenza.

—Ya te estás poniendo en lo peor, Steve. Nadie puede acusarnos de nada, *mon ami*.

—El chico puede acusarte a ti. Tú puedes acusarme a mí. ¿Qué te parece eso? —Roque se incorporó, abrió las piernas y se dio un golpecito en la barriga—. Una vuelta de la soga te lleva a la siguiente.

—Tienes razón. El chico es un problema.

—El chico es un problema para ti, capullo. —Roque se quitó la camiseta empapada y la lanzó hacia la lavadora y la secadora que había en un rincón—. Tú eres un problema para mí.

Con una mano sujetándose la barbilla y la otra abanicando el aire húmedo, Ledoux dijo:

—No veo que yo sea un problema para nadie.

—Mientras el chico sea un problema, tú eres un problema.

—El chico va a morir.

—Claro —dijo Roque—. Pero tú aléjate de él. Ya la has cagado a base de bien, ahora no podemos acercarnos a él. Hay demasiada gente buscándolo.

—Quizá podría hacer que se lo cargase su primo. Que se follase a su chica un par de veces y le llenase a él la cabeza de plomo. —Ledoux subió y bajó las cejas esperanzado e inclinó la cabeza hacia Roque—. Podríamos venderlo como el típico crimen pasional si la polla del primo sigue húmeda. Podría funcionar.

—No. Se te dan muy bien las chorradas, capullo, pero creo que paso del plan.

Roque se puso bajo la única bombilla e hizo estiramientos relajantes de izquierda a derecha. Tenía una especie de cráteres morados en la parte baja de la espalda y varias cicatrices finas que se le entrecruzaban en el pecho.

—¿Dónde te arrancaron esos mordiscos de la espalda?

—En el embalse de Chosin. En Corea. Una lluvia de mortero.

—Ah. Te quedan bien, en serio. A mí no me quisieron.

—¿Padecías del corazón o algo así?

—Nah. Soy un sinvergüenza desde la cuna. No quieren sinvergüenzas que reconozcan abiertamente que lo son. Deberías habérselo dicho.

—Ya. Pero por aquel entonces aún no era demasiado sinvergüenza.

—La guerra te hizo madurar, ¿eh, *mon ami*?

—La guerra o lo que fuera.

—Uno debe dedicarse a aquello para lo que tiene talento —dijo Ledoux—. Eso no es ningún pecado. —Señaló el pecho peludo de Roque—. Esos tajos en las tetas…: ¿también son de mortero?

—Nah. Son de cuchilla. Del barrio. Yo tenía mi propia opinión, pero debería habérmela callado.

Cuando acabó con los estiramientos, Roque se sentó en el banco de pesas. Tenía una expresión suave, relajada por el entrenamiento, y una gota de sudor tardía le caía por la nariz.

—Te voy a decir lo que tienes que hacer, imbécil. Y tú lo vas a

hacer.

—Ya sabes que sí. Si es que se puede.

—Créeme, nunca te he confundido con Superman. Esto es algo que puedes manejar. Ahora mismo no podemos ir a buscar al chico y darle por culo en el barrio. Allí nos conoce todo el mundo. Lo que vas a hacer es llamar por teléfono a Sundown Phillips y decirle quién es el tontolaba que ha apretado el gatillo. Dile que es porque no quieres malentendidos, solo porque el chaval se ha salido de los límites de Frogtown.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Serás tonto del culo. Ni siquiera me haces reír, ¿sabes? Usa el puto cerebro, ¿quieres? Dices algo así como que te han soplado que ha sido el chaval, para robarle o algo así, y que se lo entregas para estar en paz, nada más.

—Irán a matarlo.

—¡No me jodas! ¿Te he dicho ya lo tonto que creo que eres? O sea…, no me jodas, Pete. Con suerte, lo matarán.

Ledoux se levantó, con las piernas algo temblorosas, y asintió mirando a su jefe.

—Tú mandas —dijo—. Voy a hacerlo. Pero que conste que no me gusta decirles a esos negratas que pueden venir a Frogtown para cargarse a un blanco.

—Madura, Pete. Saca a los negros de tus pesadillas y madura. Los negocios son los negocios.

—Te he oído, pero no me gusta que vengan aquí por su cuenta para matar a un blanco. Podría ponerse de moda. No me gusta. Pero lo haré porque tú me lo has dicho. —Dejó de mirar a Roque—. Ninguna otra cosa podría obligarme a hacerlo.

Roque se tumbó en el banco de pesas y se protegió los ojos de la luz con las manos.

—Adiós, Pete. Es hora de cortar el cebo fresco y de pescar en profundidad. No te caigas al agua.

En el interior del coche hacía un calor achicharrante, y todo el

líquido que contenía su cuerpo parecía estar chorreándole por el cuello. Ledoux conducía por la calle adoquinada, llena de coches aparcados hasta el bordillo y con los chavales jugando al béisbol entre coche y coche que pasaba. Allí estaba todo: casas adosadas de ladrillo envejecido, gamberros ociosos y atléticos, coches con doce años y basura de tiempo inmemorial. Hogar, dulce hogar. Ledoux había protegido aquel territorio muchas veces a lo largo de su vida, desde que tenía diez años y los alemanes de la zona sur habían llegado en tres coches rápidos buscando venganza por algún desaire a su orgullo que ya llevaba mucho tiempo olvidado. Aquel día le había roto la muñeca un holandés muy serio que tendría por lo menos quince años, era el doble de grande que él y no le gustaba el juego limpio. Hubo muchos días de esos, y noches, y puestos uno detrás de otro formaban toda una vida.

Y ahora invitaba a Pan Fry a olvidar cuentas pendientes y a que fuesen a liquidar a un blanco. O dos, o tres. Ah, cómo cambian las cosas.

Pero mejor él que yo. Eso no había cambiado.

Algún día se las arreglaría para que ningún hombre pudiera tratarlo como lo trataba Roque. Ese era un plan de vida. Pero lo primero eran los negocios.

Paró junto a la cabina telefónica que había justo delante de la tienda de bebidas alcohólicas de Langlois. Las bisagras de la cabina chirriaron al entrar. Las paredes estaban adornadas con burlas e insultos de borrachos y varios números de teléfono garabateados de cualquier manera, pero enérgicamente recomendados. Pensó en cómo le había hablado a T. J. Crane una semana o diez días antes.

—Mira —le había dicho Ledoux mientras estaban en el vestíbulo del cine de Crane—, Roque te tiene pillado. No sé qué habrás hecho para que te tenga pillado, pero te tiene pillado por los huevos.

T. J. tenía la nariz estrecha a la altura del puente y acampanada en la base.

—Me traicionó otro negro —dijo—. Eso es lo único que Steve tiene contra mí.

—No creo que eso sea todo —contestó Ledoux—. Creo que es porque le debes dinero y no le has pagado. Steve es uno de esos tipos sensibles, ¿sabes? No le gusta que le den por culo.

—¿Y a quién le gusta?

—A ti, supongo —dijo Ledoux—. Te endeudas para montarte tu negocio de tráfico de coca y de actuaciones guarras en vivo, en este garito, solo que a Sundown Nosequé no le gusta que vayas por libre. Le tiene ojeriza a tu independencia. De hecho, por eso Roque te está usureando. Y luego te trinca la pasma, que parece saber en qué mierdas estás metido y en qué habitación. Y ahora me dices que no estás seguro de querer saldar tus deudas —añadió, señalando a Crane con un dedo—. A mí eso me suena a un tipo al que le gusta que le den por culo.

Crane se había apoyado en la barandilla de la escalera para descansar la pierna derecha, la que tenía jodida. Tenía caspa en el pelo y parecía que no había dormido bien últimamente.

—Necesitaba la pasta para untar unas cuantas manos. Sundown es un negro tacaño. No me dejaba establecerme por mi cuenta. Como si mi pequeño negocio fuera a evitar que un par de centavos le cayesen en el bolsillo. Por eso tenía que untar a unos cuantos, incluido Alvin Rankin.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Lo sé porque Alvin me llamó y me advirtió de que iban a hacerme una redada. Me dijo que no podía ayudarme, que tenía asuntos más importantes que atender. —Crane suspiró y negó con la cabeza—. Para mí que ese hombre es otra serpiente más. Le das tus votos y luego se olvida de dónde le han venido. Podría haberme defendido, pero Sundown lo presionó para que me dejase caer. Sé que fue así.

—Ya —dijo Ledoux—. Te compadezco, Crane. Me muero de pena, que te quede claro. Pero si quieres que te deje en paz, tienes que saldar tu deuda con nosotros. Sobre todo con Steve. Él preferiría cargarse a un moroso antes que comer pastel de manzana, no sé si me entiendes.

—Entiendo —contestó Crane—. Pero intenta ver las cosas

desde mi punto de vista.

—Lo que veo desde tu punto de vista es a un tipo que está metido en un marrón y que no hace nada por salir. Rankin te ha robado, gilipollas. —La palabra hizo que Crane levantase la cabeza —. Sí —prosiguió Ledoux—. Gilipollas. Ya lo he dicho. Eres un gilipollas. El tipo te robó para que siguieras siendo un peón y tú prefieres morir a vengarte de él. Porque sabes que vas a morir, ¿no? Si no te cargas a Rankin para nosotros.

—Tenía la sospecha.

—Es un hecho.

Crane se incorporó y echó a andar hacia la puerta.

—Hablaré con Steve. Sé que estoy metido en un lío.

—Tú y toda tu puta familia.

Pero Crane ya no estaba metido en ningún lío, pensó Ledoux con gravedad mientras metía las monedas en la ranura del teléfono y marcaba el número, sintiéndose peor de lo que se había sentido en todo el día.

Al tercer tono, descolgaron el teléfono.

—Constructora Phillips. Le habla Powers Jones.

—Quiero hablar con Phillips.

—No está. ¿Quién llama?

—Nadie.

—Eres Pete Ledoux, ¿no?

—¿Y?

—Si tienes algo que decir, dilo.

Se hizo un largo silencio, lo bastante largo para echar por tierra el trabajo de varias décadas.

—Sí, tengo algo que decir. Que no se te olvide decírselo a Phillips. Resulta que…

Capítulo 12

El gentío presionaba hacia delante y golpeaba el cordón policial formado por tres coches de policía. Las caras de los allí presentes eran una mezcla de horror y diversión. Miraban boquiabiertos el cadáver de T. J. Crane, unidos en su afición por las desgracias ajenas.

A las 17.46, los detectives Shade y Blanchette llegaron a la escena del crimen. Se acercaron a un puñado de agentes de uniforme y detectives en mangas de camisa que rodeaban el cadáver. Un policía que ya se iba agarró a Shade del brazo.

—¡Joder, qué carnicería! —exclamó el joven policía.

—¿Nunca habías visto sesos? —preguntó Blanchette.

—No tan desparramados.

El detective Tom Gutermuth, un tipo apacible con manchas en la piel que habitualmente trabajaba en el departamento de robos y que había sido el primero en llegar, le dijo a Shade que no había gran cosa que contar. Un chico rubio con ínfulas de Elvis, blandiendo una recortada, a quemarropa, dos disparos. Habían encontrado el arma y varios coches de policía estaban buscando al autor. La víctima era el propietario del cine Olde Sussex y había testigos.

—Un príncipe del porno —dijo Blanchette.

—Exacto —contestó Shade—. Creo que deberíamos detener a todos los que veamos con impermeables manchados.

—Y con papel del culo pegado a los zapatos.

Shade pensó que no iba a sacar nada en claro quedándose a

inspeccionar el cadáver, así que decidió hacer lo que mejor se le daba: seguir la pista del peligro por las duras calles y los imprevisibles callejones de Saint Bruno. Quizá la acción desembocaría en algún hallazgo que a la contemplación podría pasársele por alto.

Blanchette se quedó en la escena del crimen y Shade se marchó solo, a pie.

El pistolero rubio había causado impresión. Su paso había sido memorable y a Shade no le costó trabajo seguir su ruta desde el Olde Sussex hasta la calle Segunda. Shade daba unos golpecitos en las ventanas y les preguntaba a los que merodeaban por allí si habían visto a un blanco asustado con ojos de loco. Aunque la zona era una mezcla de razas, el ambiente era predominantemente negro. Los bajos que retumbaban procedentes de los equipos de música tenían una tonalidad sepia, y las voces, incluso las de los fulanos más blancuchos del barrio, sonaban a negro. Todos se acordaban del rubio, pero rara vez hablaban y se limitaban a señalar «hacia allí», en dirección al río.

Shade echó a trotar por las calles, sabiendo que su presa le llevaba casi una hora de ventaja. Las tiendas estaban casi todas cerradas y solo quedaban abiertos los bares, los Woolworth y los salones recreativos. Se paró a hacer preguntas en los recreativos y les dio a todos los aspirantes a listillos y a los tipos duros en ciernes la oportunidad de definirse por sus respuestas. Payasadas adolescentes e insolencia ramplona. Shade no tenía tiempo para esas cosas, así que volvió al río, esta vez a la carrera.

Estaba yendo hacia el límite de Frogtown. El rubio parecía haber puesto rumbo al río y, una vez allí, solo podía ir hacia el sur o hacia el norte, a Frogtown. El instinto y su larga experiencia llevaron a Shade a elegir la opción norte.

La calle Rousseau discurría en paralelo al río. Era una calle llena de almacenes, albergues para vagabundos y misiones católicas, poblada de borrachos, cenizos perpetuos y un par de personas que no eran santos precisamente. Las carboneras que flanqueaban las vías del tren proporcionaban un refugio a los vagabundos que no

podían permitirse un albergue y se negaban a cometer perjurio en la cuestión divina a cambio de un plato de sopa y una litera con manta verde. El darwinismo urbano funcionaba a pleno rendimiento bajo la lúgubre luz de aquel lugar, y los malvados se imponían con su furia sin límite, mientras los débiles se hundían en silencio.

Shade se acercó a un cuarteto de hombres que participaban de la misma mezcla de frustraciones mezquinas y derrotas narcisistas. Dos de los hombres tenían el pelo gris y los rasgos apelmazados por el paso del tiempo, y los otros iban camino de sufrir esa misma transformación.

—Un rubio ha pasado por aquí —dijo Shade—. Seguramente iba corriendo. ¿Lo habéis visto?

—Yo no he visto a nadie que quisiera ver desde que murió Glenn Miller —contestó uno de los hombres de pelo gris.

—Rubio, ¿eh? —dijo uno de los hombres menos canosos—. Rubio. Mi amigo Terry es rubio. Rubio en plan agua sucia. Me cae bien, y yo le caigo bien a él. Pero vive en Memphis, ¿sabes? No está aquí.

—Ya —respondió Shade, y se dirigió a un miembro del grupo que parecía más joven—. ¿Has visto al chico del que hablo?

El hombre negó con la cabeza.

—Nunca he visto a nadie. Lo hago por principio, ¿sabes?

—Ya lo suponía —dijo Shade, y se alejó al trote.

Un poco más adelante, en la misma calle deslucida, Shade se acordó de las mañanas de su juventud consagradas a un deporte con piedras y burlas que se cebaba en los desgraciados que dormían la mona entre los árboles que había junto al río, y decidió buscar entre esos árboles. Se paró ante la Sagrada Orden del Hombre, un garito católico para echarse un sueñecito, y decidió que harían falta demasiados agentes para un registro en condiciones.

Oyó un ruido y, al girarse, vio a un hombre con ojeras que parecían huellas de pulgar moradas haciéndole señas desde la puerta de la Sagrada Orden.

—Eres de la pasma —dijo el hombre con aspereza. Su piel tenía la palidez propia de la enfermedad, o del ascetismo, y se había

afeitado la cabeza recientemente—. Te he visto ahí plantado con el pulgar metido en el culo y me he dicho: «Ese tipo es un pasmarote». —El hombre frotó una cerilla contra el alféizar de la ventana y se encendió un cigarrillo—. ¿Tengo o no tengo razón?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Shade, aunque su experiencia le decía que la capacidad de identificar a un policía no era una habilidad tan poco habitual.

—Soy un lego —contestó el hombre, enseñándole los dientes amarillos—. Pero hubo un tiempo en que me colaba por la ventana de la primera planta y volvía a salir con tu televisor RCA y tu paquete de condones mientras tú meabas las dos cervezas que te habías tomado. Un buen día, un ciudadano no clavó el canalón de su casa como Dios manda y me caí. —Soltó el humo y asintió con la cabeza—. Me pillaron, pero me desperté iluminado por nuestro Señor.

—Sus caminos son inescrutables.

—Y los clavos eran de los baratos.

—Estoy buscando a alguien.

—¿No me digas?

—Un chico rubio. Está huyendo.

—¿Ha hecho algo malo?

—Sí —dijo Shade—. Ha hecho algo malo.

—Estoy seguro de que nuestro Señor aún lo ama.

—Nuestro Señor debería haberle impedido hacer lo que ha hecho.

El hombre inhaló con un silbido, se encogió de hombros y exhaló una serpiente de humo.

—El Señor no es tan posesivo. Eso es lo bueno del amor de nuestro Señor, ¿sabes? No es nada pegajoso, se mantiene al margen de estos asuntos.

—Hum —gruñó Shade—. Ya me he dado cuenta.

—Pero ahora soy un hombre nuevo. Te diré una cosa: he visto al pecador que buscas.

—¿Hacia dónde ha ido?

El hombre señaló hacia el norte, siguiendo las vías del tren.

—Hacia allí. Había visto al diablo. Se notaba en su mirada, y avanzaba tambaleándose. —El hombre miró a Shade a los ojos y asintió con la cabeza—. Jamás de los jamases había ayudado a la pasma, pero ¿sabes qué? No me siento mejor ahora que lo he hecho, polizonte.

—Pues sigue haciéndolo hasta que termine tu libertad condicional, ¿vale?

Shade se fue a buen paso. Solo faltaban unas cuantas manzanas para llegar a Frogtown y recorrió esa distancia rápidamente. Se fue cruzando con varias personas que intuyeron que perseguía a alguien, se pararon y señalaron hacia el norte, hacia el barrio en el que había pasado toda su vida. Un manchurrón de casas y recuerdos, fracasos y conquistas rancias, un pedazo de tierra que conocía mejor que a su propio padre.

En cualquier caso, había hecho más que este último para guiar sus pasos.

Capítulo 13

Powers Jones, el pistolero color caramelo con la ropa de motivos florales de los mares del sur, bajaba por la calle Voltaire como un huracán sigiloso. Hizo una parada en el Challe & Stroke. La puerta estaba abierta con la esperanza de que entrase la brisa, pero solo entraban moscas. Powers se paró en el umbral y observó a la clientela. Era el tipo de sala de billar en la que, antes de respirar el aire, se imponía estrecharle la mano, y el humo espeso le daba esa cualidad. Como allí no había nada que le interesase, Powers Jones siguió su camino.

Una camioneta Ford iba siguiendo al forastero tropical unos metros por detrás. De vez en cuando, él le hacía una seña y negaba con la cabeza. Al final, Powers se detuvo delante de una estrafalaria peluquería y levantó la vista hasta una ventana destartalada donde brillaba una única luz. Le hizo una señal al conductor de la Ford para que aparcase un poco más adelante, a unos coches de distancia, y luego fue andando hasta allí.

Abrió la puerta trasera y se instaló en el asiento. Había dos jóvenes negros en el asiento delantero. Powers apoyó los codos en el respaldo y se inclinó hacia delante.

—Aquí se esconde el granjero —dijo—. Ya es hora de ganarse las habichuelas. El conductor echó un vistazo a la calle girando el cuello con tanta rigidez que parecía paralítico. El otro cómplice, claramente un novato en el escuadrón de la muerte, estaba visiblemente nervioso.

—Yo solo vigilo la puerta —dijo—. Ya lo he hecho antes.

Powers Jones se encendió un Salem y se apoyó en el respaldo.

—Yo haré lo que haya que hacer. Relájate, Thomas. No podemos entrar hasta que estemos seguros de que el pimpollo está en casa.

—La luz está encendida —dijo Thomas.

—Sí, bueno… Podría ser para disuadir a los ladrones, ¿sabes? Esperaremos hasta estar seguros de que está ahí dentro.

—¿Y eso cuándo será?

—Je, je —se rio Powers—. Será cuando ese blanco idiota asome la nariz por la ventana. Y lo hará, si es que está ahí, porque estará acojonado, y además tiene que ser tonto del culo. Je, je. —Powers Jones apoyó los pies en el asiento delantero de tal modo que se quedaron colgando entre los dos novatos—. Es tan tonto que todo el mundo quiere verlo muerto.

Suze se apoyó en la puerta del cuarto de baño y volvió a llamar. Llevaba su bikini azul con lunares blancos que se movían al andar. Se inclinó hacia el pomo de la puerta como si fuera un interfono.

—Vamos, cariño —dijo—. Sal de ahí. Es tu plato favorito: palitos de pescado y okra frita. —No hubo respuesta—. ¿Tienes ganas de vomitar? Hace un rato lo parecía. No comas en esos bares de por aquí. Los he visto dar de comer a los gatos por la noche, pero no tienen cara de ser tan amables. Come solo cosas envasadas. Es más higiénico.

Jewel había llegado media hora antes con el pelo revuelto, la cara roja como la sangre allí donde no estaba mortalmente pálida y toda la ropa mojada. Lo primero que hizo fue sacar la pistola de la cómoda. Suze le había preguntado qué pasaba. Él había sonreído de una manera tan rara que a ella le había dado un vuelco el corazón.

—Oh, solo voy a comprobar una cosa, nada más.

Desde entonces, había estado metido en el cuarto de baño y en silencio.

—Oye, Jewel…, ¿lo tiro o qué? Ya sabes que luego no está crujiente.

Sonó el pestillo y se abrió la puerta. Jewel se había peinado y lavado la cara, pero tenía un tic en los dos ojos.

—Este es mi chico —dijo Suze, y le echó los brazos al cuello. Se inclinó hacia él lascivamente y frotó las tetas contra su pecho. Metió la pierna derecha en el acogedor hueco que dejaban las piernas abiertas de Jewel e hizo que sus ingles se rozasen—. Mmmm.

—No he comido gato —dijo él fríamente—. Qué asco.

—Bien. Eso está bien. Te he preparado tu plato favorito. —Suze empezó a restregarse de manera insinuante contra las zonas sensibles de Jewel, luego se metió un dedo en la boca e intentó parecer seductora—. Nene, esta mañana me has puesto cachonda y me has dado algunas ideas. Las he tenido durante todo el día. Eso ha hecho que tu dulce magnolia se pusiera…, en fin…, húmeda.

Jewel apoyó la mano en la pistola que llevaba en el cinturón y apartó a Suze.

—No tengo ganas de vomitar.

Suze soltó una risilla.

—Para serte sincera, me la he secado haciéndome un dedo porque no sabía cuándo volverías. —Se acercó a él y lo miró a la cara —. Dos veces. Y estaba empezando a hacerle ojitos a la botella de kétchup —dijo, y se echó a reír.

—Creo que no me entra la comida —contestó Jewel, y se dio la vuelta—. En este mundo hay cosas que pueden impactarte mucho, chica.

—Ay, Jewel —protestó Suze, y se acercó al sofá—. ¿Qué es lo que te pasa? —Se dejó caer en el sofá, segura de que sus planes para la noche se habían cancelado—. ¿Qué pasa?

—Cosas de hombres.

—¿Has conocido a una chica que tiene coche, o qué?

—Ya te lo he dicho: cosas de hombres.

—Bueno, eso no me dice gran cosa, ¿sabes? ¿Has estado jugando al béisbol, o matando conejos, o qué?

Jewel se acercó a la ventana y asomó la cabeza entre las cortinas. Aún no era de noche y había mucha gente en la calle, pero ninguna de aquellas personas le interesaba lo más mínimo. Volvió al sofá y se

sentó en el grueso brazo acolchado.

—¿Has robado algo, cariño?

—No preguntes.

—No sería la primera vez, y no te han pillado. No te preocupes por eso. Aquí hay muchos más ladrones que en Willow Creek. No creo que vayan a sospechar de ti.

Jewel se sacó la pistola del cinturón y la dejó en el sofá, a su lado. Vio que la guitarra con la cuerda rota seguía en el suelo, donde había caído cuando él la había tirado esa misma mañana. Se quedó pensativo mientras la miraba, con un dedo inmóvil junto a la nariz.

—Jewel, dime qué es lo que pasa.

—No estamos casados —dijo por fin—. Podrían obligarte a delatarme.

—Pero yo no haría eso. Yo nunca haría eso.

—Ya —contestó Jewel, y se puso en pie—. Claro —añadió, y empezó a pasearse por la habitación, hasta que se detuvo de pronto —. ¿Sabes algo que no deberías? ¿Qué sabes?

Un estruendo inesperado retumbó procedente de la puerta del apartamento, luego otro, y la puerta se tambaleó como si estuviera borracha hasta que se abrió. Un ramo de flores con un hombre dentro cruzó el umbral apuntándolos con una pistola de cañón largo.

Jewel echó a correr hacia la parte de atrás del apartamento. Al fondo había una ventana con cristales ahumados que no había conseguido abrir, y tampoco sabía adonde daba, pero un miedo sutil lo empujó instantáneamente en esa dirección.

—No habléis —les advirtió Powers Jones, y disparó a Jewel para intentar darle entre las sombras.

Suze se puso a chillar, se echó hacia atrás sobre el sofá para tapar la pistola y se hizo un ovillo. La postura tensó su minúsculo bikini.

Powers la apuntó con la pistola.

—Oh, sí —dijo, y siguió a Jewel.

Thomas entró con una automática plateada en la mano. Movía los pies como si estuviera apagando un matorral en llamas, y la pistola apuntaba a todo al menos una vez.

Obviamente, la maldita ventana no quería abrirse, tal como

había supuesto Jewel, ni siquiera con su vida en juego, y lo único que encontró cerca fue una sartén con una espesa capa de grasa de cerdo. La agarró por el mango de madera y se puso a golpear la ventana con ella mientras la grasa de cerdo y los fragmentos de cristal le salpicaban los brazos y el pecho.

—¡Seguro que tiene una pistola! —gritó Thomas—. ¡Cuidado!

Powers Jones avanzó lentamente pegado a la pared del pasillo mal iluminado, esperando el momento del encuentro, que duraría una fracción de segundo, pondría fin a todo aquello y supondría un aumento de sus honorarios en el futuro.

Jewel seguía dando sartenazos y se oía el ruido de cristales cayendo al suelo.

A Suze se le clavaba la pistola en la parte baja de la espalda y le producía un dolor sordo. Su mano la encontró y un instinto básico de lucha se apoderó de ella. El negro de la camisa floreada era indudablemente el más peligroso, esto le llevó solo un segundo decidirlo, así que bajó rodando del sofá, consciente de que la vida era un milagro, y se puso a disparar hacia el peligro más cercano.

Las balas impactaron en las paredes del pasillo y, al abrir agujeros en el techo, hicieron que cayese una fina niebla de yeso.

—¡Está disparando! —gritó Thomas—. ¡A por ella!

Powers Jones se vio de repente con la barriga jadeante pegada al suelo en el pasillo en penumbra de la guarida de un paleto asesino de negros, con un inútil por compañero y una perra blanca que intentaba cargárselo a bulto.

—¡Ayúdame un poco! —gritó—. ¡Maldita sea, Thomas, la tienes al lado! —No hubo respuesta—. ¡Thomas!

La puerta del baño tenía cerrojo, como sabía cualquiera que se hubiera retocado el maquillaje a hurtadillas, y los cerrojos impedían entrar a la gente. Suze dio un salto acrobático hasta el baño, cerró de un portazo y echó el cerrojo. Se puso de cara a la puerta y se hundió en un rincón entre la bañera y el váter, con las piernas abiertas y la pistola en el regazo.

Powers Jones se puso de rodillas y se quedó parado.

La ventana daba a la trastienda de la peluquería de la planta baja

y a un callejón. Aún quedaban trozos de cristal cortantes en la ventana, pero Jewel saltó por ella y cayó unos dos metros hasta el tejado de abajo. Se hizo cortes en los dos costados, pero los cortes no le dolieron tanto como el golpe del aterrizaje.

Powers Jones abandonó el sigilo y la sangre fría y corrió hasta la ventana del fondo para asomarse. Disparó dos veces y vio cómo Jewel rodaba por el techo y desaparecía. Una mujer con el pelo azul, que estaba en el callejón dándose toquecitos en su nuevo peinado mientras se miraba en un espejito, se puso a mirar la ventana con una mueca de estupor.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Powers la miró a los ojos y negó perezosamente con la cabeza.

—Olvídame —le dijo.

Echó a andar hacia la entrada del apartamento. Thomas seguía en la habitación y apuntaba con la pistola hacia la puerta del cuarto de baño.

—Ahí —dijo—. Está ahí.

Powers Jones fulminó al joven con la mirada, pasó rápidamente por delante de él y salió por la puerta.

—Espera, tío —dijo Thomas—. He vigilado la puerta, ¿no?

Miró del baño a la salida, indeciso, y disparó a la puerta tres veces. La madera se astilló, algo grueso se rompió y se oyó un grito agudo y luego un gemido. Thomas salió del apartamento andando hacia atrás, con la pistola lista, por si acaso la zorra herida volvía a la carga. Cuando llegó a la puerta se giró y, al ver que se estaba quedando atrás, se estremeció y echó a correr.

Capítulo 14

Solo puede ser vudú, pensó Jewel. Algún tipo de vudú asociado a las nubes, o quizá a las palomas de la ciudad. Algún tipo de magia negra, eso seguro… Si no, ¿cómo iban a encontrarme tan rápido?

Jewel avanzaba por el callejón con unos andares originales que aunaban el sigilo de un coro entero y la urgencia de una diva paranoica. Corría, se tiraba al suelo, se ponía a cubierto, miraba hacia los tejados y luego se levantaba y corría un poco más.

Los costados no le dolían, pero a ratos notaba un molesto escozor. Se puso las manos sobre los cortes, una en cada michelín, e intentó detener la hemorragia. Para no dolerle mucho, los cortes sangraban una barbaridad.

La noche empezaba a desplegar un velo protector de oscuridad, pero Jewel no pasaba inadvertido. La acera estaba llena de gente que se había pasado la vida mirando hacia otro lado sin dejar de fijarse en el estilo de los zapatos y en el potencial de la billetera de aquellos a los que no habían visto en su vida, agente, se lo juro por mi madre.

Jewel era consciente de la presencia de todo el mundo. Al taparse las heridas de los costados con las manos, por las yemas de los dedos le corrían gotas de sangre que veía caer al suelo. La trayectoria que seguía el bombardeo del contenido de sus venas sobre la acera le hacía pararse de vez en cuando. Se quedaba inmóvil e impotente mientras crecía el peso de las gotas y suavemente movía el cuerpo para apuntar a grietas, colillas o fragmentos de vidrio.

Aquel lugar le resultaba demasiado extraño. La gente pasaba a tu lado, con la cabeza vuelta hacia otra parte, pero todos sabían que

estabas huyendo. Si levantas la vista, ves que te miran. Si te caes, se acercan. Son así. Se nota.

Cuando Jewel había recorrido tres calles hacia el este y ya le divertía menos regar la calle con su propia sangre, se apoyó en una cabina telefónica para descansar. Intentaba pensar, pero no se atrevía a sacar conclusiones. Sus pensamientos le parecían torpes y débiles, y su gran error había sido creer que eran ágiles y fuertes. Ahora lo veía claro, y sospechar de su propio cerebro tenía un efecto paralizante. Se golpeó la cabeza con las manos ensangrentadas, preguntándose de parte de quién estaba su cerebro.

Jewel apartó la mano del cristal de la cabina y vio que había dejado la huella ensangrentada de la palma. Levantó el codo y emborronó la huella, pero una idea que le rondaba la cabeza salió de pronto a la superficie y lo dejó paralizado. Era lo único que se le ocurría. Rebuscó en los bolsillos y vio que tenía algunas monedas sueltas. No habían arrancado la guía telefónica de la cabina, y eso también le pareció un buen augurio.

Jewel encontró el número y lo marcó con los dedos temblorosos.

Al sexto tono, descolgaron el teléfono y oyó la voz de una mujer que hablaba como la gente de ciudad.

—Sala de billar de Kelly. Kelly al aparato.

—¿Cómo? ¿Dónde estoy llamando?

—¿A quién buscas, amigo?

La mano libre de Jewel intentaba imponer disciplina en su cabeza dándole tirones de pelo.

—¡He sacado el número de la guía! Estoy buscando a Pete.

—¿Pete? ¿Pete el jugador de billar? Claro, suele estar aquí, pero ahora no está.

—¿Sabe dónde vive?

La risa de la mujer hizo que Jewel echase de menos los cruces de caminos rurales con tiendas pequeñas, mujeres educadas y *sheriffs* amables que te guiñaban el ojo los sábados por la noche.

—Imbécil —dijo por fin la mujer—. Vive aquí.

—Es el número que he marcado.

—¿Eres Cobb?

Oh, no, pensó Jewel.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque Pete el jugador de billar te está buscando, gilipollas. Por eso. —La mujer hizo una pausa y a continuación su voz pareció mostrar interés—. ¿De dónde eres, Cobb?

La repentina amabilidad en su tono de voz sumió a Jewel en la nostalgia.

—De un bonito pueblo que se llama Willow Creek.

—¿No me digas? Contándote a ti, seguro que allí hay un montón de hijoputas tarados.

—Oiga, señora —dijo Jewel, dolido—. ¿Qué le pasa? Si ni siquiera me conoce…, ¿por qué tiene que ser tan borde? A lo mejor soy el vivo retrato de su tío favorito.

—Pobre corderito. Soy Peggy, la mujer de Pete, y no soy amiga de nadie que sea amigo suyo.

—Oh, no soy amigo suyo. Solo lo estoy buscando, nada más.

—Prueba en el Catfish.

—¿El qué?

—El Catfish Bar. Está en la calle Lafitte, junto al río. Si no me equivoco, y dudo mucho que me equivoque, estará allí, empinando el codo.

Jewel oyó el chasquido del teléfono, pero aun así dio las gracias antes de colgar.

Capítulo 15

Cerca de la esquina que formaban las calles Lafitte y Clay, Shade vio a un hombre bajito y sombrío al que reconoció como Claude Lyons. Lyons estaba sentado en el capó de un Toyota abollado frente a la entrada de un edificio de piedra blanca, bebiendo Tab de una botella de plástico de litro.

Shade se sentó a su lado con los brazos cruzados.

—¿Cómo va eso, Claude?

Lyons levantó su cara roma y casi sonrió. Tenía el pelo castaño, abundante y esponjoso, y su cuerpo era menudo y ancho.

—Hola, René. Estás haciendo un sondeo por el barrio, ¿eh? Pensaba que a estas alturas ya habrías triunfado en la vida.

Shade asintió, aunque no lo entendía del todo.

—¿Está muerta? —preguntó Lyons.

—¿Quién?

Tras darle un trago a la bebida sin azúcar, Lyons miró a Shade con gesto ceñudo.

—He oído que han sido los betunes. Pensaba que esa mierda ya se había acabado. Si es que está muerta, claro. Dímelo tú.

—¿De qué estás hablando, Claude?

—La chica a la que le han disparado los betunes en la calle Voltaire. —Lyons apoyó una mano en el brazo de Shade y se inclinó hacia él—. Puedes decírmelo. ¿Es verdad que estaba preñada?

—¿Dónde dices?

—En Voltaire, tío. ¿Es que estabas por ahí de pesca, o qué? Hace un rato han venido un montón de betunes y han matado a una

chica preñada ahí mismo. La bala ha atravesado la cabeza del bebé y han muerto los dos.

—¿Estás seguro?

—Me lo ha contado Leo en el supermercado.

—Tengo que ir a verlo.

—No me jodas, tío —dijo Lyons—. Créeme, René: a nadie le hace gracia que esta mierda haya vuelto a empezar. Pensaba que ya estaba solucionado.

Shade echó a andar rápidamente hacia la calle Voltaire con todos los sentidos alerta para detectar algo raro, porque claramente se estaban dando demasiadas casualidades que no auguraban nada bueno. Estaba habiendo más tiroteos en un breve espacio de tiempo de los que había tolerado Saint Bruno desde que Auguste Beaurain había barrido a aquel hatajo de conspiradores italianos de St. Louis en 1967. Y aquel combate había tenido al menos una faceta mutante de orgullo cívico del que carecía por completo la matanza actual.

Los clientes aburridos del Chalk & Stroke seguían en la acera, evaluando los méritos de lo que acababa de pasar en la acera de enfrente. Estaban plantados en grupitos sombríos como boquiabiertos fedatarios de la leyenda del barrio, absorbiéndolo todo para ofrecer futuras e incontables versiones de los hechos. Shade se abrió paso entre ellos y oyó varias voces airadas que hablaban de venganza.

Había dos policías de uniforme junto a la estrecha puerta que llevaba a la planta de arriba, entre la peluquería de Connie y la tienda de antigüedades Olde Frenchtown.

How Blanchette estaba bajando por la escalera cuando llegó Shade. Al verlo, se puso a negar con la cabeza y levantó las manos carnosas al cielo.

—Shade, te estaba buscando. Algo está pasando, nene, y no sabemos qué es.

—¿Qué ha pasado? Un tipo me ha parado en la calle Lafitte y me ha dicho que se han cargado a una mujer aquí mismo.

—Nah —dijo Blanchette.

—Unos negros.

—Esa parte ya se acerca más a la verdad. Pero la chica, una muchacha de pueblo con ropa interior de lunares y unas tetas grandes como tu cabeza, no va a morir. Estaba cubierta de sangre, pero no está tan malherida.

Shade señaló hacia la planta de arriba.

—¿Hay algo que ver?

—Sangre. Una guitarra. Unos palitos de pescado fríos.

—Uf.

—¿Quieres saber quién es la chica?

—Dime quién es, How.

—Vale. Se llama Susan Magruder. Es más conocida como la parienta de un tipo duro, un granjero llamado Jewel Cobb. —Blanchette se echó a reír—. Por el nombre podrías imaginarte que es un negro con el pelo a lo afro, pero te equivocarías. En realidad, tiene unos veinte años y, creo que esto te va a interesar, ninguna fuente de ingresos conocida y una mata de pelo rubio que se peina hacia arriba como una especie de Elvis fantasma.

No le sorprendía en absoluto.

—Tenía la sensación de que podría ser un tipo como ese.

—Se presentan dos o tres negros —dijo Blanchette— y el rubio se tira en plancha por la ventana de atrás. Deja a doña Tetas a su suerte y ella se esconde en el baño. Solo que uno de los negros ya se conocía el truco y le manda un par de mensajes de buena voluntad a través de la puerta. A la pobre se le han clavado algunas astillas en los hombros y una bala le ha arrancado un trozo de muslo. —Blanchette señaló con la cabeza a una mujer de pelo azul que estaba sentada en un coche de policía—. Ella ha visto al tipo blanco saliendo por la ventana de atrás y a uno de los tipos que intentaban matarlo. Está un poco indignada, ¿sabes? Es una señora del barrio de toda la vida y no le parece bien que unos betunes vengan hasta aquí para matar a un blanco, aunque sea un forastero.

Aunque la noche ya había caído casi por completo, el calor del día persistía, el pelo se pegaba a las frentes sudorosas, los ánimos andaban revueltos y el alivio se hacía de rogar.

Shade pasó varios minutos hablando con la señora Prouxl, la

mujer del pelo azul. Ella le contó que acababa de salir de la peluquería donde no Connie, sino su ayudante, Hank, le había hecho un nuevo peinado que realzase sus ojos, que eran su mejor rasgo, o al menos eso le habían dicho siempre, cuando aquel hombre rubio, un chico, en realidad, salió volando como un ladrillo por la ventana de la primera planta y, un segundo después, uno de nuestros iguales ante la ley asomó su cara de negro por esa misma ventana e intentó matarlo sin ningún motivo. ¿Cómo podía haber motivo para eso? Además, el chico blanco parecía estar sangrando, aunque no sabía si por efecto de una bala o de otra cosa, y esa historia tan fea hacía que se alegrase de que no le quedara mucho tiempo de vida, porque en sus tiempos esto no habría pasado, y si la vida moderna era esto, prefería cambiar de canal a lo grande.

Shade se lo agradeció tan efusivamente que le dio un poco de vergüenza. Luego fue a buscar a Blanchette.

—Sigue sin tener sentido —dijo Shade—. Pero algunas cosas empiezan a cuadrar.

—Ya. —Blanchette se chupó los labios, pensativo—. Lo de Crane y ese tal Cobb, sí, pero ¿todo esto tiene alguna relación con lo de Alvin Rankin?

—¿Tú qué crees?

—Creo que sí.

—Y yo.

Shade vio que la señora Prouxl se alejaba y la paraban un par de espectadores de la acera de enfrente para preguntarle algo, pero ella agarró con fuerza el bolso y ni se giró hacia quienes la habían interpelado.

—La abuela me ha dado algunas ideas. Voy a mirar en el callejón.

—Eso ya lo hemos hecho.

—Pues lo haré de nuevo. Para asegurarme.

—Si eso te hace feliz… ¿Te espero?

—No.

El callejón era un bache que habían llenado con unas cuantas paletadas de grava y, situado como estaba a la espalda de la

destartalada calle Voltaire, ofrecía una bonita vista de nada bonito. Los cubos de basura que había detrás de la peluquería olían a permanente y a un frasco roto de alguna colonia.

La ventana rota por la que había salido Jewel estaba iluminada por una bombilla sin lámpara dentro del apartamento. Shade vio el marco lleno de trozos de cristales con los que debía de haberse cortado. La caída hasta el callejón no era mortal, pero el chico podría estar herido.

Siguió el callejón hasta la salida sur, giró a la izquierda, se puso en cuclillas bajo el escaparate bien iluminado de una tienda de dónuts y examinó la acera. Todavía en cuclillas, caminó envuelto en aquella fragancia pastelera y atrajo las miradas de interés de unos cuantos transeúntes. Entonces vio lo que buscaba. Mojó un dedo en la húmeda prueba y lo levantó a la luz. Sangre.

El rastro rojo oscuro, aunque poco definido y visible solo a veces, no era difícil de seguir. Shade siguió el rastro por varias calles y dobló esquinas hasta que llegó a una cabina telefónica con un desenlace sanguinolento emborronado a la altura del pecho. Miró en la cabina, pero solo encontró una guía telefónica cerrada y más manchas de sangre. Sabía que, si la hemorragia no paraba pronto, Jewel Cobb estaría débil. Claro que el chico podía encontrar un taxi o a un amigo y desaparecer, pero por el momento el rastro de sangre era su única pista.

Una manzana después, se le agotó la suerte y el rastro desapareció. Era en la esquina de las calles Rousseau y Clay, pero en diagonal con Lafitte y un callejón. Desde allí, el chico podía haber ido en una docena de direcciones, y sin el rastro delator era imposible saberlo.

Shade se apoyó en una farola y respiró lo que pensaba que sería una saludable bocanada de aire nocturno, pero resultó ser una potente inhalación hedionda. El calor estaba haciendo que el río se condensase y se pudriese en su propio jugo. Shade hizo una mueca, se olió la camisa y volvió a poner la misma cara, solo que no tanto.

El Catfish Bar estaba solo a una manzana, en la calle Lafitte. Shade decidió que su labor de detective se beneficiaría de la

aportación de un par de jarras de cerveza fría y llegó a la conclusión de que el tal Cobb podría haber ido en aquella refrescante dirección, igual que podría haber ido en cualquier otra.

Pasó por delante de la sala de billar de su madre y de su propio apartamento. Se paró para mirar por la ventana y vio que las mesas estaban echando humo y que su madre estaba sentada en su taburete fumando un largo cigarrillo negro. Aquella había sido su casa desde que tenía uso de razón, pero no siempre. Los Shade habían vivido anteriormente en una casa dos calles más arriba, con un patio interior y un sótano con suelo de cemento, hasta que un buen día por la mañana su padre, John X., le había revelado a su madre que, tras mucho meditarlo, había llegado a la conclusión de que su verdadera naturaleza, la auténtica, era vagabundear río arriba y río abajo y conocer a más de una muñeca, aunque tampoco iba a conformarse con más de una si la mezcla no era picante. Por eso no la dejaba por otra mujer, sino por las mujeres en general, por una pura cuestión animal, así que no tenía que pensar mal de él, porque lo que tenía era un problema que debía resolver por su cuenta, ¿o es que no lo veía? Pero mandaría dinero, claro, siempre que la bola nueve, la de la sonrisa amarilla, entrase en la tronera. De aquello habían pasado veinte años y, por lo que se ve, las bolas nueve modernas debían de estar pegadas al fieltro.

Shade se quedó mirando por la ventana unos segundos más y luego siguió su camino.

Cuando entró en el Catfish, pensó que su hermano podría hacerle pasar un mal rato. Estaba preparado para aguantar la tensión. Se sentó en un taburete hasta que Tip lo vio. Tip vaciló durante un segundo y se mostró deliberadamente inexpresivo, pero luego le sonrió.

—Hola, René, ¿cómo estás?

—Acalorado —dijo Shade. Miró a su hermano a la cara, ancha y de tipo duro, y vio amabilidad. Qué raro. Porque incluso cuando Tip estaba contento, tendía a fruncir el ceño, y ahora estaba haciendo una imitación de la Mona Lisa, solo que con el cuello más grueso y la cara picada de viruelas—. Esta ciudad se ha vuelto loca.

—Ya —contestó Tip—. Algo he oído. —Se encogió de hombros—. Supongo que ha llegado la hora. Las cosas tienen que volverse locas cada pocos años solo para que alguien pueda intervenir y ponerlo todo en su sitio.

—La típica reflexión filosófica de barra de bar —dijo Shade—. Ponme una cerveza de barril.

Mientras Tip iba a por la cerveza, Shade se giró para echar un vistazo al local. Si los rubios brillaban por su ausencia, no hablemos ya de uno que encima imitaba a Elvis. En un rincón había una mesa de parroquianos aficionados a la combinación de chupito y cerveza que se habían cortado el pelo a lo presentador de informativos y llevaban trajes que estaban ya muy atrás en la cresta de la moda. Hablaban a gritos de la necesidad de sentar cabeza y conseguir un trabajo de verdad mientras pedían un martini tras otro para ir practicando. Se reían tanto que resultaba evidente que esos trabajos de verdad no amenazaban con caer en sus manos a corto plazo.

Bonne chance en el frente ejecutivo, pensó Shade. Pero tened las palas a mano, chicos, y no perdáis los guantes de trabajo de doble capa.

Tip puso la cerveza delante de Shade. Este se giró y bebió con ganas. No podía permitirse el lujo de perder tiempo, pero la cerveza le levantaba el ánimo y tampoco había necesidad de hacerse el estirado por una cerveza o dos.

—¿Tienes hambre, hermanito?

—No mucha —dijo Shade—. Aunque podría comerme un sándwich.

—No hay problema.

Tip entró en la cocina por una puerta batiente mientras Shade lo observaba. De nuevo se sintió desconcertado por la actitud contrita del gran Tip.

Cuando su hermano volvió a salir de la cocina, se giró para ver cómo se cerraba la puerta antes de llevarle el sándwich a Shade.

—Lleva un montón de rábano picante —dijo. Se notaba una cierta crispación en su rostro—. Como a ti te gusta.

—*Merci*.

Tip miró hacia la puerta de la cocina. Shade lo pilló mirando, pero no le dio más importancia, solo que inmediatamente volvió a suceder. Una especie de escalofrío le recorrió la espalda y sintió un peso en los hombros.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—¿Eh? No, joder. Estaba pensando que a lo mejor debería hacer un agujero en la pared para que pudieras ver al cocinero.

—Claro.

Mike Rondeau, un hombre guapo pero retaco, con un cinturón que podía hacer las veces de lazo y un volumen de mentiras ambiciosas a las que él llamaba vida, entró por la puerta y se echó a reír.

—Los hermanos Shade —dijo—. Tenía el presentimiento de que me encontraría con vosotros.

—Trabajo aquí —contestó Tip—. ¿Que me hayas encontrado aquí te convierte en profeta?

—Jo, jo —exclamó Rondeau, mirando a Shade—. Una cosa es segura: siempre va a estar de mal humor.

—Normalmente, sí —respondió Shade, y pensó: sí, normalmente.

—¿Qué vas a tomar, Flaco? —dijo Tip.

—¿No tendrás zumo de zanahoria? —preguntó Rondeau en un tono solemne.

—Claro, pero no recién hecho. Tenemos del congelado.

—Ah —dijo Rondeau—. En ese caso, ponme un *whisky* de centeno doble con una cerveza. —Se volvió hacia Shade, le guiñó un ojo y se pasó una mano por el pelo, blanco y fino—. Tengo que cuidar al viejo cronometrador.

—Eso —contestó Shade—. Me enteré de que te había dado un infarto.

—Fueron cuatro asaltos de nada en la parte de atrás del corazón, pero gané a los puntos.

Sabiendo que Rondeau trabajaba por cuenta propia como fontanero-jugador-amante de viudas, Shade dijo:

—Eso no debe de facilitarte el trabajo.

—No camino tan rápido como antes, eso es todo. Pero cuando ganas puedes darte un paseo, y cuando pierdes… ya no tienes prisa.

Tip dejó las bebidas en la barra y cogió el dinero.

Shade pilló a Tip mirando de nuevo hacia la puerta de la cocina.

Después de darle un sorbo al *whisky* y un trago a la cerveza, Rondeau dijo:

—Vi a vuestro padre en Cairo la semana pasada. Fui allí a jugar al póquer descubierto con un filántropo mexicano llamado Baroja que al final no apareció. Acabé en un garito de billar con seis mesas junto al río viendo a los pequeños egipcios jugar al bola nueve por unos centavos cuando, de repente, entró el mismísimo John X. Mi hombre favorito. Llevaba un abrigo verde que brillaba como si lo hubiera pescado del fondo del río y le hubiera arrancado las branquias para sacar los brazos por ellas. Ostentoso, ¿sabes? Bueno, lo que un irlandés de mierda consideraría ostentoso.

Tip y Shade cruzaron una mirada y enseguida apartaron la vista. Ambos se sentían abandonados por su padre y, a pesar de los años que llevaban solos, se resistían a reconocerlo.

—Ponme otra —dijo Rondeau, golpeando el vaso vacío contra la barra—. Me pagó el viaje de vuelta, además de la juerga que nos corrimos. Se puso a jugar al bola nueve con un tipo llamado Dickie Venice, que es de Nueva York y no tiene párpados. Siempre tiene los ojos abiertos. Te preguntas por qué no se le secan ni se le agrietan, pero el caso es que no le pasa. El tal Venice parece un jugador de salón, pero con una tacada suave como la seda, ¿sabes? Como una caricia. Me abstuve y no aposté por John X al bola nueve, pero luego lo apoyé a muerte cuando cambiaron a una tronera. Hay que ser muy tonto para no apostar por él a una tronera.

Tip le sirvió las bebidas.

—¿Habló de venir a vernos? —John X era el punto débil que compartían Shade y él, muy a su pesar, porque de otro modo podrían darle la espalda de una vez por todas, algo nada fácil de hacer con aquel hombre—. ¿Habló de nosotros?

—Déjame pensar —dijo Rondeau. Levantó el vaso y le dio un sorbo—. No, creo que no —añadió en un tono suave—. Veréis,

estaba acompañado. —Miró a los hermanos, y los dos apartaron la vista—. No parecía el mejor momento para hablar de la familia. Iba con un par de mujeres casadas a la fuga, no iba a ponerse a hablar de cumpleaños ni graduaciones.

—Mujeres casadas a la fuga —dijo Shade—. Se le da bien fugarse con mujeres casadas.

—Sigue casado con nuestra madre —contestó Tip—. Será capullo. Por lo menos podría preguntar por ella, ¿no? Entre partida y partida, mientras coloca las bolas, podría preguntar: «¿Cómo le va a Monique?», o algo por el estilo.

—Habría sido un detalle bonito por su parte —dijo Rondeau—, pero es mucho pedirle al tipo, dadas las circunstancias.

Hubo un momento de silencio y luego se abrió la puerta de la cocina y por ella salió un hombre con el pelo castaño surcado de vetas grises. Fue directo a una mesa donde alguien había dejado una cerveza solitaria.

Shade sabía que conocía a aquel hombre, pero no le venía su nombre a la cabeza.

Tip le dio un toque en el brazo.

—¿Te pongo otra?

—Me parece bien.

Es Ledoux, pensó Shade. Observó a aquel hombre mientras se tomaba la cerveza. Sí, Ledoux. Pat, o Paul, o Pete. Todo un personaje con antecedentes.

Los trajeados en paro que habían estado bebiendo martinis para ir acostumbrándose a bebidas de más clase, pero que aún tenían ese punto de orgullo del que teme venderse al mejor postor, avanzaban en tropel hacia la puerta con sus zapatos Florsheim aún sin domar, alzando la voz en desigual armonía.

Shade advirtió que Tip tenía un tic en el ojo y parecía esforzarse en no mirar hacia donde estaba Ledoux.

Al levantar el vaso de cerveza, notó que Ledoux pasaba por detrás de él. Miró a Tip. Su hermano levantó la vista durante una fracción de segundo e inmediatamente la bajó como un gesto de asentimiento fantasma. Shade se giró y vio que Ledoux salía por la

puerta.

Volvió a sentir que un escalofrío le recorría la espalda, sumado a la pesadez de hombros y a unas sospechas imprecisas. Después de darle otro sorbo contemplativo a la cerveza, se bajó del taburete y echó a andar hacia la cocina.

—¿Qué…? —preguntó Tip—. ¡Eh, tío!

Shade abrió la puerta de un empujón. La parrilla estaba apagada y sobre un fogón humeaba una cacerola de estofado. El suelo estaba mojado porque acababan de pasar la fregona y al fondo estaba abierta la puerta mosquitera. Russ Poncelet, con su uniforme blanco, estaba pasando un trapo por los lados metálicos de la nevera.

Shade entró en la cocina buscando la prueba material que confirmase sus sospechas.

Tip se asomó a la puerta.

—¿Qué haces?

—Mirar, nada más.

No había nada fuera de lugar en la cocina.

—No puedes acusarnos de falta de limpieza —dijo Poncelet—. Acabo de fregar. Podrías comer del suelo y sería más higiénico que si comieras con los dedos. Y huele a pino.

Shade se sintió ridículo, pero no avergonzado. Se dio media vuelta y pasó por delante de Tip.

—Eres un tocapelotas —dijo Tip mientras Shade se dirigía hacia la salida—. A veces te comportas como un puto bicho raro al que le han pegado demasiadas hostias, ¿lo sabías? Deberías haberte agachado de vez en cuando.

Fuera, en la noche hedionda, Shade dobló la esquina a toda prisa hacia el aparcamiento. El polvo blanco brillaba a la luz de la luna y unas pequeñas volutas flotaban en el aire.

Se ha ido, pensó Shade. Quizá sea lo mejor, porque ¿qué pensaba decirle? «Tío, me das escalofríos, ¿qué es lo que pasa?». Igual era una tontería.

Pero no lo pensaba de verdad.

Capítulo 16

El hospital Saint Joseph atendía a los heridos y mutilados de la parte chunga de la ciudad. Pan Fry, Frogtown y la zona sur se bastaban para dotar de relevancia al servicio de urgencias y lo convertían en uno de los lugares de encuentro más frecuentados.

La sala de urgencias parecía una bolera que hubiera dejado de pagar por las pistas. Había un montón de sillas de plástico descoloridas en tonos pastel, pintura verde descascarillada en las paredes y solo una luz intensa sobre el mostrador de la enfermera.

Cuando Shade entró, un joven tatuado con la piel tan tensa como el papel de arroz, un llamativo corte de pelo a cepillo y una paciencia asombrosa estaba plantado ante el mostrador sosteniendo una bolsita de plástico.

—Es mi pulgar, señora. Ha salido volando por encima de la caja de herramientas, pero lo he encontrado. No sé hasta cuándo va a conservarse en condiciones.

Shade vio que una de las manos del chaval estaba anudada con una toalla celeste que acababa de volverse bicolor.

—Me duele mucho, señora.

—No te vas a morir —dijo la enfermera—. O sea, que tienes que esperar.

—Señora, si mi pulgar se pone a temperatura ambiente, estoy jodido. Joder, cómo duele!

Shade siguió andando, atravesó el edificio y llegó al mostrador principal en el otro extremo. Una vez allí, le dieron el número de habitación y se montó en el ascensor. Se bajó en la tercera planta. Ya

era tarde, y los uniformes de las enfermeras ya no parecían recién planchados. El suelo estaba tan encerado que brillaba y el aire acondicionado salía muy frío.

Había un agente de uniforme frente a la habitación 446. Shade le mostró la placa y le dejó entrar.

Suze estaba despierta y ligeramente incorporada en la cama. Llevaba el hombro, el cuello y el muslo vendados. Tenía la piel blanca como el vapor y el pelo enmarañado.

—Soy el detective Shade, señorita Magruder. Tenemos que hablar.

—Bueno —dijo ella con la voz amortiguada por los calmantes —, ya he hablado con el gordo.

—Esto es diferente.

Suze miró a Shade con aprecio y se incorporó aún más en la cama.

—Vale. Pero no deje que se acerque el gordo, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré. ¿Por qué cree que ha pasado esto?

—¿Jewel está bien? ¿Lo han encontrado?

—No.

—Está muerto, ¿verdad?

—No lo sabemos. No lo creo.

—Lo estará.

—¿Está segura de que querían matarlo y no solo darle un susto?

Suze abrió los ojos como platos.

—Oh, no —dijo, negando con la cabeza—. Era gente muy sincera. Van a matarlo.

—¿Qué ha venido a hacer aquí Jewel? Ustedes dos no son de por aquí.

—No. No somos de por aquí —dijo en un tono resignado—. Hemos venido para probar suerte. Jewel tiene un primo que vive en uno de los edificios de por aquí.

—¿No me diga? ¿Cómo se llama su primo?

—Duncan.

—¿Duncan Cobb?

—Claro. En otros sitios, a esa familia la consideran una mierda

solo porque son pendencieros.

Shade se sentó a los pies de la cama y sonrió.

—¿Los han acusado de muchas cosas?

—De todo menos del mal tiempo. Antes también lo hacían, pero no es tan fácil saber que lo han hecho de verdad, tienes que demostrarlo. Así que no paran. Es gente muy pendenciera.

—Oiga, hay más posibilidades de que pueda ayudar a Jewel si sé en qué está metido. ¿En qué anda?

—Oiga, amigo, yo no lo sé. Jewel nunca me cuenta nada de lo que quiero saber. —Estaba empezando a temblar, pero no demasiado—. No es que sea un tipo demasiado dulce, pero yo lo quiero como quien quiere a un *bulldog*, ¿sabe? Aunque el cachorro te pegue un mordisco, sigues dándole de comer. Nos divertíamos bastante, él y yo. Nos fumábamos un porro y bebíamos cerveza…, retozábamos por el bosque y esas cosas. Nos bañábamos desnudos en un estanque cuando hacía calor. De vez en cuando nos encontrábamos un lechón perdido y lo espetábamos para asarlo sobre la hoguera, pero… ¡jolines! La vida misma. Solo que Jewel decía que a veces había que ponerse serio. Supongo que eso es justo lo que ha hecho.

—Eso parece —dijo Shade—. ¿Podría reconocer a los hombres que les dispararon?

—Ya le he dicho al gordo que no. Casi ni los he visto. Lo único que sé es que han entrado a por todas. Aquello no se parecía nada a como se ve en la tele.

Después de darle las gracias a Suze y desearle una pronta recuperación, Shade salió del hospital con la intención de hacerle una visita a Duncan Cobb, el pariente pendenciero.

Su apartamento estaba a cuatro calurosas manzanas. La luz seguía encendida en la planta baja y vio que alguien estaba dando una lección magistral de billar. Subió por la escalera del fondo hasta su apartamento.

Abrió la nevera y encontró una lata helada de cerveza Stag escondida detrás del bote de germen de trigo. Se dejó caer en el sofá, abrió la cerveza y alcanzó el teléfono para llamar a How

Blanchette a la comisaría.

—Blanchette.

—Soy Shade. He seguido a Cobb, pero no lo he encontrado. Pero tiene un primo, creo que deberíamos hacerle una visita.

—Lo sé —dijo Blanchette—. Duncan Cobb, veintinueve años, 1,80, noventa kilos. Dos antecedentes, ambos delitos menores. Hace siete años lo detuvieron por agresión, y hace unos tres meses, en una redada, lo pillaron con espolones metálicos en una pelea de gallos. Pagó la multa.

—No parece un forajido, exactamente.

—No, pero trabaja para la Constructora Micheaux. ¿Te parece interesante?

—Steve Roque.

—Sí. Y Pete Ledoux.

—Pete Ledoux —dijo Shade, a punto de sentir un temblor revelador—. Te diré una cosa: acabo de ver a Ledoux. He perdido el rastro del chico, pero me he encontrado con Ledoux en el Catfish.

—Ledoux es uno de esos franchutes de pantano, vive en Tecumseh Road justo antes de hundirse en el Marais du Croché. Creo que alguien debería hacerle una visita.

—Ya voy yo.

—Ten cuidado. Pete Ledoux es la clase de tío que, si ve un camión avanzando hacia él, mete la barbilla y da el doble de puñetazos. No es el típico pazguato.

—Intentaré portarme bien.

—Además —dijo Blanchette, y su voz adoptó un tono cómplice —, te ha llamado una tal señorita Webb. No ha dejado ningún mensaje, y yo no soy psiquiatra, pero creo que sé lo que quiere.

—Ya. Puedes guardarte tus suposiciones sobre lo que quiere para cuando estés solo.

—Solo intento ayudar a un amigo, amigo.

—Dame la dirección de Duncan Cobb —dijo Shade—. Creo que voy a montarme en mi Nova y le haré una visita a él también.

—Hazlo. Vive en el 1205 de la calle Doce —contestó Blanchette—. Yo iré a la oficina del alcalde para explicarle por qué

está explotando esta ciudad. Creo que le echaré la culpa al tiempo.

Capítulo 17

La oscuridad de las calles estaba tallada por luces de muchas tonalidades y constancias variables; el rojo del Boy O Boy Chicken Shack era un rápido movimiento de muñeca y el verde del Johnny's Shamrock, una puñalada sostenida, mientras que el arcoíris de la tintorería Irving era un raspado superficial pero constante. Las farolas y las luces de los porches ayudaban a cortar la negrura, pero la noche estaba animada y lo soportaba todo bastante bien.

Powers Jones estaba sentado en el asiento trasero de su Thunderbird rojo, una vez abandonada la camioneta Ford. En el asiento delantero estaban Benny, el conductor, que se creía el tipo más guay del mundo, y Lewis Brown. Lewis sustituía al joven Thomas, que estaba metido en una habitación cerrada con doble llave, intentando convencerse de que el terrible temblor que aquejaba a sus extremidades se debía a que se había saltado la cena.

—Este tío es el primo —dijo Powers mientras daban la vuelta a la manzana—. Nuestro contacto en la pasma también nos ha dicho que trabaja para Ledoux el franchute. Él fue quien empezó todo esto.

—No necesito oírlo —contestó Lewis, levantando la barbilla—. Nunca recuerdo nada de lo que me dicen, ¿sabes?

Lewis tendría unos treinta años, llevaba rastas, tenía sus buenas lorzas y los ojos rojos de haber fumado hierba. A pesar de su flacidez y su corta estatura, no daba la impresión de ser blando.

—Bien —dijo Powers—. Eres frío como el hielo.

En la siguiente vuelta, Benny paró y aparcó junto al Johhny's

Shamrock. La ventana del bar vibraba con los jocosos empinamientos de codo de los esforzados clientes. Jarras de Guinness, gorras irlandesas y puros cabeceaban en la bruma del humo azul y las chorradas gritadas a voz en cuello.

—Estará ahí dentro —dijo Powers señalando con el dedo—. Bebiendo, como hacen siempre. Tienen que ir contentos al trabajo. Yo me pongo contento después.

—Ajá —contestó Lewis, dándole la razón—. Sus padres los crían demasiado blanditos para afrontar la vida.

—Es verdad. Menos en el caso de los franchutes.

—Tienes razón. En eso tienes razón. ¿Por qué?

Powers se acarició la barba, pensativo.

—Son demasiado retacos para los deportes y demasiado holgazanes para trabajar —dijo con cierta añoranza—. Pero necesitan ese prestigio para poder ser rudos.

—Todo el mundo lo necesita —replicó Benny, que llevaba horas sin hablar. Benny había sido ayudante de bibliotecario en el Reformatorio Boonville, donde había cumplido condena por robo en segundo grado, y había adquirido cierta amplitud de miras sobre el mundo—. Chinos, árabes, texanos… al final todos son iguales en lo que respecta al tema del prestigio.

—¡No me digas! —exclamó Powers—. ¿Sabes qué? Hablas demasiado, Benny. ¿Por qué no te tomas otro tranquilizante, eh?

—Tranquilizantes —dijo Lewis—. ¿El chaval está tomando tranquilizantes?

—Todavía puedo conducir —contestó Benny—. No me asusta nada.

—¿Por la carretera? ¿Puedes conducir por la carretera? —preguntó Lewis—. Eso de los tranquilizantes es una chorrada. Las drogas son para volar, tío, no para sentirte como si estuvieras muerto.

Powers dio un puñetazo contra el respaldo del asiento y recondujo enérgicamente la conversación.

—¡Eh! Es ese. Ya lo había visto antes por ahí. Fijo que es ese.

Duncan Cobb estaba en la acera, delante del Shamrock,

haciendo gestos groseros por la ventana y riéndose en gaélico. Varios dedos le contestaron dando golpes en el cristal, a modo de despedida carnal. Él se rio y emprendió el camino a casa con el típico andar de quien se ha tomado unas cuantas Guinness de más.

—Adelántate —le dijo Powers a Lewis—. Esta vez no podemos cagarla.

Con su camisa amarilla, sus pantalones blancos y sus andares bamboleantes que llamaban la atención, Duncan poseía una luminiscencia suicida. Se paró a encenderse un cigarrillo, pero como solo fumaba cuando estaba borracho, el proceso puso a prueba su coordinación. Mientras frotaba una cerilla, oyó el ruido de pasos y levantó la vista para comprobar si era uno de los típicos pesados impidiéndole el paso.

—¿Has visto a mi piba? —le preguntó Lewis bruscamente.

—Estamos en la calle Doce, hermano —contestó Duncan. Soltó el cigarrillo y las cerillas y desplazó todo su peso de un pie al otro para adoptar una postura que le permitiese dar algún puñetazo—. No voy a molestarme en parecer simpático en la calle Doce.

Lewis retrocedió medio paso e intentó hacerse el extrañado.

—Estoy buscando a mi piba porque estoy de bajón —dijo, y meneó con tristeza la cabeza, llena de rastas—. Cuando me siento así, mi piba me deja que le pegue hasta que vuelvo a estar contento.

—Yo no soy tu negra, hermano.

Tan rápido como entra un mosquito en el ojo, una pistola apareció junto a la sien de Duncan empuñada por Powers Jones. Duncan se giró para ver quién había al otro extremo del cañón.

—Pero nos servirás, hijo de puta —dijo Lewis, y con toda la profesionalidad del mundo le dio una patada en los huevos.

La arenilla del suelo le estaba dejando la cara en carne viva. Duncan tenía una bota apoyada en la cabeza y las náuseas le revolvían las tripas. Estaba confundido, magullado y totalmente asombrado.

—Esto es innecesario —dijo, pero el estruendo de la radio del

coche ahogó sus palabras. Alguien subió el volumen y una vieja canción de los Jackson Five sobre el amor juvenil retumbó en el vehículo.

El coche avanzaba a toda velocidad, zigzagueando a través de un laberinto de calles, hasta que llegó a su destino. Duncan no sabía dónde estaba. Lo agarraron de los brazos y lo sacaron bruscamente del coche. Ya fuera, vio que estaban en el parque Frechette, subiendo por el camino que llevaba al Boys Club. Entraron por la puerta de atrás, que no estaba iluminada.

—No sé a qué viene esto —dijo Duncan—. En serio. No sé a qué viene. Es innecesario. Os habéis equivocado de hombre.

—Tú no eres un hombre. Eres una mierda con pies.

Una figura borrosa entre las sombras abrió la pesada puerta metálica e hicieron entrar a Duncan a empujones. Aquella misma silueta le dio un manojo de llaves a Powers y le dijo que se las devolviese luego.

El pasillo estaba oscuro, pero a Duncan lo hicieron avanzar a empellones y a buen ritmo, mientras su cuerpo se movía con inseguridad, tensándose torpemente para chocar a ciegas en cualquier momento. De haber conocido el camino, habría intentado huir, pero no lo conocía, y lo sabía. Ellos también lo sabían, y él sabía que ellos lo sabían. Enseguida llegaron a una puerta. Por la parte de abajo asomaba un haz de luz.

—Ábrela —dijo Lewis.

Duncan se giró hacia la voz. Parecían ser tres: el moderno con el pelo como electrizado y la piba comprensiva, el de la barba con la pistola y el que respiraba ruidosamente.

Vaciló ante la puerta y recibió un golpe en los riñones.

—¡Ya, hijoputa!

Abrió la puerta y entró en la habitación iluminada. El suelo estaba cubierto por unas gruesas colchonetas. En el centro de la habitación había unas barras paralelas y un caballo con arcos para hacer gimnasia.

Sentado en el caballo había un negro enorme con cara de «hoy es tu día de mala suerte» mirándolo de arriba abajo.

Aquella lacónica amenaza de hombre se levantó y juntó las manos con elegancia.

—Me llamo Sundown Phillips. ¿Has oído hablar de mí?

—Bueno —dijo Duncan—, creo que sí. Esto… está totalmente fuera de lugar, tío.

—Ya veremos. —Sundown señaló una silla junto al caballo—. Siéntate.

Duncan se sentó y levantó la vista parar mirar a su anfitrión, que se alzaba por encima de él como un nubarrón.

—He pateado mucho las calles, Cobb, y me he ganado una cierta consideración por parte de la gente.

—Eso he oído —dijo Duncan—. He oído a la gente, a mucha gente, decir cosas de ti, tío, y te tienen en alta estima. En muy alta estima.

Sundown abrió los labios y sonrió enseñando los dientes.

—Qué bien. Me gusta oírlo. Sé que mucha gente piensa que soy algo siniestro, pero creo que he tenido suerte.

Duncan asintió dándole la razón.

—Nunca he oído nada malo de ti, tío.

Tras una pausa, Sundown se agachó para ponerse a la altura de Duncan. Asintió y apoyó una mano nudosa en su rodilla. Acto seguido, agitó el índice en sus narices.

—Aquí están pasando muchas cosas —dijo Sundown, en un tono de voz que había abandonado todo rastro de complicidad y evocaba peleas con navajas y, sobre todo, la felicidad que daban las peleas con navajas—. Podrías ponerme al corriente.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Tu primo, Jewel, se ha ido paseando por la ciudad matando hermanos.

—Oh.

Benny, que hasta el momento había recorrido la habitación asintiendo con la cabeza e inspeccionándolo todo, se puso de pronto a darle patadas a una puerta cerrada con llave. Sus zapatos rojos de plataforma patinaron por el suelo pulido, pero él siguió atacando la puerta con un talón desnudo. Los golpes retumbaron en la

habitación, pero la puerta aguantó en su sitio. Powers se le acercó.

—Benny, ¿qué coño haces?

Benny se volvió y le dedicó una mirada de drogada perseverancia. Hablaba con lentitud.

—Ahí es donde guardan las pelotas de *ping-pong* —dijo—. Cuando quieres usar una, tienes que pagar un cuarto de dólar de fianza. Cada vez. Siempre he querido colarme ahí dentro. Es ahora o nunca.

Con una mirada de nerviosismo y consternación, Lewis dijo:

—No pienso volver a trabajar con este chaval. Asegúrate de que se olvida de mí por completo, ¿estamos?

—Benny, vete fuera —dijo Sundown sin alterarse. Siguió la marcha de Benny con la mirada. Le dio una palmada a Duncan en la rodilla y volvió a agitar el dedo—. Creo que puedes decirme todo lo que quiero saber, Cobb. Y, solo para divertirnos —añadió, sonriendo de oreja a oreja—, vamos a hacer como que tu vida depende de ello.

Un tímido fulgor de astucia brilló en los ojos de Duncan, como si supiera de antemano que sus mentiras no le servirían de nada, pero que aun así tenía que arriesgarse a contarlas. Fue mirando una por una todas las caras de los presentes y no encontró el menor consuelo en la variedad de expresiones.

—No sé qué quieres decir, tío. En serio.

Sundown frunció los labios, suspiró y asintió tristemente con la cabeza.

—Lewis, enséñale lo que quiero decir.

Lewis Brown, un hombre que consideraba los gemidos ajenos música para sus oídos, se acercó a Duncan.

—Quiero que sepas —dijo en voz baja— que me gusta tu actitud. En serio. Pero voy a divertirme cambiándola.

Cuando Duncan recobró el sentido, se dio cuenta de que estaba colgando bocabajo, con las muñecas y los tobillos atados a las barras paralelas. Notaba los dientes blandos y tenía una sensación extraña,

como si los brazos le hubieran crecido hacia dentro del cuerpo. Sus ojos ya no respondían como antes: ahora uno se abría y el otro no.

Toda su vida parecía un puro calambre.

—Ha vuelto en sí —dijo Powers—. El ojo del lado fresco se ha abierto un poco.

Sundown se agachó hacia el ojo de Duncan que seguía siéndole fiel. Su expresión era severa y no parecía ni remotamente aburrido.

—La cosa no va a mejorar —dijo.

Duncan sintió en los brazos una especie de alejamiento sordo y unos bultos en los hombros que antes no tenía, justo donde le habían desencajado los huesos. Tenía la cara cubierta por unas ronchas moradas y azules que solo le dejaban un ojo a salvo.

—Ooh —gimió—. Ooh, Dios. No soy yo. No soy Jewel. ¡Tío! ¡Ooh!

Sundown levantó una pierna con forma de tronco y apoyó un dedo del pie en el hueco blando entre el hombro y el brazo de Duncan.

—Tío, sé que estás metido en esto con él —dijo Sundown—. Y seguro que Pete Ledoux también está en el ajo. Y Ledoux no hace gran cosa sin que Steve Roque le dé el visto bueno. —Presionó con el dedo del pie y el interrogado se retorció—. Para ellos solo eres carne de cañón, Cobb. Me caes bien. Y ahora mismo soy el único que puede ayudarte.

—Ooh… ¡No sé nada, tío!

Tras unos segundos de reflexión, Sundown apoyó todo su peso en el pie. Se oyó un breve chillido y luego el silencio de alguien al desmayarse.

En su siguiente regreso a este mundo, Duncan Cobb, el mayor de sus hermanos, primo traicionero, amante precavido y amigo de asesinos, se despertó imbuido de la lucidez que da la desesperación de saber que no hay escapatoria y de una dosis mortal de honestidad.

Hablaba espasmódicamente, con el cuerpo meciéndose al

extremo de su maroma y la voz carente de énfasis. Todos sus recuerdos empezaban a estar al mismo nivel.

—El Palacio de la Música —dijo—. El negro que salió elegido… era un empresario. Ooh.

—¿Alvin Rankin?

—Ese. Sí, ese. Sabía negociar. Buscaba el trato más favorable. Nos adjudicó las obras del Palacio de la Música. Miles, tal vez. Miles de dólares.

—No, te equivocas —dijo Sundown—. Las obras del Palacio de la Música me las llevé yo.

—Las adjudicó dos veces. Aah. Cerramos el trato con él antes que tú. Nos dejó fuera cuando empezó a llegarle la… paaasta.

—¿Quién coño lo mató?

—Ooh. —De la garganta de Duncan salió un gorgoteo parecido a una risa de ultratumba—. Gah… gah… Crane. Uno de los vuestros. Crane.

—No.

—Gah… gah… Ooh. Lo teníamos cogido por los huevos. Estaba hasta arriba de deudas. Nos debía un montón de pasta. Además, tenía hijos. Aah. Nos debía mucha…, mucha pasta.

—Y saldó su deuda con el asesinato, ¿no?

—Gah… gah… gah…

Sundown se apoyó en el caballo con arcos y adoptó la postura de un hombre estupefacto.

—¿Alvin murió por eso? Por el amor de Dios, yo habría intervenido para evitar que lo matasen por eso. No vale la pena. Ya lo habría resuelto más adelante.

—Oh.

—Steve Roque está detrás de esto.

Sundown se volvió hacia Powers y Lewis, que habían sacado el primer banco de las gradas y estaban allí sentados, con los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos. Frunciero el ceño hasta que este formó una V muy marcada y cerraron los puños.

—Aquí están pasando cosas muy chungas —dijo, y vio las caras abatidas de sus socios—. O sea, cosas siniestras y muy jodidas.

—Estaremos a la altura —contestó Powers Jones, poniéndose en pie—. Han empezado ellos, pero nosotros estaremos a la altura. O los superaremos.

—Por supuesto —dijo Sundown lacónicamente—. Eso ya lo has demostrado.

Lewis hizo un gesto señalando a Duncan, que seguía colgado.

—¿Y qué hacemos con este?

Sundown se volvió lentamente para mirar a quien, muy a su pesar, le había servido de oráculo. Duncan se retorció para alcanzar a verle la cara a Sundown con el ojo a medio abrir.

—Bueno, tenemos que portarnos bien con él —dijo Sundown —. Tenemos que portarnos bien.

Duncan relajó el cuello y echó la cabeza hacia atrás en señal de agradecimiento.

—Ajá —dijo Lewis—. Por supuesto, nos portaremos bien con él.

—Y luego —intervino Powers—, ¿lo tiramos al río?

Sundown levantó los brazos y se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Las carpas tienen que comer.

Duncan volvió a ponerse rígido ante la súbita comprensión de lo que tramaban, y dejó que su ojo bueno se cerrase para no ver el espectáculo más glamuroso de todos: el final a punta de navaja de su vida, chabacana y ya caída en el olvido.

Capítulo 18

El muelle estaba a oscuras. El alto entramado de los árboles cercanos impedía que llegase la luz de la luna llena. Jewel Cobb estaba tumbado de espaldas, mirando hacia arriba, escuchando los sonidos de la noche en el río y en el Marais du Croché, más allá. Los búhos ululaban y el río lamía el muelle con susurros húmedos. Algo rompió una rama en la otra orilla y la nota aguda del crujido se propagó por el agua. Jewel se incorporó.

Llevaba casi una hora esperando. Había tardado quince minutos en llegar hasta allí desde la cocina del Catfish. Ledoux le había examinado los cortes en el costado y le había dicho: «Te has hecho un buen corte, *mon ami*. Ve a mi casa y allí te curaremos. Cuidado con los negros».

Lo único que se le venía a la cabeza mientras avanzaba por el camino de tierra que remontaba el río era «*buenas noches*» y «*hasta luego*»[7], porque pensaba que no le quedaría más remedio que largarse a México. Pero no hablaba mexicano. Le harían un remiendo y lo pasarían de extranjis río abajo a algún sitio con aeropuerto para mandarlo a un país sudaca donde las leyes fueran lo más tonto del mundo y pudieras pagar por cualquier cosa que hubieras hecho como si fuera una simple multa de tráfico. Sí, un sitio así estaría bien para pasar inadvertido.

Oyó un chapoteo cerca, un chapoteo de advertencia, un chapoteo de algo que podría ser lo bastante grande para subir a la orilla con la boca abierta. Jewel miró hacia donde había oído el ruido, pero no vio nada.

Se le estaban soltando las vendas de los costados. El grandullón con la cara picada de viruelas que había en la cocina estaba nervioso, tenía prisa, y Ledoux no lo había vendado bien. Ya no le dolía tanto, ni sangraba tanto, pero esperaba que Pete apareciese cuanto antes, porque estaba agotado. Podría relajarse, se montaría en la lancha y se relajaría en cuanto Pete volviese y se hiciera cargo de la situación.

Eso era justo lo que necesitaba.

Sí.

Cuando Pete Ledoux entró en su casa, vio un cigarrillo encendido junto a la ventana.

—¿Peggy? —dijo.

—¿Dónde está el coche? —preguntó su mujer.

—En el camino, más abajo. ¿Ha llegado el chico?

—Le he dicho que espere en el muelle. Es un cachorrito. Está allí tirado.

—Bien.

—Si viniese andando, lo oirías. Voy a tomarme una cerveza, ¿quieres una?

—Nah. —Ledoux entró en el dormitorio mientras Peggy se abría una cerveza. Al salir, llevaba una escopeta Remington 876—. ¿Dónde están los cartuchos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —preguntó Peggy. Se tomó media cerveza de un trago y se limpió la boca con la mano—. Usaste unos cuantos para acribillar a aquel pejelagarto no sé dónde.

—Sé que los de plástico están encima de la nevera.

—Eso es —dijo ella. Levantó el brazo y bajó una caja medio rota de cartuchos de doce milímetros.

—No —contestó Ledoux—. Quédatelos, no valen una mierda. Son cartuchos baratos.

Peggy se acabó la cerveza y tiró la vacía a la basura.

—Qué machote eres, Petey. ¿Por qué coño no matas a ese mocoso a golpes?

Ledoux negó con la cabeza.

—Solo es un crío. Eso quiere decir que está lleno de energía. La cosa podría complicarse. Y también podría escapar.

—Pues usa los cartuchos de plástico.

—Supongo que no me queda más remedio. —Agitó la mano en las narices de Peggy—. Si tuvieras la casa como Dios manda, podría encontrar los cartuchos buenos. Aquí no hay quien encuentre una mierda.

—Ay, Petey, cielo… Si tuviera la casa como Dios manda, me perderías el respeto. En un matrimonio, el respeto es importante.

—Si se me encasquilla la escopeta con estos cartuchos de mierda, te voy a partir la cara, porque será culpa tuya.

—Como todo —dijo Peggy, y abrió la nevera para coger otra cerveza.

Ledoux soltó un gruñido de insatisfacción, cogió los cartuchos de plástico y salió por la puerta con cara de mal humor.

El ruido de pasos retumbó como un tambor por la pasarela que llevaba al muelle.

Jewel se puso en pie.

—¿Pete?

Los pasos se acercaron.

—¿Pete? —Jewel se estremeció y dio un salto hacia atrás—. ¡Eh, tío! ¿A qué viene el arma, eh?

—Tranquilo, Cobb —dijo Ledoux al pasar por delante de él—. Intenta que no se te vaya la puta olla. —Había una lancha con un motor fueraborda amarrada a uno de los pilares del muelle. Ledoux entró en la lancha y se apoyó en el pilar para no perder el equilibrio. Dejó la escopeta en el muelle—. A ver si puedo hacer que arranque este trasto.

—Ajá. ¿Adónde vamos?

—A una cabaña que tengo por allí —contestó Ledoux señalando hacia el pantano—. Dentro de un par de días te llevaré al otro lado. Un tipo te estará esperando. Nadie se enterará.

—¿Puedo mandarle un mensaje a mi chica?

—Sí, claro, tontolaba de los cojones. Mándale un mensaje y un puto mapa, ¿por qué no? Así podrá traerte unas galletas y a otra panda de negros con pistolas. Sí, joder.

Jewel se batió en retirada.

—Da igual —dijo.

El motor arrancó con facilidad y empezó a petardear.

—*Mon Dieu*. Funciona perfectamente.

Ledoux volvió al muelle y cogió la escopeta. La agarró descuidadamente por el guardamonte.

—Sube. Con cuidado de no volcarla.

En cuanto Jewel subió a la lancha, Ledoux metió un cartucho en la recámara. Jewel se desplomó sobre el banco del bote.

—Lo siento, chaval —dijo Ledoux—. Tienes que morir.

Jewel se hizo un ovillo en el suelo de la lancha.

—¡No diré nada, tío! ¡No conozco a nadie a quien pueda contárselo!

Ledoux quería pegarle un tiro en la cabeza. La lancha se movía y Jewel se movía con ella. Apuntó a Jewel entre ceja y ceja, asintió con la cabeza y apretó el gatillo. Clic. Nada. Metió otro cartucho en la recámara y la ventana de expulsión se atascó.

—¡Mierda! —gritó Ledoux, y añadió rápidamente—: Prueba superada, chaval. Duncan me dijo que eras frío como el zurullo de un oso polar y tenía toda la razón. Tienes agallas, chico.

—¿Qué coño…?

—Solo quería comprobar de qué tamaño tenías los huevos, Cobb. Como melones. En serio. Ahora sé que podemos ser socios.

—¡Tío, no me vengas con esas mierdas!

El motor hacía mucho ruido. Ledoux se inclinó hacia Jewel para que este lo oyese.

—Tengo que volver a la casa, *mon ami*. Para traer papeo. Espero que te guste la carne en conserva. Espérame, ¿eh? Luego nos iremos.

Jewel asintió muy despacio, sin dejar de mirar a la cara a su nuevo socio.

A mitad de camino hacia la casa, Ledoux oyó el ruido del motor y, al girarse, vio que Jewel se alejaba a toda velocidad en la lancha y

se perdía en la noche.

Soltó la escopeta y de una patada la sacó de la pasarela dando vueltas.

—¡Putas mujeres de mierda! —gritó.

Todo está lleno de agua y el peligro acecha en todas partes. Volver a casa era una mierda de esperanza inconsistente, pero era mejor que aquello. Jewel intentó manejar la embarcación, pero no sabía adonde ir. Puso rumbo a los árboles, pensando que cerca habría tierra firme.

Voy a matar a ese seboso de Duncan y a toda esa rama del árbol genealógico. Esa será mi venganza.

Unos minutos después, la lancha encalló y acabó montada en una lengua inesperada de tierra en el Marais du Croché.

Jewel Cobb se quedó un buen rato sentado en el banco de la lancha, inmóvil y en silencio, antes de salir. Con mucho cuidado, pisó la tierra para comprobar su solidez. Parecía que se podía andar por encima, así que decidió hacerlo, con los talones hundiéndosele en el fango a cada paso.

Capítulo 19

Mientras René Shade conducía su coche hacia el norte por Tecumseh Road, iba pensando en el cambio, en los cambios que se producían en las calles. En tiempos de su padre, o eso le habían dicho guiñando un ojo, partir cabezas era una especie de deporte divertido que se practicaba al salir de misa, pero usar una navaja se consideraba un signo de naturaleza afeminada. Claro que él era irlandés. Sin embargo, el abuelo Blanqui, por parte de madre, siempre llevaba encima su cortador de linóleo de punta curva, y a menudo se ejercitaba sacándolo del bolsillo y abriéndolo con un movimiento amenazador mientras resoplaba con su aliento a puro barato. En la época en que Shade llevaba zapatos brillantes de punta afilada, las navajas eran algo vulgar, y las pistolas de acción simple eran un signo de madurez. En estos tiempos, a veces uno tenía la impresión de que cualquier quinceañero que se preciase había disparado a alguien al menos una vez con un fusil de asalto. La violencia había perdido el toque personal, la supervivencia había perdido su componente de orgullo y había sido sustituida por las cobardes posibilidades que ofrecía la tecnología avanzada.

Shade había ido a buscar a Duncan Cobb, pero no había tenido éxito. Había visitado la dirección que de él tenía la policía y se había pasado por el bar de la esquina, donde, al parecer, nadie lo había visto, ni ese día ni ningún otro. Por eso Shade había decidido ir hacia el norte, a casa de Pete Ledoux. Los faros del coche iluminaban los surcos de agua y la maleza que flanqueaba el camino. Allí no había placas con el nombre de las calles, pero los buzones

ofrecían alguna pista de vez en cuando. Shade no tardó en encontrar un desvío y condujo por él hasta que vio que un Pinto negro le impedía el paso.

Aparcó y se acercó a la casa. Se veía luz dentro. Al acercarse más, vio el parpadeo azul de un televisor.

Aporreó la puerta del porche, pero nadie contestó. Entró por su cuenta y volvió a llamar a la puerta interior.

Cuando se abrió, le enseñó la placa a la silueta que había dentro de la casa. Con la otra mano agarró la culata de su arma reglamentaria.

—Detective Shade. ¿Puedo entrar?

La silueta encendió una luz. Su pelo rubio le enmarcaba la cara igual que la grama enmarca las losas del suelo. Tenía ojeras negras bajo los ojos y llevaba una lata de cerveza en la mano.

—¿Puedo impedírselo?

—No.

—No diga más —contestó la mujer, y se alejó de la puerta.

Shade la siguió hasta el salón. La imagen del televisor se veía borrosa y sobre los muebles y en el suelo había periódicos de domingos inmemoriales. En un rincón se amontonaba una pila intimidante de ropa sucia y sobre la mesa había platos con yema de huevo fosilizada.

—Siéntese —dijo Peggy—. Aparte esas mierdas de la silla.

Shade decidió sentarse encima de los periódicos en una mecedora.

—¿Está Pete Ledoux?

—Ahora mismo no.

—¿Es usted la señora Ledoux?

—Más o menos. ¿Entiende de televisores?

—No mucho.

—Qué pena. Cuando la imagen no deja de parpadear en el televisor, no me siento muy habladora. No me chupo el dedo, pero necesito ver la tele, ¿sabe?

—¿Dónde está Ledoux?

—En Brasil.

—¿No me diga?

—Qué va —dijo Peggy. Le dio un trago a la cerveza y apoyó la lata en el muslo, donde dejó un círculo de humedad—. Es una de mis mentiras. No es gran cosa, ¿verdad?

Shade se fijó en que aún era una mujer atractiva a pesar de la hinchazón, que le daba aquella apariencia hosca.

—Las he oído peores y también mejores. La suya está en un término medio.

Peggy se encogió de hombros.

—Ni siquiera me estoy esforzando.

—¿Dónde está?

Peggy se quedó mirando el televisor.

—Dígame una cosa —dijo, señalando la pantalla deformada por la estática—. Esa imagen de ahí…: ¿es Ted Koppel o Johnny Carson? ¿Cuál de los dos es?

—No sé decirle —contestó Shade—, pero ya me estoy aburriendo. —La curiosidad por saber lo perezosa que podía llegar a ser una persona hizo que Shade le echase un vistazo al televisor. Se dio cuenta de que los tornillos que sujetaban el cable de la antena estaban sueltos—. ¿Tiene un destornillador?

—No sé dónde está. ¿Quiere una cerveza?

—No, gracias.

Shade se sacó una moneda de diez centavos del bolsillo y la usó como destornillador. La imagen se volvió nítida inmediatamente.

—¿Mejor así?

Peggy estaba atacando otra cerveza, pero se tomó el tiempo de mirar la pantalla.

—Un poco —dijo—. Está algo mejor. Déjeme ver esa moneda.

Shade se la pasó.

—¿Cobb no quería arreglárselo?

—¿Quién?

Su cara no pareció inmutarse. Se inclinó sobre el televisor, frotó la moneda contra un lado y se la metió en el bolsillo.

—La moneda era mía.

La mujer dio un paso atrás haciéndose la tímida, pero

insinuándosele claramente.

—Tiene usted unos ojos azules preciosos —dijo ella—. ¿Y si forcejeamos para ver quién se la queda?

—No, gracias. Cómprese algo bonito con ella.

La mujer se dejó caer de nuevo en el sofá.

—Nos ha salido tímido.

Pilló a Shade mirando el montón de ropa sucia.

—Pete no me deja tocarla —dijo, y asintió con la cabeza—. Es un experimento científico.

—Ajá.

—Es un evolucionista, ¿sabe? Nada de esas chorradas de la Biblia. Él piensa que si dejas suficientes camisetas sucias en un montón, antes o después la pila se pondrá a burbujear y de ella saldrá un perchero lleno de camisas Arrow recién planchadas.

—El viejo Pete parece todo un personaje.

—Lo es, vaya si lo es. Tiene mentalidad de científico. —Se levantó y se acercó a Shade—. Es mi debilidad. Me chiflan los científicos.

—He oído cosas peores.

—¿Sabe qué hace hervir a una tetera? —preguntó, deslizando una pierna entre las de él y mirándolo a la cara con los ojos enrojecidos.

—El calor.

La mujer puso cara de seguridad viperina y su mano libre bajó hasta la entrepierna de Shade.

—¿Lo ve? —dijo, ladeando la cabeza—. Usted también es una especie de científico.

—Sabía que tenía posibilidades.

Alguien comenzó a aporrear la puerta mosquitera. Sin esperar respuesta, un hombre alto con cara de enfado y la barriga gorda entró en la casa.

—¿Dónde se ha metido el cabrón de tu marido, Peg? —preguntó. Miró a Shade, que no pareció impresionarlo, pero reaccionó al cabo de unos segundos—. Yo a ti te conozco. Antes eras boxeador.

—Exacto.

—Vi cómo te zurraban la badana un par de veces.

—Ya. Parece que nadie vio los combates que gané.

—Sí, bueno, te vi combatir, pero tu estilo no valía una mierda. —Señaló a Peggy con el dedo—. Tu marido ha venido y se ha llevado mi lancha. Eso no me gusta. No me la ha pedido, simplemente se la ha llevado.

—Nuestra amarra se ha roto —contestó Peggy, mirando a Shade—. Está intentando alcanzarla antes de que se vaya demasiado lejos.

—Bah. No la he visto pasar flotando. Acabo de venir en mi otra lancha y he visto luces en movimiento río arriba, en el pantano.

Peggy agachó la barbilla y miró hacia otro lado.

Shade se acercó al teléfono que había sobre la mesa y empezó a marcar.

—¿Qué mierdas pasa? —preguntó el vecino.

—Tómate una cerveza —dijo Peggy.

Cuando Blanchette contestó, Shade dijo:

—Soy yo, How. Ledoux está metido en esto. Es él. Estoy en su casa.

—¿Lo has detenido?

—No. Está en una lancha. Creo que Cobb también. Están en el Marais du Croché. Voy tras ellos.

—Ten cuidado, socio. Aquello es un atolladero.

—Tú ven para acá y trae refuerzos, How.

Shade colgó el teléfono y miró por la ventana. Vio las luces de una lancha amarrada al muelle. Se acercó al vecino y le enseñó la placa.

—Voy a necesitar su lancha. Es una operación policial.

—Ni hablar —dijo el hombre alto, interponiéndose entre la puerta y Shade—. Nadie se va a llevar mi lancha.

—Soy policía.

—Como si eres seis policías, joder. Soy Harlan Fontenot y esa es mi lancha.

Shade amagó un derechazo a la mandíbula y, cuando el hombre

levantó las manos, se agachó y le propinó un gancho de izquierda que se hundió en el puré de patatas de su barriga. El hombre se dobló por la mitad y cayó al suelo.

Shade lo rodeó.

—Lo siento, pero no tengo tiempo.

Salió por la puerta y corrió por la pasarela hasta el embarcadero. Se montó en la lancha y se alejó del muelle en persecución de al menos un asesino hacia el pantano conocido como Marais du Croché.

Capítulo 20

El Marais du Croché era un laberinto de cenagales y terrenos fangosos a la manera de una gigantesca huella dactilar. Se burlaba de quienes creían conocerlo y ridiculizaba cualquier intento de plasmarlo en un mapa, ya que cambiaba de aspecto cada vez que llovía con fuerza y renacía metamorfoseado con las crecidas en primavera.

Hacía años que Shade no visitaba el pantano. En los tiempos de su adolescencia en Frogtown, cuando se peinaba con tupé y llevaba la chupa a juego, las orillas del Pantano Retorcido habían sido un refugio para turbulentos ritos iniciáticos. Allí habían levantado gallineros a los que denominaban clubes, con colchones llenos de manchas en el suelo, rodeados de latas de cerveza Stag, aplastadas por pura virilidad adolescente, y botellas vacías de vodka con sabor a fruta lanzadas dramáticamente hacia los rincones. En las paredes habían pegado páginas de revistas inverosímiles y allí las chicas desesperadas se forjaban una reputación insuperable, en los colchones, en las partes limpias entre las manchas más grandes. En algún momento Shade había sentido que aquel era su territorio, que lo conocía bien. Pero sabía que ahora era un simple visitante.

Había luna llena y el cielo se había despejado de nubes, así que no había obstáculos para la pálida luz del astro brillante.

Shade daba vueltas en su embarcación prestada, inspeccionando lentamente los islotes y brazos de agua en busca de otras lanchas. Las aguas fluían y refluían, chapoteaban y se elevaban, y mantenían un murmullo líquido constante. A veces oía el motor de otra lancha,

pero el pantano difuminaba el sonido: en un momento dado, parecía proceder de los meandros del cenagal principal y, un segundo después, de río abajo, donde estaban los enormes bancos de arena.

El arco bajo que formaban las ramas obligaba a Shade a arrodillarse mientras dirigía la lancha por tramos mansos de aguas nauseabundas. El pelo se le enganchaba en el ramaje de los aligustres de los pantanos, y la luz de la luna resultaba inservible en semejante espesura. El agua burbujeaba. Hedores varios, que llevaban toda una vida fermentando, se elevaban desde las profundidades aluviales y se tiraban un pedo en su cara. Era un hedor raro, intenso y elocuente, y a su nariz no le resultaba desagradable.

Llevaba demasiado tiempo sin ir por allí. Ahora se daba cuenta.

Concebir un plan en un lugar que desafiaba todos los planes concebibles era engañarse por completo, así que Shade se conformó con seguir el curso del azar y estar atento a cualquier señal.

Cuando un brazo del pantano desembocó en otro y lo llevó hacia el centro para luego devolverlo a la orilla, Shade empuñó la pistola. Confiaba en poder salvar una vida, pero no desdeñaba otras posibilidades, y también estaba preparado para cobrarse una si la cosa se ponía fea.

El chico, Cobb, tenía métodos de gamberro y alma de perdedor, y Shade esperaba no tener que matarlo. La vida da muchas vueltas y puede torcerse mucho; hacía media vida, de no haber sido por timidez o pura suerte, él también podría haber estado en el mismo barco que Cobb. Siempre lo había sabido. Ahí es donde Shade pensaba que su vida podía marcar la diferencia. No lo guiaba un amor total por la ley y el orden, pero estaba más a favor que en contra y eso, según él, lo hacía ser razonable. Aquel era el culmen de sus aspiraciones.

Llevaba un rato sin oír el otro motor cuando vio una lancha sobre una lengua de tierra. Las hélices del motor se habían clavado en el barro como uñas desesperadas.

Se acercó y amarró su embarcación a la lancha varada, que estaba vacía. Había un cordón de tierra que se adentraba entre los árboles

hacia las profundidades del pantano.

Era imposible ver adonde llevaba la franja de barro, pues se internaba en la oscuridad de la maleza y el bosque, y se convertía en un misterio al cabo de veinte metros.

Decidió seguirla.

Jewel Cobb llegó enseguida a la conclusión de que intentar llegar a alguna parte en aquel pantano era una idea pueril. La mitad del tiempo, cada paso que daba era a oscuras, en un socavón o en una zanja. El resto de las veces pisaba un barro tan blando que hacía que se le encogiese el corazón, antes de volverse sólido acto seguido. Se había caído al agua dos veces. Tenía los calzoncillos llenos de algo parecido a los posos del café y arena hasta en el ojete. Entre los dientes tenía compost de tiempos inmemoriales y sus botas chirriaban como un violín tocado por un niño.

Durante un rato, Jewel había estado corriendo como loco, chocándose contra los árboles, enganchándose las botas en las raíces de los sauces, trastabillando, gimiendo, levantando los pies para pasar por encima de las zanjas y riéndose, impulsado por una hilaridad nacida de la desesperación.

Podían ser las últimas risas que le ofreciera la vida que él mismo se había forjado, pero aquello no les daba más valor.

Enseguida se sentó. Había un coro de ranas toro, que enmudecía cuando se acercaba, que no tardó en tomarlo por tonto y comenzó a croar su *blues* anfibio. Su canción le hizo sentirse menos solo, pero no llegaba a relajarse. Asentía con la cabeza al ritmo de la síncopa desgarrada e intentaba respirar en silencio, porque el sonido viajaba por el agua y allí había agua por todas partes.

Duncan, el seboso primo Duncan. Algún día volvería a verlo, fijo que sí, y lo llevaría por la calle a hostia limpia y me mearía en sus heridas. ¡Ja!

Serpientes. Jewel sabía que estaban por todas partes en aquel suelo enmarañado. Las ramas y las raíces sinuosas proyectaban una sombra imposible de discernir. Cualquier cosa podía ser una

serpiente mocasín durmiendo, con su bolsa de veneno esperando a vaciarse en las venas del tobillo. Era de sobra conocido que abundaban en aquella zona. Colmillos.

Buscó en el paquete un cigarrillo seco, que luego encendió con el mechero sin importarle si estaba haciendo o no un movimiento peligroso. El cansancio de la tensión prolongada le había debilitado las extremidades, que empezaron a temblarle. Toda su vida no era más que un sueño proyectado detrás de sus ojos, y recordó algunos momentos en los que se había divertido o había luchado y ganado. Y otros en los que había perdido. Y también otros en los que había hecho esto o aquello, pero todos empezaban a tener una coda en plan «Mierda, no debería haber hecho eso».

Me quieren muerto. Muerto y enterrado.

Tiró la colilla de un capirotazo y desapareció al instante, sin dejar siquiera una voluta de humo.

Sí. Así es.

Pete Ledoux había conseguido desatascar la escopeta y, al volver a casa, Peggy había encontrado los cartuchos buenos, los de cartón. Le daban ganas de mandar a Dios a tomar por culo o algo parecido. En la vida, muchas cosas le habían llegado de esa manera, tarde y mal, y nunca en cantidad suficiente.

Entre todos la habían cagado hasta tal punto en aquel asunto que era imposible estar orgulloso de algo. Tramas un plan complicado, como un exótico circuito de fichas de dominó, pero si la primera ficha cae torcida, las cosas no salen como las habías planeado. Entonces tienes que ir improvisando sobre la marcha. De ahí no puede salir nada bueno.

Y encima Cobb tenía algún tipo de amuleto ridículo que le daba suerte. Eso era imposible preverlo. Nunca sabes quién va a tener suerte ni por qué. Quejarse de la injusticia de las cosas solo estaba reservado a los niños y al clero.

Ledoux tenía la cara llena de picaduras de mosquito. Te olvidas la loción antimosquitos y todos los bichos del bosque armados de trompa quieren sacarte la sangre como si fueran timadores de esquina que hubieran visto a un Kennedy colgado intentando pillar

cacho en la Séptima. Como si hubiese para dar y regalar.

El agua reflejaba la luz de la luna entre los árboles. Ledoux apagó el motor e hizo avanzar la lancha por los canales, agarrándose a la bóveda formada por ramas y lianas. Parecía que todas las ramitas tenían espinas, y las que no tenían espinas, acababan en punta. Le salía sangre de los pinchazos.

Había cosas corriendo entre los árboles. Cosas que correteaban y parloteaban y cosas bajitas y atrevidas que le devolvían la mirada. Allí había conejos que sabían nadar. Y ardillas voladoras. Y gatos monteses a los que no se les daba bien ni lo uno ni lo otro, pero que acababan comiendo en abundancia. Parecía de lo más normal.

Nada de todo aquello le resultaba nuevo: ni las noches en los pantanos, ni las persecuciones mortales, ni el hecho de matar. Ya lo había visto todo. No le desconcertaban los sonidos ni la sensación de estar cazando. Pero cuando oyó algo que le hizo aguzar los sentidos, supo que era un hombre. Entonces reconoció el chasquido metálico como el de un mechero al encenderse. Si se esforzaba mucho, le parecía oír una inhalación, y hasta el sabor desabrido del humo, que también parecía oler.

Intentó localizar de dónde venía el olor a cigarrillo, pero no era fácil encontrar aquella pista humeante. Ledoux se bajó de la lancha y se metió en el agua hasta las tetas. Sostuvo la escopeta a la altura de la frente y avanzó con la mansa corriente a su espalda. La pista del chasquido del mechero parecía proceder de lo alto de un banco de barro que estaba cubierto por espinos de espolones afilados.

Debía ser muy cuidadoso y silencioso y, cuando lo tuviera a tiro, ¡pum, pum! Pájaros, ardillas y otros animales innombrables saldrán desperdigados como los sesos de ese tontolaba. A lugares más tranquilos.

En aquel lugar, incluso a plena luz del día era difícil distinguir el suelo firme de un lodazal. Si dabas un paso en falso, podías acabar escupiendo mierda salida de un váter de St. Louis un año antes. La superficie del agua estaba cubierta de verdín, de ramas y de vegetación y eso la hacía parecer un camino para idiotas. Como el oro falso, pero con la tierra. Tierra falsa.

Ledoux avanzaba por el cenagal con la parte superior del cuerpo totalmente rígida, y también andaba con las piernas extendidas bajo el agua para no hacer ruido. Cuando sus pies resbalaban, se dejaba llevar en lugar de intentar resistirse. La clave del pantano estaba en darle la razón, aceptar su manera de ser.

Mientras Ledoux se abría paso hacia el banco de barro sospechoso, sabía que aquello era demasiado gordo y no saldría indemne. Estaba destinado a que lo pillasen de marrón en un asunto tan chapucero como aquel. Sabía que, si no le quedaba más remedio, podía cumplir otra condena menor en Jeff City, no sin descalzarse ni taparse la nariz, pero podía soportarlo. Lo que no podía soportar era que le cayese cadena perpetua, y a ese Cobb lo veía muy capaz de llegar a algún acuerdo con el fiscal para que le cargasen a él el muerto.

Había razones de sobra para dejar al chico sin voz, aunque en aquel momento no sintiese un deseo irrefrenable de matarlo.

Todo era pálido en el cielo, negro en el suelo y gris en la inmensidad intermedia entre ambos. Shade intentó que se le acostumbrasen los ojos a la oscuridad, tener visión de rayos X para localizarlo. Estaba tan perdido como un niño, pero más preocupado. Miraba a un lado y a otro y veía todo lo que cabía esperar. No era suficiente.

Pensó en subirse a uno de los árboles de corteza peluda que crecían hasta perderse de vista, pero solo conseguiría romperse los pantalones y ver más árboles y menos tierra. No valía la pena.

Shade había renunciado a mantenerse seco. La humedad era el precio que había que pagar en un pantano, y él ya lo había pagado: primero solo hasta las rodillas, pero un paso en falso hacia atrás lo había hecho caer en el agua espesa, bocarriba, hasta más arriba de la nariz. Cosas desconocidas le rozaban la piel y unas cuantas veces se había enganchado en las amplias telas de arañas absurdamente ambiciosas. Parecían redes que se le rompían sobre la cabeza y los hombros y se le pegaban como el algodón de azúcar.

Sanguijuelas.

Shade metió las manos por dentro de la camisa. Se pasó los dedos por la tersura del pecho y el vientre y encontró tres de aquellas criaturas pegajosas a la altura del estómago. Tenían la consistencia de mocos, pero habían enterrado la cabeza y no se soltaban. Tendría que chamuscarlas para sacarlas. Shade lo dejó estar. Ya se ocuparía de ellas más tarde.

Siguió avanzando con decisión por el agua estancada porque, una vez superabas los melindres de la sequedad, era el camino más claro que podías seguir. La vegetación de las orillas era una maraña incestuosa de verdor. No destacaba ninguna planta en concreto, sino que era una masa sólida de ramas, hojas y lianas enredadas entre sí y con espinas allí donde uno podría agarrarse.

Constantemente había que descifrar el zumbido de todo lo que fluía o chapoteaba, cantaba o parloteaba. ¿Era una pisada? ¿Un golpe de tos? ¿El viento? ¿Un rifle apuntándote a la nuca?

En algunas partes, el fondo era muy profundo y Shade tenía que bracear como los perros hasta el siguiente montón de lodo. Intentaba mantener la pistola seca, pero en realidad no tenía demasiada importancia.

Al cabo de un rato empezó a oír un ruido suave, un golpe sordo y regular que parecía arrítmico. Se dirigió hacia él, pero hasta que no estuvo justo al lado no pudo ver de qué se trataba.

Una lancha a la deriva. Eso significaba que había al menos dos personas allí, en alguna parte.

Shade se apoyó en la borda e inclinó la lancha para ver qué había en su interior. Solo había un remo rajado y una lata de café vacía. Pensaba que habría alguien inerte dentro, y el hecho de que no hubiera nadie no lo tranquilizaba del todo.

Al soltar la borda y sumergirse de nuevo en el agua, rememoró una época que seguía confiando en poder olvidar. Había sucedido en una de esas templadas noches de verano cuando el mundo entero tenía un aliento dulce, sobre todo si tenías dieciséis años y ninguna cicatriz, y él se sentía mágicamente despreocupado, plantado como estaba delante de la gasolinera Skelly de De Geere porque era el

lugar más cercano a su casa donde vendían refresco de vainilla rojo, con un puñado de chapas de botella en la mano que lanzaba a los coches como si fueran platillos volantes. En una noche como aquella pensaba que nadie se ofendería por una diversión inofensiva, aunque los discos dentados hubiesen pasado rozando el capó de tu Impala nuevo. Por eso apenas reparó en el coche que se pegaba al bordillo de un volantazo y en el hombre que salía de él antes de que se cerrase la puerta. El hombre tendría unos treinta y tantos, los hombros altos y rectos y una cara que daba a entender que tenía muchas cuentas que saldar que no podía saldar, pero había tenido la suerte de dar con una que sí podía. Cuando se acercó amistosamente al adolescente Shade, sonrió y dijo:

—No te metas conmigo o te vas a enterar.

A Shade lo pilló por sorpresa, con una sonrisa de incredulidad en la cara y el refresco y las chapas restantes en la mano.

—¿Tienes algún problema?

—Ninguno.

Y un potente puñetazo aterrizó en la cabeza de Shade. Vio las estrellas y la luz del día y se cayó, pero logró ponerse a cuatro patas sobre la acera. Recibió un puntapié en el culo que le dolió más de lo que se esperaba. Se levantó, le estampó la botella de Big Boy en el codo y el hombre se quedó con el brazo tieso. Acto seguido, le hizo lo mismo en la oreja y lo tumbó. Shade se alzó sobre el hombre tendido y tembló de pura indecisión. A continuación, se agachó y le saltó los dientes delanteros, que tenía muy salidos, y volvió a pegarle en el hueco que le había quedado en la boca. Su mano acabó llena de salpicaduras de sangre y astillas blancas.

El viejo De Geere, el del ojo vago, había salido corriendo del edificio de piedra caliza de la gasolinera.

—¡Largo de aquí! —le gritó. Y como Shade, petrificado, no decía nada, añadió—: ¿Has visto lo que has hecho? ¡Lo has matado! ¿Quién te ha dicho que eras un tipo duro, marica? ¡Deberías habérselo hecho a quien te lo dijo! Eres otro idiota más de Frogtown.

Y durante la locura que fueron los dos días siguientes se refugió

en su familia, convencido de que era verdad, que había matado a un hombre y su vida había llegado a su fin.

Ni lo había matado ni allí acababa su vida, pero fue el momento en el que todo empezó a cambiar.

Jewel pensó que no podía hacer gran cosa aparte de esperar. A un lado vio un árbol sin hojas, ahogado por un exceso de agua. El árbol se alzaba muerto entre los vivos, haciéndoles señas con sus dedos flacos y burlones desde las profundidades del más allá.

¿Por qué moría uno de lo que hacía engordar al resto?

Estaba meditando sobre esa y otras grandes cuestiones, como por ejemplo si su vida había dado un giro en quinto curso, con una maestra a la que había mandado a la mierda y ella se había limitado a encogerse de hombros, cuando empezó a oír ruidos.

Alguien estaba subiendo por el terraplén sin molestarse en ser demasiado discreto. Unas botas arrastrándose por el barro, unos árboles jóvenes doblándose al agarrarlos. Una respiración fuerte.

No valía la pena seguir huyendo. Ya no quedaba ningún sitio a donde huir. Lo habían pillado. Había hombres que habían recibido diecisiete balazos y vivían para contarlo, y comandos con la cara embadurnada de betún que podían degollar a media docena de centinelas en una noche. Pero él no tenía un cuchillo ni confianza alguna en ser uno de esos tipos de los diecisiete balazos.

Por eso se quedó sentado entre las sombras, esperando, deseando únicamente morir como un hombre, aunque nadie sabría nunca si lo había conseguido o no. Allí no.

El ruido estaba más cerca, en lo alto del terraplén. Vio que era Pete, el franchute cabrón que nunca deberían haberle presentado.

Pete estaba alerta, mirando en todas direcciones, hacia las manchas oscuras y la maraña de formas vegetales. Ya no había nada que hacer, pensó Jewel mientras sostenía un pedrusco. Se puso de pie con la esperanza de golpear al tipo al menos una vez antes de que el otro lo reventase a él contra los árboles y saliese desperdigado como arena roja.

—Eh, Pete. No estarás buscándome a mí, ¿verdad?

Ledoux se encogió al oír la voz burlona y se puso a dar golpecitos en la culata de la escopeta, balanceando el cuerpo hacia el lugar de donde procedía el sonido.

—Hola, chaval. ¿Por qué te has escapado?

Shade, paralizado por el recuerdo de un hombre al que había estado a punto de matar, se sobresaltó al oír algo que subía torpemente por un terraplén embarrado en línea recta y hacía crujir los arbustos. Se agazapó en el agua y miró fijamente el lugar donde creía haberlo oído. Más ruidos. El bancal de barro estaba lleno de espinos, y oyó claramente una respiración jadeante. Avanzó muy despacio por el agua, con cuidado de no chapotear, acercándose sigilosamente por detrás.

La luz de la luna se filtraba entre los árboles e iluminaba el agua de vez en cuando. En uno de esos breves destellos, Shade vio que la superficie del agua se ondulaba con un movimiento escalofriante dos pasos por delante de él.

Una serpiente mocasín.

Se quedó inmóvil, pero la serpiente pareció interesarse por él y avanzó hacia el calor de su cuerpo. La curiosidad del reptil era peligrosa, y Shade aguantó la respiración, observando tímidamente la cabeza triangular que se movía de un lado a otro hasta quedar a menos de un metro de su cara. Intentó no parecer comestible y recordar correctamente el saber popular, que decía que las serpientes nunca muerden en el agua, o que solo muerden cuando están en el agua. No lo tenía claro.

El cuerpo de la serpiente en toda su longitud estaba estirado en la mansa corriente, pero su cabeza no se movía del sitio.

El ruido en el banco de barro se hizo más fuerte y regular, y entonces se oyó un disparo de escopeta y un grito. Shade ahuecó las manos bajo el agua y empujó con fuerza hacia la serpiente. Inmediatamente se zambulló hacia la derecha y sumergió la cara. Cuando salió a la superficie, echó a correr hacia el lugar donde había

sonado el disparo, buscando con la mirada a la serpiente que ya no veía mientras desenfundaba la pistola y la amartillaba.

En el intervalo de silencio, Jewel oyó el chasquido del seguro del arma. Sonó como la mitad de una campanada.

—No soportaba la idea de comer carne en conserva, puto franchute de mierda.

Se movió una sombra de la miríada que los envolvía y Ledoux miró en esa dirección. Se asomó al matorral y disparó, confiando en que le sonriera la suerte.

Los perdigones desgarraron las hojas que había por encima de Jewel con el repiqueteo de un chaparrón. El chico se tiró al suelo y avanzó arrastrándose. Sus codos rechinaban contra el barro. Seguía teniendo la piedra en la mano, pero no le servía de nada.

Empezó a oírse un chapoteo en el agua al fondo del banco de barro. Sonó un disparo al aire.

Jewel vio que Ledoux se quedaba inmóvil, sorprendido por el giro de los acontecimientos, y pensó: Duncan, Duncan ha venido en ayuda de la sangre de su sangre. Cómo tira la familia, incluso en este lodazal.

Enseguida apareció otra silueta y una voz que no conocía gritó:

—¡No, Ledoux!

—¿Eh? —gruñó Ledoux, retrocediendo hacia Jewel, y le disparó a aquel hombre.

Los perdigones chocaron contra la cortina de hojas y ramas y el hombre no cayó, ni siquiera gritó. Shade le devolvió el disparo y Ledoux se desplomó de espaldas sobre el barro, ya sin la escopeta en las manos.

Solo una bala, pensó Jewel.

Se dirigió hacia el cuerpo blandiendo la piedra, consciente de que no sabía gran cosa, pero estaba seguro de que aquello era el final. No podía equivocarse.

Tenía una oportunidad más.

Shade avanzó bajo los árboles con la mano que empuñaba la

pistola temblándole sin parar y la mirada fija en el hombre al que acababa de derribar, que se convulsionaba y gemía en un largo tono monocorde.

Su disparo estaba refrendado por la legítima defensa, pero el gorgoteo que salía del hombre tirado en el suelo descartaba cualquier sentimiento de rectitud. Shade, que nunca le había disparado a nadie, avanzó con cautela, buscando con la mirada la escopeta que quizá aún no había dicho su última palabra.

Un rubio salió corriendo de la oscuridad gritando como un poseso, se arrodilló y levantó una mano por encima de la cabeza.

—¡Alto! —gritó Shade.

Pero el rubio llegó junto a Ledoux y se puso a descargar un golpe tras otro sobre el hombre del suelo. Se oyó un crujido y los gruñidos salvajes de ambos hombres se alzaron en un dueto enfermizo.

—¡Alto, joder!

Shade se acercó rápidamente a los dos hombres y apartó a Cobb de un empujón. Vio la piedra en la mano del chico y le apuntó a la cara con la pistola.

—Se acabó, Cobb.

Jewel, sentado con las piernas abiertas, jadeaba con fuerza.

—Tengo que matarlo, él quiere matarme. —Jewel cogió una bocanada de aire y añadió—: Quiere matarme. —Miró a Shade con la cara desencajada—. Soy un asesino.

—No, se acabó. Se acabó.

Jewel retrocedió y se tumbó en el suelo, jadeando entre sollozos.

Shade se arrodilló para examinar a Ledoux. La bala lo había alcanzado en la parte izquierda del pecho, unos centímetros por debajo del corazón. La herida le sangraba abundantemente. Los golpes de Cobb con la piedra parecían no haber surtido efecto, y solo le habían añadido algunas magulladuras profundas en el pecho.

—Es grave —dijo Ledoux—. Lo sé. Oh, esta mierda de vida a la contra.

Shade puso los dedos rectos y presionó con ellos la herida caliente para intentar tapar el agujero.

—¡Ah! ¡Ah!

—Si intentas huir, Cobb, te mato.

—Creo que no voy a intentarlo —contestó Jewel en un tono de voz ensoñador de pura debilidad.

—No podemos salir de aquí a oscuras, Ledoux —dijo Shade. Presionó con los dedos el borde húmedo de la herida que acababa de infligirle a aquel hombre—. Vas a tener que aguantar.

Todos se quedaron callados unos segundos. Ledoux, con la cara deformada por el dolor, se quedó mirando a Shade.

—Yo a ti te conozco —dijo.

—Soy René Shade. Quiero que lo sepas.

—Ugh. Claro. De los Shade de la calle Lafitte. Que me hayas tenido que disparar tú…

—Me has obligado.

—Ah, ya me acuerdo de ti, *mon petit homme*. No eres trigo limpio. Ni tú, ni nadie de tu familia.

Shade asintió con la cabeza.

—Eras un gamberro —dijo Ledoux con la voz gangosa y la respiración salpicada de sangre—. Erais todos unos ladrones.

—Sí.

—Mierda. Y me has disparado tú. ¡Tú!

Los sonidos del pantano habían vuelto a cobrar vida ahora que los disparos intempestivos habían caído en el olvido. Se oía de nuevo a los anfibios croar y a los mapaches y a otras criaturas agitar las ramas.

—Haces daño a la gente —dijo Ledoux—. ¿Cómo tienes la desfachatez de dispararme?

—No quería matar a nadie —contestó Shade—. Cálmate, Ledoux. De haber podido, tú me habrías matado.

—¿Y qué? Uf. Uf. Tenía ambiciones, ¿y qué?

—Ahorra fuerzas.

Jewel Cobb estaba relajado, aliviado por fin por haber sido capturado. Estaba tumbado bocabajo, con la cabeza apoyada en los brazos, murmurando algo medio dormido con la cara pegada al barro. Al estremecerse, su cuerpo palpitaba en el fango y gritaba

palabras incoherentes.

Durante un buen rato, Shade pensó que Ledoux podría sobrevivir, pero a cada chorro que salía entre sus dedos sentía que las probabilidades disminuían.

Ledoux levantó la cabeza una vez, pero ese simple movimiento le requirió mucho esfuerzo.

—¿Me perdonará? —preguntó.

—No lo sé.

Ledoux se desplomó hacia atrás.

—A la mierda.

—Puede ser.

Poco después, Shade apartó los dedos de donde estaban presionando inútilmente y se apoyó en el tronco de un árbol, cansado, triste y harto de todo aquello. Miró hacia arriba y vio que entre los árboles asomaba un trozo de cielo. Como el pantano era básicamente impenetrable por la noche, no podrían salir hasta que amaneciese y llegasen los refuerzos. Se sentó mirando al cielo y al cadáver del que era responsable, esperando.

Esperando.

Cuando el cielo nocturno comenzó a palidecer, las carpas, siguiendo algún instinto primario, se acercaron a los bancos de barro y comenzaron a proferir sus ladridos de pez, que señalaban la llegada del amanecer. Aquellos extraños gruñidos prehistóricos despertaron a Shade de un sueño inquieto.

Cobb seguía dormido y el mundo se estaba despertando. El sol se alzaba rosado en el este y, bajo aquella luz, las distintas corrientes de agua parecían más ruidosas.

Shade, con los ojos como huevos de petirrojo en una cucharada de sangre, se puso en pie cuando amaneció del todo. Enseguida las oyó. Era el potente zumbido de las lanchas de rescate.

Levantó la pistola con el brazo flojo y disparó tres veces al aire: era la señal de socorro de alguien en apuros en aquel estercolero que era el Marais du Croché.

Los días siguientes

El calor perduró hasta el punto de que ya no se hablaba de él como un fenómeno meteorológico sino como una especie de venganza cósmica. El enorme depósito de basura marrón que era el río comenzó a humear y a exhalar un fermento maloliente, y una tal Nelda Lomeli, que justo la semana anterior había sacado un bagre de canal con unos bigotes que habrían avergonzado a un sauce llorón y que pesaba la friolera de cuarenta kilos de grasa y mierda, volvió al mismo sitio. Lanzó el sedal al agua y, cuando comenzó a enrollarlo, se dio cuenta de que había pescado algo. Pensó que a lo mejor era otro bagre monstruoso y cobró el grueso sedal a mano. Fuera lo que fuese, subió del fondo y enseguida lo arrastró la corriente, así que la mujer se metió en el agua para forcejear con él. No gritó cuando asomaron la cabeza y los hombros porque era una mujer de río desde hacía mucho tiempo, pero no quiso tocarlo. Al final, arrastró el cuerpo hinchado hasta el borde del banco de arena y Duncan Cobb, con una boca adicional donde antes tenía el cuello, apareció por fin.

Alvin Rankin llevaba tantos días muerto que las coronas de flores que se habían encargado para su funeral ya se habían marchitado. En el centro de la ciudad, en el edificio de piedra blanca del ayuntamiento, Eddie Barclay, un segundón con la piel color terracota, prestó juramento como su sustituto. El alcalde Crawford proclamó que era una continuación del buen trabajo de Rankin. Barclay, en su primer acto oficial, adjudicó el contrato del Palacio de la Música a la Constructora Dineen, de Hawthorne

Hills, y quedó libre de deudas al instante.

Allí donde las ventanas tenían barrotes y los cordones de los zapatos se consideraban una tentación para tomar el camino fácil, Jewel Cobb estaba a la espera de juicio. No sabía nada, todos a los que podía señalar estaban muertos, y su ignorancia era tan convincente y supina que no tenía gran cosa que ofrecer para intentar alcanzar un acuerdo. Por eso se declaró culpable, pero no de manera contundente, aunque sabía que un jurado de sus iguales, incluso seleccionado al azar, adivinaría el final del chiste mucho antes de que acabase de contarlo.

Los desconcertantes acontecimientos del verano tuvieron otro momento de locura un día que Steve Roque estaba sacando la basura. Antes de llegar a los cubos que había junto al bordillo, se dio cuenta de que las bolsas se habían desatado y se detuvo a atarlas. Unos cuantos hombres invisibles, cuya identidad nunca trascendió, le dispararon bajo el brazo, en el costado y justo encima de la rodilla. Sobrevivió, pero nunca quiso hablar del tema, y se consideró que había resultado herido por accidente.

Pero la ciudad siguió a lo suyo; Saint Bruno hizo de tripas corazón y, aun tambaleante, mantuvo la cabeza bien alta, pues había preocupaciones más apremiantes, como las inundaciones, que llegarían como siempre, y aquellos a los que la subida de la marea había desplazado volverían a enfrentarse a ella, obligados a buscarse la vida para alcanzar posiciones más altas y seguras…

Un domingo de castigo continuado, René Shade, que había salido a pasear tranquilamente en coche, pasó por delante del CatfishBar y vio a su hermano en la puerta. Dejó el coche en el aparcamiento y entró en el local. Tip estaba solo, barriendo el suelo.

—Ya tenía ganas de verte —dijo Shade.

Tip se quedó parado, con la escoba en la mano, y enseguida la soltó.

—Has tenido tiempo de sobra. Hace semanas que no te veo. Te estaba esperando.

—Ponme algo de beber.

—¿Por qué no?

Cuando Tip entró por detrás de la barra, Shade lo siguió. Se apoyó en la nevera y vio que Tip levantaba una botella de ron.

—Tuve que matar a un hombre porque me mentiste, Tip.

—A mí no me cargues el muerto, hermanito. Es tu trabajo.

Lo elegiste tú.

—Cobb estaba ahí, en tu cocina, y no me dijiste nada.

Tip le pasó el ron deslizándolo por la barra.

—No sabía qué estaba pasando, tío.

—Podría detenerte por eso.

—Mentira. La acusación no se tendría en pie y lo sabes. ¿Te gusta lo que estás bebiendo?

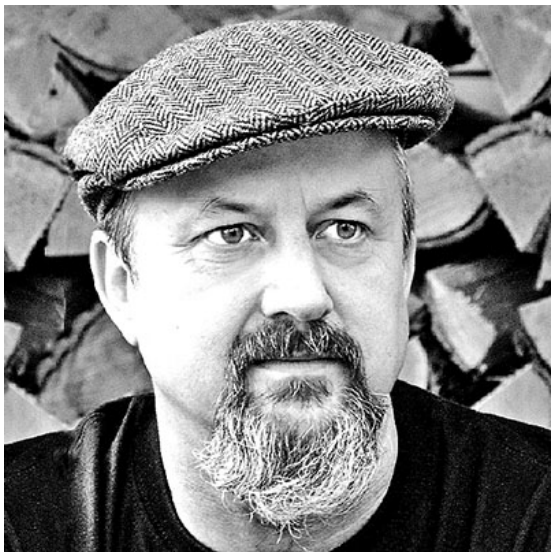
—Estoy muy enfadado.

—No puedes hacer nada. Bébete eso y vete a…

Con la mano derecha, Shade estampó el pesado vaso de *whisky* contra la mandíbula de su hermano. El grandullón se quedó aturdido, pero consiguió lanzar un izquierdazo que, al fallar, le hizo girar sobre sí mismo y Shade aprovechó para darle un puñetazo en toda la boca y un rápido rodillazo en la entrepierna. Cuando Tip comenzó a precipitarse hacia el suelo, Shade soltó el vaso y le propinó en lo alto de la cabeza un puñetazo imposible de esquivar que lo dejó inconsciente. Se quedó allí plantado, sobre aquel saco de carne con el que tenía demasiado en común, y empezó a temblar. La boca de su hermano sangraba a borbotones y los ojos le temblaban bajo los párpados.

Abrió la nevera, cogió un puñado de hielo y se arrodilló junto a Tip. Apoyó la cabeza de su hermano en su regazo y presionó la boca desgarrada con el hielo.

—Pedazo de idiota —dijo, parpadeando rápidamente—. Te quiero.



DANIEL WOODRELL (Springfield, Missouri, 1953) abandonó el instituto a los diecisiete años para alistarse en los Marines. Menos de dos años después, en los que estuvo destinado a la isla de Guam durante la guerra de Vietnam, fue expulsado del ejército por «tendencias antisociales graves». De regreso a Estados Unidos y tras vagabundear una temporada con unos amigos, se licenció en la Universidad de Kansas y obtuvo el prestigioso título de Escritura Creativa de la Universidad de Iowa. Es autor de nueve novelas, tres de ellas adaptadas a la gran pantalla y dos publicadas en castellano por la editorial Alba, y de una colección de relatos. Desde hace más de dos décadas vive con su mujer, la escritora Katie Estill, en una casa centenaria en el corazón de los montes Ozark, donde llegó a compartir vecindario con traficantes de metanfetamina.

Notas

[1] Frog, «rana» en inglés, es también una forma despectiva de referirse a los franceses. (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] Anwar al Sadat, presidente egipcio que firmó la paz con Israel para poner fin a sus disputas territoriales en los acuerdos de Camp David (1978). <<

[3] Nátipac Levram es el doble malvado del Capitán Marvel. El protagonista de la película *The Good Humor Man*, interpretado por Jack Carson, pertenece al club de fans de este último. <<

[4] En 1803, el presidente estadounidense Thomas Jefferson encargó a Meriwether Lewis y William Clark que llevasen a cabo una expedición por el territorio de Luisiana, recién comprado a los franceses, para explorarlo y cartografiarlo. <<

[5] Mike Royko (1932-1997): columnista que desarrolló toda su carrera en la prensa de Chicago. <<

[6] Carl Sandburg (1878-1967) comenzó su carrera en Chicago y le dedicó uno de sus primeros poemarios a la ciudad: *Chicago Poems* (1916). <<

[7] En castellano en el original. <<